

ISABEL KEATS

Te quiero,
baby



ISABEL
KEATS

Te quiero, baby

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Belén Solesio López-Bosch
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Te quiero, baby, n.º 71 - mayo 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-6410-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[*Seis meses antes...*](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

A tod@s los que leéis mis novelas, compartís mis post en Facebook, a tod@s los que tuiteáis mis ideas de olla en Twitter, a tod@s los que escriben sus opiniones en Amazon, en mi muro, en mi blog o me enviáis un privado para decirme esas cosas que tanto me suben la moral. En resumen, a tod@s los que hacéis que esto sea posible, porque es un privilegio contar con vuestro apoyo desinteresado. ¡A tod@s, GRACIAS!

Seis meses antes...

Alzó la mirada de la bandeja llena de canapés que le ofrecía el camarero y entonces la vio. A partir de ahí, su corazón se aceleró de cero a cien en menos de un segundo, notó las manos frías y húmedas y una fina película de sudor cubrió su frente. Tuvo que aflojarse el nudo de la corbata, al tiempo que se pasaba el dedo índice por el cuello de la camisa varias veces; sentía que le faltaba el oxígeno. Los labios de su amigo seguían moviéndose, pero él ya no era capaz de prestar atención al enésimo chiste verde que le contaba. Un rumor sordo atronaba en sus oídos y su cabeza parecía a punto de estallar.

Por un momento pensó que estaba sufriendo un infarto; sin embargo, lo descartó en el acto. No, no era esa víscera esencial la que se le había averiado, a pesar de que le dolía como si alguien se la estuviera arrancando del pecho; era otro de sus órganos el que estaba fallando, uno en el que siempre había confiado y que jamás le había traicionado: su cerebro. En un chasquear de dedos había perdido la razón, el seso, el juicio... En definitiva, se había vuelto completa y absolutamente loco.

Loco por ella.

Capítulo 1

—¡Venga, mamá!

India terminó de untar la Nocilla y envolvió el bocadillo en papel film. Se chupó el dedo manchado de chocolate, cogió su *trench* rojo y el bolso de encima de la mesa de la cocina y corrió hacia el oscuro y diminuto vestíbulo donde la esperaba su hija, impaciente.

—Toma, guárdalo en tu mochila. ¡Rápido o llegaremos tarde otra vez! —Dio un último repaso al uniforme, los zapatos (que por suerte la noche anterior se había acordado de abrillantar) y al peinado de la niña, abrió la puerta para que pasara y gritó—: ¡Adiós, Tata!

Bajaron a toda velocidad las lúgubres escaleras del antiguo edificio, que ya desde primera hora de la mañana olían a guisos rancios, y corrieron por la acera sin dejar de reír, a pesar de las miradas de desaprobación que recibían de algunos viandantes.

Por fortuna, el colegio estaba a tan solo dos manzanas de su casa y, aunque congestionadas y sudorosas, consiguieron llegar antes de que la monja que custodiaba la puerta las mirase con malos ojos.

—¡Lo conseguimos, piruleta! —India se inclinó sobre su hija para besarla en el suave pelo rubio, que olía a champú de fresa.

—¡Somos las más rápidas! —Sol le lanzó aquella nueva sonrisa mellada que mostraba la reciente rapiña del Ratoncito Pérez—. Y eso que llevas tacones.

—Exacto, una vez más he conseguido llegar a tiempo sin partirme un tobillo. ¡Bien por mí! —Chocaron las palmas con fuerza, siguiendo su particular ritual. India se inclinó para besarla, una vez más, y permaneció observándola con una suave sonrisa en los labios hasta que la niña desapareció detrás del portón de madera. Justo en ese momento sonó su móvil y, después de un buen rato revolviendo en el bolso, logró localizarlo y contestar antes de que quien fuera que llamara agotase su paciencia—. ¡Lucas! Sí, sí, voy ahora mismo. Dile que ha pinchado el metro o, mejor, que los extraterrestres que me habían abducido acaban de devolverme al planeta Tierra. Te juro que llego en cinco minutos... ¡Taxi!

Levantó el brazo y tuvo la inmensa suerte de conseguir que, en plena hora punta, uno de aquellos preciados vehículos se detuviera frente a ella, a pesar de que había empezado a chispear.

India lanzó el abrigo y el bolso de cualquier manera sobre el asiento trasero y se sentó con un suspiro de alivio; cada día aguantaba menos los tacones.

—Al Hotel Palace, por favor.

Como era habitual, en vez aprovechar el tiempo que duraba el trayecto para repasar con calma lo que Lucas le había contado, se vio obligada a estar de palique con el taxista. No sabía por qué, pero a la gente le daba por contarle sus penas. Suspiró, resignada, y asintió con simpatía a la larga enumeración de sus achaques más recientes, se mostró debidamente horrorizada al escuchar las villanías de la nuera perversa y las salidas de tono de su hija adolescente, y se indignó, justamente, ante los últimos atropellos de los políticos nacionales unos segundos antes de llegar a su destino.

Pagó a toda prisa y, tras responder con calidez a la efusiva despedida del taxista, subió corriendo

las escaleras de entrada, sonrió al elegante conserje, perfectamente uniformado, que le sujetaba la puerta para que pasara, y siguió corriendo por la mullida alfombra tejida en la Real Fábrica de Tapices hasta llegar al famoso restaurante La Rotonda, situado bajo la impresionante cúpula de cristal.

Allí se detuvo y miró a su alrededor, jadeante, hasta que descubrió a un hombre moreno que le hacía señas desde una de las mesas. Entonces, respiró hondo y, con aparente serenidad, se acercó hasta donde se encontraba su amigo. Lucas se levantó en el acto de su cómodo butacón para recibirla y su acompañante le imitó unos segundos más tarde.

—¡Por fin, India! Aunque le aseguré al señor Connor que aparecerías en cuanto hubieras terminado de pintarte las uñas de los pies, el pobre estaba empezando a aburrirse de escuchar, una y otra vez, mis tediosas anécdotas de ca-za.

India le dirigió una rápida y significativa mirada que prometía feroces represalias y, en el acto, giró la cabeza para dirigir su mejor sonrisa profesional al hombre que permanecía a su lado, observándola en silencio. Tuvo que ajustar la dirección de su gesto y dirigirlo varios palmos más arriba; el tipo era un auténtico gigante. Lucas era alto y tenía buen cuerpo, pero al lado de aquel hombre parecía un muchacho algo enclenque.

—Encantada de conocerlo, señor Connor —saludó en su perfecto inglés británico, al tiempo que le tendía la mano con desenvoltura. Él la tomó en la suya en el acto y, aprensiva, observó cómo sus dedos desaparecían por completo en aquel cálido apretón.

—El gusto es mío. —Tenía una de aquellas voces, profundas y muy varoniles, tan apropiadas para anunciar en la tele detergentes y coches de lujo, y por su acento India dedujo que era norteamericano.

En realidad, todo en él era agresivamente masculino, hasta el punto de resultar incluso un poco apabullante. El señor Connor no era guapo. Sus rasgos, demasiado marcados, eran de esos que al menos necesitan un par de adjetivos para describirlos: mandíbula cuadrada y tenaz, nariz algo torcida y prominente, y labios firmes y delgados.

La primera impresión de India fue que el señor Connor a lo mejor se había dedicado al boxeo en algún momento de su vida. Desde luego, se dijo, aquel cuerpo no desluciría en la categoría de peso pesado y, además, vestía de pesadilla. Tuvo que parpadear unas cuantas veces para asimilar aquel traje de chaqueta marrón chocolate, la camisa de un tono amarillo pálido y la corbata también amarilla, pero, en esta ocasión, de un rabioso color limón. Aquel hombre destacaba como un girasol en un ramo de rosas blancas entre los distinguidos hombres y mujeres de negocios que, en ese momento, se tomaban un aperitivo sentados en las mesas cercanas.

—Esta es la amiga de la que te hablé, Raff. India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara.

—Es un nombre muy largo —comentó con una atractiva sonrisa que dejó ver sus dientes, blancos y regulares.

—Sí, demasiado. —India le devolvió la sonrisa al instante, al tiempo que se sentaba en la silla que Lucas sujetaba y luchaba por apartar la mirada de aquella corbata indescriptible, medio cegada por su resplandor—. ¿Se aloja en el hotel, señor Connor?

—Sí. Siempre me quedo en el Palace cuando estoy en Madrid, es muy céntrico y cómodo; pero, por favor, llámeme Raff. —Alzó una de sus manazas e hizo una seña a un camarero, que acudió enseguida. Tras preguntarle qué quería, le encargó el café que ella había pedido antes de proseguir —: Imagino que Lucas ya le ha contado un poco la idea que tengo.

—Bueno, verá —se encogió de hombros con un delicado movimiento mientras, por debajo de la

mesa, su pie, enfundado en el único par de Manolos que no había vendido aún en la tienda de ropa de lujo de segunda mano, se balanceaba, inquieto—, mi amigo Lucas no es muy comunicativo, precisamente. Solo me ha dicho que usted está interesado en que me ocupe de organizar un evento importante.

Además, había añadido —aunque por supuesto India jamás lo confesaría en voz alta— que Creso al lado del señor Connor era un muerto de hambre, y que estaba dispuesto a pagarle una pasta por aquel trabajo.

Una pasta.

Aquellas palabras mágicas la habían hecho decidirse en el acto; necesitaba el dinero con urgencia.

—En efecto, quizá podríamos llamarlo así... —respondió el gigantesco americano con vaguedad.

Por unos segundos, a India le pareció distinguir un brillo travieso en aquellos penetrantes ojos azules, pero se dijo que lo había imaginado; el rostro del señor Connor mostraba la mayor seriedad. De pronto, le asustó la posibilidad de que él pudiera echarse para atrás y de manera algo atropellada, algo que le ocurría siempre que se ponía nerviosa, se apresuró a comentar:

—He organizado todo tipo de eventos, señor Connor, torneos de golf, de polo, bailes para debutantes de la alta sociedad, cenas de negocios... —India se llevó la taza de café a los labios, procurando controlar el temblor de su mano, y aspiró el exquisito aroma con deleite antes de dar un sorbo. Aquella mañana no le había dado tiempo a desayunar y la bebida ardiente la hizo revivir.

—Lo sé, señorita... —vaciló antes de proseguir—. ¿Te importa si te llamo por tu nombre de pila, India? Tú llámame Raff. Por cierto, no es un nombre muy español. Al verte con ese pelo tan oscuro y esos ojos del color del caramelo, tan grandes y rasgados, pensé que te llamarías Carmen o... o Juana.

«¡Ya estamos con los topicazos!». Puso los ojos en blanco, aunque, por supuesto, solo en su mente.

En realidad, estaba dispuesta a que aquel hombre le llamara casi cualquier cosa que se le antojara si de ese modo no se le escapaba el trabajo, se dijo, desesperada; aunque nada en su aspecto, impecable y sereno, con aquel conjunto primaveral de Missoni de hacía tres temporadas, lo delataba.

—Por supuesto, señor... quiero decir, Raff. Verás, mi padre sentía pasión por la India. Cuando estudiaba en Oxford conoció a un auténtico marajá de un pequeño estado del sur y todos los años pasaba allí largas temporadas. A juzgar por lo que él contaba, la expresión «vivir como un marajá» es de lo más adecuada, créeme. —Al notar que empezaba a irse por las ramas, retomó el tema que les ocupaba—. Pero dime, Raff, ¿en qué consiste exactamente el evento que quieres que organice? Lucas no me ha aclarado gran cosa.

Raff Connor rodeó su vaso de coca-cola con una de esas manos que parecían filetes de ocho kilos, le dio un ruidoso trago, se secó los labios con el dorso de la otra y, por fin, anunció:

—El evento soy yo.

India clavó sus ojos rasgados en el rostro de rudas facciones, pero fue incapaz de sacar nada en claro de aquel semblante inexpresivo, así que, perpleja, desvió la vista para posarla sobre Lucas. Sin embargo, allí tampoco encontró ninguna respuesta; su amigo lucía su mejor cara de póquer.

—Creo que no lo entiendo... —empezó a decir, pero su interlocutor la interrumpió alzando su manaza con un gesto imperativo y soltó la bomba:

—India, *baby*, necesito que en menos de tres meses hagas de mí un hombre elegante y de modales distinguidos.

A ella no se le ocurrió ninguna respuesta. Confundida por completo, su mirada aterrizó sobre los dedos, largos, fuertes y morenos que tamborileaban impacientes sobre la mesa, subió por el

espantoso puño amarillo de su camisa sujeto con unos gemelos de Mickey Mouse, se deslizó sobre la manga marrón de su chaqueta pasada de moda y, por fin, se detuvo en aquellos ojos que lucían el mismo color que las alas de la mariposa morfo azul disecada que tenía su padre en su dormitorio y que resaltaban en su rostro atezado de una manera impactante.

—Quieres que te enseñe a... a... —consiguió balbucear, al fin, sin apartar la vista de él.

—A vestirme.

—A vestirte, sí claro, no me extra... quiero decir, a vestirte, a... —Sus expresivos ojos castaño claro pidieron auxilio una vez más.

—A comportarme en la mesa —apuntó el americano, solícito.

—A vestirte, a comportarte en la mesa, a... —repitió el eco, y tuvo que luchar contra el deseo de pegarse dos bofetadas a sí misma, una en cada mejilla. Sabía que se estaba comportando como una estúpida, pero era incapaz de evitarlo.

—A recibir a mis invitados siguiendo el protocolo correcto... En fin, Lucas me ha contado que has organizado numerosos eventos para particulares y empresas importantes, que estás acostumbrada a moverte en los círculos internacionales más selectos y, por lo que yo mismo puedo ver —aquellos electrizantes ojos la recorrieron de arriba abajo con una extraña expresión que India fue incapaz de interpretar—, pareces la persona idónea para el puesto.

El súbito y doloroso puntapié en la espinilla que Lucas acababa de propinarle la hizo recuperar de golpe sus pérdidas facultades. Volvió a dirigir a su amigo una mirada cargada de reproche, antes de volverse hacia su interlocutor una vez más.

—Por supuesto, señor... quiero decir... Raff. Estoy perfectamente capacitada para el puesto. Lo que en realidad quieres es una especie de «plan renove», ¿no es así? —En el acto se dio cuenta de que aquel extranjero no había captado su patético intento de recurrir al humor.

Raff Connor le dio otro largo y sonoro trago a su coca cola antes de responder:

—No sé a qué te refieres con eso, India, *baby*. Verás, seré sincero contigo. —El hombretón le guiñó un ojo con complicidad—. Yo soy un hombre hecho a sí mismo. Nací en un barrio humilde de Chicago y todo lo que he logrado ha sido a base de duro esfuerzo. Hasta ahora he estado demasiado ocupado para preocuparme por estas cosas. Sin embargo, he llegado a ese punto en el que un hombre mira a su alrededor satisfecho con lo que ha conseguido y, de pronto, se da cuenta de que le falta algo. La guinda del pastel, por así decirlo.

—Ya veo —respondió India, sin ver nada en realidad; la pobre se sentía como Stevie Wonder en el fondo de una mina, pero sin ganas de cantar.

El señor Connor recostó su imponente humanidad sobre el respaldo del cómodo butacón, le mostró las palmas de aquellos inmensos filetes, es decir, de sus manos, como si con aquel gesto quisiera demostrarle que no escondía nada, y anunció:

—Voy a casarme en tres meses.

En cuanto se recuperó de la sorpresa, India lo felicitó:

—¡Enhorabuena, os deseo toda la felicidad del mundo a ti y a tu futura esposa!

Aliviada, pensó que, por fin, empezaba a entender de qué iba aquello. Seguramente, su prometida era una mujer de un nivel social más elevado y él deseaba estar a la altura. A juzgar por lo poco que India había visto de sus modales, era evidente que le hacía falta una buena manita de barniz social.

—Ese es el problema, me temo —replicó muy tranquilo. Al ver su mirada de desconcierto, aclaró —: Aún no tengo novia.

—¿No tienes novia?! —exclamó, estupefacta. El tono de su voz, algo más agudo de lo debido, provocó que la elegante anciana que se sentaba en la mesa de al lado los mirase con reproche.

—Me temo que no, pero es ahí donde entras tú de nuevo. —Connor leyó un profundo desconcierto en aquellos enormes ojos color caramelo, así que trató de explicar sus intenciones de manera que hasta un ser obtuso y torpe pudiera comprenderlas—. En veinte años no me he ido ni siquiera una semana de vacaciones, pero en esta ocasión he decidido tomarme tres meses sabáticos. Deseo comprarme una finca en España, Lucas ya está en ello, y tú me ayudarás a decorarla. También deseo que te ocupes de la decoración de mi piso de Manhattan, yo no sabría ni por dónde empezar, así que tendrás que viajar conmigo a menudo. Asimismo, estoy planeando dar una fiesta por todo lo alto para celebrar el décimo aniversario de la compañía y quiero invitar a un montón de clientes y amigos. He decidido hacerla aquí en Madrid, donde voy a establecer la sede de mi empresa en Europa, y me gustaría que me dieras algunas buenas ideas y te encargaras de organizarlo.

»Verás, lo tengo todo previsto. Durante el primer mes, aprovecharemos para que te ocupes de mi guardarropa y de mis modales; cuando me hayas pulido un poco, te encargarás de organizar alguna cita con cualquier conocida tuya que se ajuste a las necesidades de un tipo sencillo como yo y, si la cosa funciona, calculo que en tres meses estarás ayudando a mi prometida a preparar la boda. Te pagaré...

La cifra que mencionó tenía tantos ceros que India empezó a salivar. Además, había expuesto aquel plan demencial con tanta seguridad que incluso a ella misma la convenció... aunque solo durante unos segundos de enajenación mental transitoria.

Enseguida recobró el juicio y, muy a su pesar, tuvo que rechazar aquella oferta que era la madre de todas las respuestas a sus plegarias.

—Mira, Raff, reconozco que el trabajo parece apasionante y que el sueldo supera todas mis expectativas, pero no me queda más remedio que ser honesta contigo. Lo que me pides es imposible. Creo que eres un hombre atractivo y, a poco que te molestes, conseguirás serlo mucho más. A esto hay que sumarle que eres rico. —India se dio cuenta de que él quería decir algo y alzó la mano para detenerlo—. Sé que es vulgar hablar de dinero, pero no podemos negar que eso es un incentivo importante. Sin embargo, a pesar de todo, creo que tu plan es inviable y no sería justo que me aprovechara de ti.

—Mi querida India, nadie se ha aprovechado de mí jamás —replicó el americano en un tono sedoso que, sin saber por qué, le provocó un escalofrío.

—Deberías intentarlo al menos, Indi. —Su amigo Lucas abrió la boca por primera vez—. Hiciste un buen trabajo con aquella chica gordita y tímida... vaya, ahora no recuerdo su nombre.

—Marina Atienza. Pero eso era diferente, Lucas. Solo tenía que ayudarla a conseguir un nivel de autoestima aceptable antes de su puesta de largo —afirmó India, recogiendo un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja con sus dedos, pequeños y elegantes.

—Creo que lograste bastante más. —Lucas se volvió hacia Connor, que había seguido aquel gesto, abstraído, y explicó—: Consiguió que adelgazara veinte kilos, y ni siquiera su padre cuando fue a buscarlo al aeropuerto a su vuelta de Argentina la reconoció. No había tenido un novio en su vida y ahora sale con el hijo del marqués de Quintana, uno de los mejores partidos del país.

—Entonces, creo que no hay más que decir. —El americano volvió a hacer una seña al camarero para firmar la cuenta—. Te enviaré cuanto antes la lista de invitados y, por supuesto, estoy abierto a cualquier sugerencia que quieras hacerme. Tú haz tu trabajo lo mejor que puedas, India, y del resto

me encargo yo.

De nuevo mostraba aquella aplastante seguridad en sí mismo que le daba ganas de darle un cachete; pero India se limitó a encogerse de hombros con un movimiento casi imperceptible.

«Bueno», pensó, «yo ya le he avisado; si este tío está dispuesto a tirar esa obscena cantidad de billetes a la basura es cosa suya».

Se dio cuenta de que el americano no le quitaba ojo y notó que su gesto no había pasado desapercibido. Una vez más, le pareció detectar un brillo travieso en aquellos singulares ojos azules y volvió a sentir una ligera inquietud. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que algo en Raff Connor no era lo que parecía.

«¡Tonterías!», trató de hacer sus escrúpulos a un lado. «El señor Connor no es más que otro millonario con más dinero que buen gusto; un hombre inofensivo».

Sin embargo, un sexto sentido le advertía que ese hombre de inofensivo no tenía nada.

Él pareció captar su desazón y le dirigió una de aquellas atractivas sonrisas que le hacían parecer un inocente grandullón. Al verla, ella recuperó la calma en el acto y se dijo que, como de costumbre, se estaba dejando llevar por la imaginación.

India bajó la mirada hacia sus dedos, que no paraban de jugar con la cucharilla de plata. De un tiempo a esta parte veía peligros por todos lados; lo cual no resultaba nada extraño, teniendo en cuenta los bruscos cambios que habían acontecido en su existencia durante los últimos años. Hizo un esfuerzo para alejar aquellos negros pensamientos; alzó la vista y, con resolución, se enfrentó a aquellos desconcertantes ojos azules, que seguían clavados en ella, y anunció:

—Está bien, señor Connor...

—Raff —repitió, con paciencia.

—Está bien, Raff, acepto tu propuesta. ¿Cuándo empezamos?

—¿Qué te parece ahora mismo?

Media hora después India contemplaba, desesperada, el enorme montón de ropa hortera apilado sobre la enorme cama de la no menos enorme suite que ocupaba el americano. Él, en cambio, hablaba por teléfono muy tranquilo, repantingado en un confortable sillón cerca de la ventana, sin perderla de vista en ningún momento. En cuanto colgó, se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta, cruzó los brazos sobre su pecho imponente y se dirigió a ella con expresión de perro bonachón.

—¿No te gusta *nada*? —preguntó de buen humor.

Ella lo miró, cautelosa.

—¿Puedo ser completamente sincera? —El americano asintió con una sonrisa divertida y, sin mucha delicadeza, India deletreó entonces su opinión para que no hubiera dudas—: Todo lo que tienes es ho-rrri-ble.

Una bien dibujada ceja castaña clara, del mismo tono que sus cortos cabellos, se alzó en la frente masculina con altivez.

—Son todas prendas de marca. Las compró mi secretaria y me aseguró que eran el último grito.

India le mostró una camisa de seda morada con el cuello y los puños color fresa con cara de asco y replicó:

—El último grito, sí. El último alarido que da una persona con una módica cantidad de buen gusto antes de caer fulminada ante semejante visión, querrás decir. Ni John Travolta en *Fiebre del sábado*

noche se atrevería a lucir algo así. Tenemos que ir de compras ahora mismo. Veamos —frenética, rebuscó entre el enorme montón de ropa y, por fin, sacó unos vaqueros desgastados y una camiseta de algodón gris de la Universidad de Massachusetts—, por ahora tendrás que conformarte con esto. ¿Tienes otros zapatos?

Sin poder reprimirse, India le soltó una patada a una fila de zapatos que iban del beige al blanco, todos con unas puntas agresivamente cuadradas, y él se vio obligado a contener una sonrisa.

—Me temo que si no te gusta ninguno de esos, tan solo quedan las zapatillas de deporte —respondió, sin embargo, con toda seriedad.

India levantó la vista del montón de ropa y, al ver el aspecto contrito de aquella enorme masa humana, se enterneció. De pronto le recordó a su hija Sol, quien solía lucir una expresión semejante cuando se negaba en redondo a seguirla en alguna de aquellas enloquecidas iniciativas a las que era tan aficionada.

—Bueno, no te preocupes por nada, Raff, enseguida lo solucionaremos.

Se acercó a él y apoyó la palma de su mano en aquella espalda imponente que parecía una puerta acorazada tratando de consolarlo. Sorprendida, notó el estremecimiento que recorrió su cuerpo de arriba abajo, pero, al instante, Raff Connor se puso en pie alejándose de ella, se acercó a la ventana y permaneció contemplando el denso tráfico que circulaba a esas horas por la Plaza de Neptuno con total tranquilidad.

India sacudió la cabeza; otra vez estaba imaginando cosas.

Al final, la lluvia que había caído a primera hora se había quedado tan solo en una amenaza y ahora volvía a lucir el sol. Aun así, la mañana era fresca, así que India se arrebujó en su *trench* rojo de Escada que, aunque ya tenía unos cuantos años, estaba a la última y taconeó por la acera con rapidez; a pesar de ello, con sus largas zancadas, Raff Connor se mantenía a su lado sin problemas. No llevaba jersey ni, por supuesto, la abracadabrante riñonera negra que se había empeñado en atar a su cintura unos minutos antes, y que ella, inflexible, le había obligado a dejar en la habitación del hotel; sin embargo, no parecía tener ningún frío. Sus brazos, morenos y fibrosos —y, como se dijo a sí misma, cada uno del tamaño de uno de sus muslos—, no mostraban la menor señal de carne de gallina.

En esa ocasión, India se preguntó si alguna vez habría trabajado como obrero de la construcción. No le costaba nada imaginarlo con una vieja camiseta empapada en sudor mientras daba un largo trago a una bebida refrescante, después de una larga jornada de lanzar paletadas de cemento bajo un sol de justicia.

Al ver el rumbo que tomaban sus pensamientos, se llamó al orden, impaciente. Raff Connor ni siquiera era su tipo; de pronto, le vino a la cabeza el tipo de hombre que le había gustado hasta entonces y apretó los puños con fuerza.

«¡No es el momento de pensar en hombres!» Enfadada consigo misma, alzó el brazo con tanto ímpetu que casi le salta un ojo a su acompañante. Un taxi que bajaba en ese momento por el Paseo del Prado se detuvo frente a ellos en el acto, y así empezó su maratón particular.

A los pocos minutos llegaron a la Milla de Oro de Madrid, donde se encontraban las firmas de

lujo internacionales más importantes. No dejaron de visitar una sola tienda: Armani, Hermès, Versace, Dolce&Gabbana, alguna sastrería de las de toda la vida... fue una auténtica orgía de compras. Pantalones, camisas, trajes, corbatas, vaqueros, calcetines, calzoncillos, gemelos; incluso compraron un par de trajes de baño.

El americano se portó como un valiente. Aunque se notaba a distancia que la ropa no le interesaba lo más mínimo, aceptó con docilidad probarse todas las prendas que a ella le parecieron adecuadas y solo opuso una leve resistencia cuando India se negó en redondo a que comprara una camiseta de tirantes verde lima y una braga náutica de leopardo con un enorme logotipo de Armani situado en un lugar estratégico que se le habían antojado.

La verdad era que daba gusto con él, pensó, complacida, mientras lo examinaba con interés tras salir del probador. A pesar de ser altísimo, Raff Connor era un hombre bien proporcionado, de hombros muy anchos y estrechas caderas, al que cualquier trapito que se pusiera le sentaba bien.

Después de que Raff ordenara en la última tienda que le enviaran todas las compras al hotel se derrumbaron, exhaustos, pero contentos, en las sillas de una de las numerosas terrazas de la calle Juan Bravo.

—Estoy rendida —confesó India, dando un buen sorbo a su coca-cola *light*. Lo que más le hubiera apetecido en ese momento habría sido quitarse los tacones y poner los pies en alto.

Raff se pasó el dorso de su manaza por la frente con expresión dramática y se secó un inexistente sudor.

—Me alegra escucharlo, *baby*. Reconozco que me daba pavor que insistieras en seguir de compras esta tarde.

India negó con una sonrisa. En realidad lo había pasado muy bien. Aun haciendo gala de aquellos modales un tanto rústicos, su nuevo jefe había resultado un tipo muy divertido.

—Creo que por hoy ha sido más que suficiente. Además, a las cinco tengo que ir a recoger a mi hija al colegio. La persona que suele ocuparse de eso está enferma —comentó al tiempo que se abalanzaba, hambrienta, sobre la ración de jamón ibérico que acababa de servirles el camarero.

De pronto, notó que Raff la miraba muy serio.

—¿Tienes una hija? —Ella asintió con la boca llena—. Lucas me dijo que eras viuda, pero no sabía que tenías hijos.

—Una niña, Sol. —A India se le iluminó el rostro, como siempre que hablaba de su hija—. Tiene seis años y, aunque esté mal que lo diga su madre, es adorable. En realidad, se parece mucho a su padre; Álvaro era el hombre más guapo que he visto jamás.

Raff había dejado de comer y mantenía los labios muy apretados. Sus ojos azules se habían oscurecido y tenían una expresión tormentosa que ella no supo interpretar.

—Imagino que te resultaría muy difícil aceptar su muerte —dijo, al fin.

—Siempre es difícil aceptar que una persona joven, que a priori debería tener toda la vida por delante, se vaya antes de tiempo —comentó tan solo, sin entrar en muchos detalles. Lo último que le apetecía en aquel momento era hablar de Álvaro y de las duras circunstancias que habían rodeado su muerte.

Connor pareció captar su estado de ánimo y cambió de tema al instante.

—Ahora, India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara, hablemos de negocios. Mañana a primera hora te enviaré por correo electrónico el contrato que sellará nuestro acuerdo. En cuanto lo firmes, pasarás a ser lo más parecido a una esclava por un periodo de tres meses. Durante ese

tiempo, estarás a mi completa disposición mañana, tarde y noche, ¿lo has entendido? —Una vez más, se había convertido en el frío e implacable hombre de negocios que había atisbado nada más conocerlo y que le daba cierto repelús.

—Sí, amo Connor —respondió con una mueca.

Complacido, el americano se recostó sobre el respaldo de la silla metálica con aquella irritante expresión del gato que acaba de zamparse al canario y, de nuevo, India sintió una ligera inquietud, aunque la hizo a un lado en el acto. Necesitaba disponer de aquel dinero lo antes posible.

—Exacto. A partir de ahora seré tu amo. Me pertenecerás en cuerpo y alma. ¡No te asustes! Es solo una forma de hablar.

Una vez más, Raff Connor pareció leer sus pensamientos y esbozó aquella sonrisa bonachona que, después de haber pasado toda la mañana a su lado, ella sabía bien que utilizaba para desarmar a sus interlocutores quienes, al verla, lo tomaban por un grandullón inofensivo. Grandullón puede, pero inofensivo... A ella no se la daba.

Capítulo 2

—Palmera de chocolate. ¡Bien! —Sol se lanzó en picado sobre la merienda; como todas las tardes, llegaba hambrienta del colegio. Su madre llenó un vaso de leche y lo puso junto a su plato.

—Voy a ver a la Tata.

Dejó a su hija merendando en la cocina, se asomó al diminuto dormitorio que había junto a esta y vio que la Tata estaba profundamente dormida. Llevaba dos días metida en la cama, víctima de una gripe bastante agresiva, y la verdad era que la pobre no tenía buena cara. De pronto, a India le pareció que aparentaba hasta el último de sus sesenta y seis años.

En realidad, hacía más de un año que debería haberse jubilado, pero ahí seguía, trabajando sin parar, en vez de dedicarse a dormir al sol y vivir de su pensión en la casita que había heredado de sus padres en el pueblo. Sin embargo, cuando las cosas se torcieron la Tata había insistido en permanecer a su lado, a pesar de que había habido meses en que ni siquiera podía pagar su sueldo. India sonrió con ternura y salió de puntillas para no despertarla.

Sol ya había terminado de merendar y había recogido su plato. Al ver el enorme bigote de leche que coronaba su labio superior India sintió uno de aquellos arrebatos de puro amor que le entraban cada vez que la miraba y, sin importarle lo más mínimo que pudiera mancharle el vestido con su carita sucia, la estrujó contra sus caderas en un asfixiante abrazo y se dijo que tenerla a ella hacía que todo lo pasado hubiera merecido la pena.

—¡Ay, mamá, que me ahogas! —protestó la niña.

—¡Uy, mi niña qué rica es!

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y no le quedó más remedio que soltarla para ir a abrir.

—Hola, hola. Te recuerdo que quedaste en llamar para contarme y aún estoy esperando.

Su amiga Candela entró como un torbellino. Según Lucas, que no la tragaba, tenía la misma delicadeza que un Panzer de la II Guerra Mundial. Sol se abalanzó sobre su madrina, que al instante la alzó en el aire y dio unas cuantas vueltas con ella en brazos mientras ambas reían a carcajadas.

—Veamos. —Candela la colocó de nuevo en el suelo y midió con el canto de la mano por dónde le llegaba la cabeza infantil—. Creo que has vuelto a crecer, bichejo. A este paso, en un par de años me sacarás una cabeza.

Sol sonrió, encantada, aunque India, más escéptica, dudó de que una hija suya y de Álvaro —ella no pasaba del metro sesenta y dos, y su marido tampoco había sido alto— alcanzara alguna vez los ciento setenta y seis centímetros, descalza, que medía su amiga.

—Pasa. —La condujo al diminuto salón, oscuro y desordenado, que también hacía las veces de cuarto de juegos y almacén. Como la Tata estaba enferma y ella había estado todo el día fuera, los juguetes de la niña estaban por todas partes. Quitó su oso de peluche favorito del sillón y apartó de un puntapié a la Nancy, pintarrajeada con boli y con la rubia melena llena de trasquilones, que las miraba con sus ojos de cristal muy abiertos, horrorizada ante su estado de completa desnudez—. Sol, recoge tus juguetes ahora mismo o tu madrina va a pensar que eres una desordenada.

Obediente, pero sin parar de hablar con la recién llegada, su hija empezó a recoger a la misma velocidad de crucero de un caracol que, en vez del caparazón, se hubiera echado a la espalda un edificio de veinte pisos mientras India iba a la cocina a buscar unas cocacolas. Cuando por fin se sentó en el incómodo sillón, que pedía a gritos un retapizado, se quitó los zapatos con un suspiro de alivio.

—Estoy agotada —suspiró, al tiempo que apoyaba la cabeza en el respaldo lleno de bultos y cerraba los párpados unos segundos.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? Ya sabes que cualquier cosa que venga de parte del Mataperros me parece sospechosa. —Al oírla, India no pudo evitar una sonrisa.

Había conocido a su amiga en una época difícil de su vida. En aquellos tiempos, tan solo tenía ocho años; su madre acababa de morir y su padre, que viajaba demasiado a causa de sus negocios, la había enviado a un selecto internado en Suiza, donde todas las noches lloraba hasta caer rendida. Unas semanas más tarde llegó Candela, hija de padres divorciados para los que también resultaba un estorbo. Una noche, en el enorme y frío dormitorio común en el que dormían diez alumnas, escuchó los sollozos que ella se esforzaba por ahogar apretando la cara contra la almohada y, en completo silencio, se acercó y se sentó en el borde del colchón. Sin decir una palabra, empezó a acariciarle el pelo con suavidad, hasta que, al fin, India se calmó un poco y volvió la cabeza para mirarla.

A la luz lechosa de la luna llena que entraba por el ventanal, reconoció a la pelirroja que había aparecido en su clase dos días antes. Tan solo llevaba puesto el sencillo camisón blanco de manga larga, que también formaba parte del uniforme escolar, y estaba descalza. Sus cortos cabellos apuntaban en todas las direcciones mientras los dientes le castañeteaban por el frío. En silencio, India apartó un poco las sábanas en una muda invitación y la pelirroja se deslizó junto a ella sin dudarlo. Aquella noche durmieron estrechamente abrazadas sintiéndose un poco menos solas y, desde entonces, se convirtieron en inseparables.

A Lucas, alias el Mataperros, lo conoció un par de años más tarde. Era el hijo de unos amigos de su padre que estaban desesperados con su mal comportamiento. Manuel Antúnez del Diego, que siempre estaba dispuesto a echar una mano al prójimo, lo invitó a pasar el verano en su finca de Extremadura lejos de las malas compañías que frecuentaba el chico y, aunque al principio India y él habían chocado un poco, acabaron haciéndose buenos amigos. De hecho fue Lucas quien, unos años más tarde, le presentó al que se convertiría en su marido.

En resumen, Candela y Lucas nunca habían disimulado la antipatía que sentían el uno por el otro. India no sabía si eran celos o, tal vez, aquel desgraciado accidente que tuvo como involuntarios protagonistas a la flamante escopeta de aire comprimido de él, y al cachorro de mastín que Candela acababa de adoptar. El caso era que se llevaban a matar y, en cuanto se encontraban —lo que ocurría a menudo pues India era la mejor amiga de ambos—, saltaban chispas.

—En esta ocasión te equivocas, Cande. El sueldo es fabuloso y el trabajo parece fácil.

India sirvió las bebidas y le acercó el bol lleno de almendras saladas, que era lo único que había encontrado en la despensa. Su amiga bebió un poco de cocacola sin quitarle la vista de encima, dejó el vaso sobre la mesa y comentó, enarcando una ceja con escepticismo:

—Me cuesta creer que el estúpido de tu amigo vaya a serte, por fin, de alguna utilidad.

—Candela, sabes que no me gusta que hables así de Lucas. —India solo la llamaba por su nombre completo cuando estaba enojada—. Puede que hace unos años fuera un poco alocado, pero después lo ha compensado con creces. No es justo que todavía le guardes rencor. Ahora tiene un trabajo

respetable y parece que se gana bien la vida.

—Un trabajo respetable. ¡Ja! —La pelirroja alzó su pequeña nariz con desdén—. No sé cómo puedes llamar trabajo a ir de fiesta en fiesta estableciendo contactos, y juntar amigotes ricos para irse de juerga por esos mundos de Dios, con la excusa de cazar animales indefensos.

—Digas lo que digas, organizar viajes para cazadores que buscan trofeos exóticos es un trabajo tan digno como ser abogado del turno de oficio.

Bueno, a lo mejor un poco menos altruista sí que era, reconoció India para sus adentros; pero Lucas se ganaba la vida honradamente, haciendo algo que le apasionaba y, por mucho que Candela se metiera con él, aquello no tenía nada de malo.

Su amiga hizo un gesto despectivo con la mano.

—No sé qué hacemos perdiendo el tiempo hablando del Mataperros. Mejor cuéntame lo de hoy. —Sus ojos grises, enormes y redondos, se clavaron en su interlocutora con expectación.

Entonces, India empezó a contarle todos los detalles de su encuentro con Raff Connor y Candela la escuchó con interés, interrumpiendo solo de cuando en cuando para pedir alguna aclaración.

—¿De qué se conocen? —preguntó en un momento dado.

—Creo que hace un año o así Lucas organizó una batida de caza en Kenia para el americano y unos cuantos de sus mejores clientes. Al parecer, conectaron desde el principio y se han hecho buenos amigos.

Cuando terminó de contar la historia, Candela se recostó a su vez sobre el respaldo del sofá y tan solo dijo:

—Caray.

Al ver que no parecía inclinada a comentar nada más, India frunció el ceño y preguntó impaciente:

—¿Solo vas a decir eso?

La pelirroja respondió con otra pregunta:

—¿Qué tal es tu americano? ¿Es guapo?

Su amiga se quedó un rato pensando en la mejor forma de describir a Raff Connor.

—Supongo que es atractivo a su manera... una especie de diamante en bruto. Es muy alto y su rostro es agresivamente masculino. No sé decirte, la verdad, es tan distinto de Álvaro...

—Y Álvaro era taaaan guapo. —El sarcasmo que encerraba su tono la molestó.

—Pues sí que lo era —afirmó a la defensiva.

—Está bien, reconozco que tu marido era un auténtico Adonis, pero si vas a comparar a todos los hombres que conoces con él, no encontrarás a nadie que te haga tilín.

India miró en dirección a Sol, que jugaba con las Pin y Pon bajo el único rayo de luz que entraba por la pequeña ventana de aquel piso semiinterior, en apariencia ajena por completo a su conversación, antes de responder en un susurro agitado:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no estoy interesada en conocer a nadie? ¡Jamás, óyeme bien, jamás volveré a casarme! Tengo a Sol, y ella es cuanto necesito.

Candela notó el súbito brillo en los ojos castaño claro y cambió de tema al instante.

—Anda, cuéntame más cosas de ese diamante en bruto. Ya sabes que a mí los hombres muy machos me vuelven loca.

Al oír aquello, India no pudo evitar soltar una carcajada. En efecto, conocía los gustos de su amiga en cuanto a hombres se refería: le gustaban absolutamente todos. Desde que entró en la edad del pavo, empezó a empalmar un novio con otro; conocía a un chico, daba igual que fuera alto, bajo,

calvo, flaco... se enamoraba con locura y, con la misma rapidez, se desenamoraba y lo hacía a un lado sin compasión. Cada vez que coincidían, Lucas la pinchaba con aquel tema. «¡Cuidado, que viene la Mantis! ¡Hombres, sujetad vuestras cabezas!» exclamaba en cuanto la veía aparecer, y a Candela se la llevaban los demonios.

—Parece uno de esos tipos grandotes y amables que no tienen malicia alguna. En realidad, vete tú a saber. —Se encogió de hombros—. No creo que un hombre hecho a sí mismo, que ha creado una fortuna de la nada, sea tan manso. Tiene un gusto espantoso para vestir, hace mucho ruido al beber, se limpia la boca con la mano y me llama «*baby*» cada dos por tres; sin embargo, pienso que no me llevará mucho tiempo corregir esas pequeñas manías. Lo importante es que, con el sueldo que me va a pagar durante estos tres meses, podré quitarme de encima algunas de mis deudas más apremiantes.

La pelirroja asintió, comprensiva, pues conocía muy bien en qué situación había quedado su amiga tras la muerte de Álvaro. En numerosas ocasiones había insistido en ayudarla con sus pesadas cargas económicas, pero India se había negado siempre. Sabía de sobra que Candela no soportaba pedir dinero a sus padres y con su sueldo de abogado apenas le llegaba para mantenerse a sí misma.

—¿Te han vuelto a molestar esos tipos? —Los ojos grises, tan expresivos, no podían ocultar su preocupación.

India se encogió de hombros en su gesto habitual cuando trataba de simular indiferencia.

—Han tratado de meterme prisa; pero, con un poco de suerte, este dinero los mantendrá a raya durante una buena temporada.

En ese momento sonó la alarma de su móvil.

—Espera un momento. Voy a darle la medicina a la Tata.

Llegó justo a tiempo de pescarla con la bata puesta y a punto de levantarse de la cama.

—¿Pero no has oído al médico?! Tienes que estar en reposo, re-po-so —repitió igual que si hablara con una niña pequeña y obstinada—, al menos durante un par de días más. Mira, Tata, no me lo pongas más difícil; o me obedeces o le digo a tu amiga la portera que suba a hacerte una visita.

El pie que tanteaba bajo la cama tratando de enfundarse una de las zapatillas se detuvo en el aire. La Tata no soportaba a la portera. Desde que se habían mudado a aquel minipiso, le había declarado la guerra, una guerra larvada a base de sarcasmos que la pobre mujer, que en cambio se desvivía por agradarla, era incapaz de captar. La miró con expresión de reproche durante unos segundos, pero al ver que India se mantenía firme, soltó un hondo suspiro —que a otra menos acostumbrada a sus chantajes emocionales le hubiera partido el corazón— y volvió a quitarse la bata.

—Está claro que sabes elegir bien tus amenazas —gruñó, volviéndose a tapar con las sábanas.

—Te recuerdo que tuve una buena maestra. —La mirada que le lanzó India estaba cargada de significado—. Así que si no quieres que azuce a la portera para que suba y te vuelva loca con su cháchara, ya sabes, te tomas ahora mismo la medicina y no te mueves de aquí hasta nueva orden.

Cuando volvió al salón, Candela estaba a cuatro patas en el suelo armando un puzzle con Sol, así que India aprovechó para encender el portátil y revisar su correo. El mail con el contrato y el *briefing* para la fiesta esperaban en la bandeja de entrada, así que lo imprimió todo y se puso a leerlo.

A medida que iba pasando páginas, se indignaba más y más.

—¡Creo que necesito una abogada, este contrato está lleno de cláusulas abusivas! —exclamó al llegar al final.

Al oírla, su amiga se levantó de un salto, se sentó junto a ella en el sofá y le arrebató las hojas de

las manos. Cuando terminó de leer, un agudo silbido salió de sus labios.

—¿Vas a firmar esto? Pensé que la esclavitud había sido abolida en España hacía unos cuantos siglos. —Incrédula, leyó por segunda vez una de las cláusulas.

—Ya me avisó que a partir de ahora le iba a pertenecer en cuerpo y alma, pero pensé que bromeaba. —Los, en general, plácidos ojos castaños despedían chispas de indignación.

—¿De verdad te dijo eso?! ¡Caray, tengo que conocer a ese yanqui! Qué morbo, ¿no? Parece una de esas novelas de látigos y sumisión que están ahora tan de moda. —Candela babeaba, literalmente, y empezó a leer en alto—: «La señorita India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara se compromete a acudir, sin importar qué hora sea del día o de la noche, siempre que el señor Raff Connor requiera su presencia; asimismo, la señorita India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara tendrá la obligación de acompañar a su empleador a cualquier viaje imprevisto que pudiera surgir. Del mismo modo...». ¡Un momento! Voy a ver si me he saltado esa parte en la que explica cuánto, qué y cómo debes comer cada día.

—Ja, ja, muy graciosa. —India colocó uno de los largos mechones castaño oscuro detrás de su oreja—. Es increíble lo que algunas tenemos que tragar para conseguir un trabajo. Ya me parecía a mí que el aspecto cándido y bonachón de ese tipo era solo una tapadera. En fin, pásame el boli; los pobres no podemos elegir.

La pelirroja le tendió un bolígrafo que había sobre la mesa y ella firmó en la línea de puntos sin que le temblara el pulso. De pronto, a Candela se le ocurrió una idea alarmante.

—No será un acosador sexual, ¿verdad?

—¿Qué es un acosador sexual? —Aquella pregunta, formulada por una aguda voz infantil, les hizo dar un respingo.

Las dos se habían olvidado por completo de la presencia de Sol; pero, a esas alturas, India ya era experta en esquivar situaciones difíciles, así que respondió sin perder la sangre fría:

—Anotador virtual, cariño, anotador virtual. Es el que hace más puntos en el Candy Crush, ya sabes, ese juego del móvil que tanto te gusta.

—¿Y cuántos puntos crees que pretende marcarte este anotador virtual? —insistió su amiga, con una mueca burlona.

India la miró con el ceño fruncido y contestó sin dudarle:

—Ni uno solo, no es ese tipo de jugador.

—¿Cómo puedes saber eso si apenas lo conoces?

La morena se encogió de hombros.

—Simplemente, lo sé.

A la mañana siguiente, salía de la boca de metro cuando recibió un WhatsApp.

CÓDIGO ROJO: ¡¡¡¿¿¿Qué me pongo???! Me siento como una adolescente en su primera cita. ¡Sube a mi cuarto ASAP!

Aún con la sonrisa en los labios, saludó al conserje del día anterior que, a juzgar por su amabilidad, parecía acordarse bien de ella y fue directa al ascensor. Golpeó la puerta de su habitación un par de veces con los nudillos y, casi al instante, se abrió de par en par. En cuanto pasó,

Raff, que estaba justo detrás, la volvió a cerrar de golpe.

—¡Llegas tarde!

—He llegado cinco minutos antes de la hora. —Caminó hacia el dormitorio de la suite muy tranquila.

—Por mi reloj biológico llegas dos horas tarde —gruñó, al tiempo que la apuntaba con el dedo índice—. ¿Sabes cuántas veces me he cambiado de ropa?

A juzgar por el enorme montón de camisas y pantalones que yacían descartados encima de una butaca, habían sido unas cuantas; pero, en opinión de India, no las suficientes. Lo miró de arriba abajo durante unos segundos y sacudió la cabeza. Aquel hombre era un auténtico desastre a la hora de combinar prendas.

—¿Eres daltónico? —le preguntó muy seria. Decidida, se acercó a él y empezó a desabrochar los botones de la camisa que llevaba puesta con naturalidad.

Al sentir el tacto de aquellos dedos hábiles contra su pecho, Connor se quedó paralizado y se dejó hacer, al tiempo que contestaba con voz ronca:

—No que yo sepa, pero debiste dejarme una lista para saber qué condenada prenda va con qué cosa. ¡He perdido un montón de tiempo con este maldito asunto!

India le tapó la boca con las yemas de los dedos y declaró con firmeza:

—Nada de maldiciones. —Luego le quitó la camisa con cuidado para que no se arrugara y al encontrarse frente a frente con aquel inmenso pecho, tan moreno y bien formado, se vio obligada a reprimir un suspiro—: Creo que lo ideal sería que tu futura prometida te viera desnudo. Quizá debería organizar las citas en una playa o a bordo de un yate...

Al ver la sonrisa ufana que se dibujó en aquellos labios firmes, se dio cuenta con horror de que acababa de pronunciar esas últimas palabras en voz alta y notó que sus mejillas empezaban a arder. Trató de disimular su turbación rebuscando en aquel montón de ropa hasta que, al fin, dio con una camisa que combinaba a la perfección con los elegantes pantalones beige que el americano llevaba puestos y se la tendió.

—Toma. Esta noche haré una lista para que seas capaz de conjuntar la ropa que compramos ayer y te la mandaré por correo.

Raff terminó de abrocharse los botones, se remitió la camisa por dentro del pantalón y, tras ajustarse el cinturón, puso los brazos en jarras en una pose chulesca, le lanzó su mejor mirada castigadora y preguntó:

—¿Soy de tu agrado, *baby*? —Ella lo examinó con aprobación.

—Yo no soy tu *baby*, así que quítate esa mala costumbre y sí, ahora eres completamente de mi agrado. Y bien, ¿cuál es el plan?

—Ayúdame a recoger esto, por favor.

En cinco minutos el montón de ropa había desaparecido, y las prendas colgaban de nuevo en el armario. Mientras esperaban el ascensor, Raff le contó que Lucas había concertado una cita con el propietario de una finca en Toledo, y que irían ahora a echar un vistazo a ver si era lo que estaba buscando. En el garaje del hotel subieron al Range Rover que el americano había alquilado durante su estancia en Madrid y, sobre la marcha, recibió in situ su primera lección sobre la conveniencia de abrirle a su acompañante femenina la puerta del coche si quería quedar como un caballero.

Poco después, circulaban a una velocidad prudente por la A-42 en dirección a Toledo. A India le sorprendió que Raff Connor no titubeara en ningún momento a la hora de tomar las desviaciones

necesarias; parecía conocer el camino a la perfección.

—¿Para qué quiere un yanqui como tú comprar una finca en España? —preguntó con curiosidad y sin medir sus palabras. Ella misma estaba sorprendida de lo cómoda que se sentía al lado de aquel hombre, aunque apenas lo conocía.

—Me gusta España, me gusta la comida, me gustan las españolas... —Por unos segundos, despegó la vista de la carretera y se giró para guiñarle un ojo.

A ella le entró la risa.

—No me digas que tu futura mujer va a ser española...

Raff sonrió de buen humor, atento de nuevo al tráfico que, a pesar de la hora, aún era intenso.

—¿Por qué no? Imagino que la mayoría de las mujeres que vas a presentarme son españolas, así que estoy más que dispuesto. Como ya te dije, planeo abrir aquí la sede europea de mi empresa y no me importaría en absoluto vivir a caballo entre Nueva York y Madrid; ambas ciudades me encantan.

India observó su perfil tan masculino, de nariz grande y mandíbula cuadrada y, poniéndose seria una vez más, no pudo evitar preguntar:

—¿De verdad crees que vas a conocer una mujer, te vas a enamorar y vas a casarte con ella en tres meses?

Raff Connor mantuvo la mirada fija en la carretera mientras contestaba a su pregunta:

—Estoy seguro que los dos primeros puntos se harán realidad sin problemas: conoceré a una mujer y me enamoraré ciegamente de ella. —A India le sorprendió la seguridad con la que hablaba, pero no quiso interrumpirlo—. Quizá el tercer paso, llevarla al altar, me cueste un poco más; sin embargo, tengo una gran confianza en mí mismo. Soy un tipo lleno de recursos.

Si bien parecía estar bromeando, ella no dudó ni por un segundo de la veracidad que encerraba aquella afirmación; en el poco tiempo que lo conocía, ya se había percatado de que había pocas cosas que a Raff Connor se le pusieran por delante. A pesar de ello, no pudo resistirse y le lanzó una pequeña advertencia:

—El matrimonio es un asunto muy serio. Espero que si al final das el paso, lo hagas con los ojos bien abiertos.

India notó que la miraba de soslayo.

—¿Abriste los tuyos lo suficiente cuando decidiste casarte? —preguntó de sopetón.

Sus palabras revolvieron algo en su interior y, de pronto, India se encontró reviviendo el día en que Lucas le había presentado a Álvaro.

Candela y ella estaban tiradas en unas hamacas en la playa del Duque, con sendos zumos de frutas casi acabados sobre la mesita que había entre las dos. India había logrado convencer a su padre de que le prestara el apartamento de Marbella con la excusa de que estaba agotada tras los exámenes. Quizá en el caso de su amiga aquello fuera cierto, pues había aprobado cuarto de Derecho con una media de sobresaliente; pero ella, recién llegada de París, acababa de terminar un curso de Historia del Arte en la Sorbona y, aunque le apasionaba el tema, tampoco se había matado a estudiar. Llevaban dos noches disfrutando a muerte de la marcha de Puerto Banús y por las mañanas tan solo les quedaban las energías suficientes para arrastrarse bajo una de las sombrillas del Beach Club.

—¡Mira, Álvaro: una bella sirena y una ballena pelirroja!

Aquella voz conocida les hizo abrir los ojos detrás de las gafas de sol.

—¡Lucas! ¿Qué haces aquí?

Sin hacer caso de la palabrota que acababa de soltar Candela en un tono nada discreto, India se

levantó de la hamaca y corrió a saludar a su amigo.

Él la alzó en sus brazos, dio una vuelta sobre sí mismo y la volvió a depositar sobre la arena caliente.

—India, te presento a mi amigo Álvaro.

En ese momento notó la presencia de un muchacho, rubio y muy atractivo, que no le quitaba ojo, al lado de Lucas. Entonces, él sonrió y el resto del mundo desapareció.

—¿India? —La voz de bajo de Raff Connor la trajo de vuelta al presente.

—¿Perdona? —preguntó, medio atontada.

—Te preguntaba si estabas segura de lo que hacías cuando te casaste.

India observó distraída aquellas manos enormes que sujetaban el volante con firmeza y notó que tenía los nudillos blancos.

—Imagino que todo lo segura que puede estar una chica de veinte años —respondió, al fin, y luego confesó en un susurro—: Estaba locamente enamorada.

El resto del trayecto lo hicieron casi en silencio; él atento a la conducción, y ella con la mente todavía en el pasado. Un poco antes de llegar a Toledo, tomaron una desviación y, mas adelante, enfilaron hacia un camino de tierra lleno de baches. Unos minutos después llegaron a su destino y Raff apagó el motor.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó con entusiasmo.

Lleno de excitación, salió del coche y cerró la puerta con tanta fuerza que ella se preguntó si no la habría vuelto giratoria. India permaneció en el interior del vehículo. Esperando. Enseguida escuchó el repiqueteo de unos dedos impacientes sobre el cristal de su lado. Sin prisa, se inclinó para girar un poco la llave de contacto que el americano había dejado puesta y bajó la ventanilla.

—¿Sí? —preguntó con expresión angelical.

—Vamos, ¿a qué esperas?

Nada, aquel hombre carecía de la más mínima sensibilidad.

—Quizá espero a un caballero andante que me ayude a bajarme del corcel... —replicó, sarcástica.

—¡Ups! Perdona, lo olvidé.

Abrió la puerta y con una afectada reverencia la invitó a salir del coche.

—Madame.

India rebuscó en su bolso hasta que encontró los pañuelos de papel, cogió uno y se lo puso a Raff junto a la boca.

—¡Dámelo! —ordenó.

—¿El qué? —Le dirigió su mirada más inocente.

—El chicle. ¡Suéltalo ahora mismo!

—Acabo de metérmelo en la boca, *baby*, aún no se le ha quitado ni un poco de sabor —protestó aquel grandullón desesperante.

—No puedes ir por ahí mascando chicle con la boca abierta. Queda fatal.

—Prometo que la cerraré, nadie sabrá que está ahí. —Ahora su expresión era implorante.

—Ni hablar. No conozco a nadie que coma chicle sin enseñarle a los demás hasta el último empaste. Es una ordinariez. Vamos, suéltalo. ¡Ahora! —Él obedeció a regañadientes y escupió la goma de mascar sobre el pañuelo. India hizo un gurrño y lo metió en su bolso. Ya lo tiraría más tarde.

—Eres fría y cruel —afirmó con rencor.

Ella se encogió de hombros, impertérrita.

—Al menos trato de ganarme el dineral que me pagas.

No pudo replicar, pues, en ese instante, un anciano con pinta de gran duque salió a recibirlos. Pasaron una mañana de lo más entretenida, recorriendo la hermosa finca rodeada de viñedos y campos de cebada, y mientras el administrador le explicaba al americano en un inglés de andar por casa los entresijos de la explotación y le llenaba la cabeza de datos, el anciano caballero se dedicó a charlar con India.

Al final, resultó que había sido compañero de pupitre de su abuelo Felipe y, a partir de aquel descubrimiento, la trató como a una querida y pícara nieta; aunque, de vez en cuando, se le escapaban un poco las manos, hasta el punto de que Raff se vio obligado a pasar un brazo sobre sus hombros, en plan novio posesivo, y actuar así de escudo humano.

Más tarde, les hizo un tour por la casa, antigua y acogedora, cuya fachada estaba construida con el típico ladrillo toledano. Después de tomar un delicioso aperitivo bien regado con el vino que producían en las bodegas de la propia finca, se despidieron con efusión del simpático vejete y se subieron al coche. En esa ocasión, su empleador no se olvidó de abrirle la puerta para que pasara y cerrarla después.

—Perfecto, Raff.

El americano rodeó el vehículo, subió al coche y giró la llave de encendido con brusquedad.

—¿Perfecto? ¡Ese viejo sátiro me ha amargado la mañana! ¡No pienso comprarle la finca! He estado a punto de sacarle la dentadura postiza por la nuca de un puñetazo.

A India aquella exagerada actuación de enamorado celoso le pareció de lo más divertida.

—Fue al cole con el abuelo Felipe, así que es casi como de la familia —cambió de tema bruscamente—. ¿Siempre llevas el pelo tan corto?

—Sí, ¿no te gusta? —La miró muy serio.

Ella lo examinó durante un buen rato y, al fin, asintió:

—Sí, la verdad es que sí que me gusta. Estás muy guapo. —Por un segundo pareció confuso, pero enseguida esbozó aquella sonrisa suya, de chuleta satisfecho, que a India le hacía tanta gracia; aunque se le borró de golpe al escuchar sus siguientes palabras—. Creo que ya sé la primera chica que te voy a presentar.

—¿De veras? —Una vez más, parecía muy concentrado en la carretera.

—Te voy a presentar a mi amiga Candela. Su familia es dueña de la Banca Olazábal y ella conoce a todo el mundo, te será muy útil en tus relaciones de negocios. Además es guapa, tiene un tipazo y, lo más importante de todo, es una bellísima persona.

—Caramba, menuda joya, estoy deseando conocerla —afirmó antes de sorber ruidosamente por la nariz.

—¿Necesitas un pañuelo? —India se recordó a sí misma que quizá aún era demasiado pronto para presentar a aquel hombre en sociedad; a Raff Connor se le notaba demasiado el pelo de la dehesa.

—¿No, por qué? —preguntó a su vez, sorbiendo con estrépito una vez más.

—Regla número uno: no se sorbe. Debes evitar hacer ruidos repugnantes, da muy mala imagen.

—Trataré de recordarlo, *baby*... perdón, India. No me he dado cuenta —contestó, con docilidad.

India miró por la ventanilla.

—¿Vamos a Toledo?

—Sí, me apetece hacer un poco de turismo; hace años que no visito la ciudad. Aprovecharemos

para comer en alguna terraza, hace un día perfecto.

En ese momento entró una llamada por el manos libres, y Raff ya no paró de hablar de negocios hasta que dejaron el coche en el aparcamiento.

Capítulo 3

Caminaron un rato sin rumbo por las estrechas callejas empedradas, disfrutando de la preciosa ciudad imperial. Por fortuna, el calor no resultaba agobiante, y al ser día laborable las hordas de turistas no eran tan densas como ella recordaba de visitas anteriores. Les dio tiempo a entrar en la catedral y a visitar la sinagoga del Tránsito antes de que Raff anunciara que podría comerse un puesto de perritos calientes con ruedas y todo. Así que se sentaron en la terraza de una placita, encantadora y recoleta, y el americano se lio a pedir raciones como si no hubiera un mañana.

Además de ultimar los detalles de la extraordinaria fiesta que Raff planeaba ofrecer a sus clientes, charlaron de muchas otras cosas y el almuerzo resultó muy entretenido. India se vio obligada a corregir los modales de su pupilo unas cuantas veces —desde enseñarle a coger bien los cubiertos, a impedir que, en un par de ocasiones, se llevara el cuchillo a la boca y lo lamiera—, pero aquel hombretón, cándido y apacible, aceptó sus constructivas reprimendas con deportividad y sin ofenderse lo más mínimo. Lo que más le estaba costando, sin embargo, era quitarle esa irritante manía que tenía de llamarla *baby* a todas horas, así que lo intentó una vez más.

—Raff, no soy tu *baby*, ni tu cari, ni tu churri, ni tu chatina. Cuando te dirijas a mí llámame por mi nombre de pila, por favor. A las mujeres nos agrada saber que el hombre que tenemos al lado es capaz de diferenciar en compañía de quién está. Estoy convencida de que conoces un montón de *babies* y, te lo aseguro, a nadie le gusta sentirse parte de una masa impersonal.

—Entiendo lo que me dices, India, *baby* —respondió con mansedumbre.

India alzó los ojos al cielo con desesperación y decidió dejar aquella batalla para más adelante. Debía reconocer que, a pesar de sus modales algo rústicos, Raff Connor era un hombre divertido y encantador, y sus comentarios hacían que se retorciera de risa. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien con una persona. Quizá fuera por ese aspecto de oso de peluche gigantesco que tenía, pero a su lado se sentía cómoda —casi como si lo conociera de toda la vida—, y no se cortaba un pelo a la hora de soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Terminó su café, se recostó sobre el respaldo de la silla sintiendo una agradable modorra y lo miró, satisfecha.

—Candela y tú haréis una pareja perfecta.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué lo crees? —Los penetrantes ojos azules no se apartaban de los iris color caramelo mientras esperaba la respuesta, muy interesado.

—Para empezar, ambos sois altísimos. Parece una tontería, pero no hay nada más ridículo que una de esas parejas en las que él es más largo que un día sin pan y ella apenas le llega a la cintura. A veces me pregunto cómo se lo montan en la cama. Tiene que ser incómodo... —Horrorizada, se tapó la boca con la mano, en un intento tardío de evitar que aquellas palabras salieran de sus labios. El vino debía haberle soltado la lengua y acababa de repetir en voz alta sus pensamientos más íntimos.

Pero Raff Connor no pareció advertir su turbación y comentó con tranquilidad:

—Imagínate que nosotros fuéramos novios. —India soltó una carcajada, divertida; la idea resultaba absurda por completo—. No te rías, estoy planteando un estudio científico de la máxima

importancia. Veamos, yo mido un metro noventa y dos centímetros y tú... calculo que uno sesenta, más o menos.

—Sesenta y dos —puntualizó al instante; en su caso, dos centímetros arriba o abajo eran de vital importancia.

—Treinta centímetros de diferencia. ¿Crees que sería un obstáculo insalvable a la hora de hacer el amor? —preguntó, muy serio.

De pronto, una inquietante imagen de Raff Connor y ella desnudos en la cama se abrió paso en su cerebro y le cortó la respiración. India notó que se ponía como un tomate y el súbito destello en aquellos sorprendentes iris azules de algo que no supo cómo calificar, al posarse sobre su rostro, provocó una nueva oleada de sangre ardiente en sus mejillas.

—Imagino que... que no —procuró que no le temblara la voz.

—A ver, ponte de pie —ordenó él de repente.

—¿Para qué? —Frunció el ceño y lo miró con desconfianza.

—Deseo saber por dónde me llegas, exactamente.

—Mira, Raff, será mejor que dejemos de lado esta absurda investigación. —Pero él no le hizo el menor caso; decidido, se puso en pie y la obligó a hacer lo mismo.

—Bueno, llevas tacones, lo que supondrán unos cinco o seis centímetros más; pero creo que ese dato no será relevante para nuestro experimento —afirmó en tono científico, antes de rodearla con sus brazos y estrecharla con fuerza contra él, de manera que su rostro se hundió en aquel pecho de cemento armado mientras sentía el roce de la hebilla del cinturón masculino a la altura de su estómago—. ¿Qué tal? No es excesivamente incómodo, ¿verdad?

No, no era incómodo en absoluto, se dijo India, al tiempo que aspiraba su aroma seductor y notaba el agradable calor que desprendía su piel. El efecto era muy distinto de cuando abrazaba a Álvaro. Su marido apenas era un poco más alto que ella y no resultaba tan imponente. Por unos instantes, encerrada en el abrazo de aquel hombre inmenso, notó una intensa sensación de seguridad que no recordaba haber experimentado desde que murió su padre.

—Tienes razón, no está tan mal —contestó con aparente indiferencia, antes de apoyar las palmas sobre su pecho y apartarse de él con suavidad.

—Podemos ir abrazados hasta el coche a ver qué tal se ajustan nuestros pasos —ofreció, solícito.

—Mejor no, Raff, creo que ha quedado probado, fehacientemente, que las parejas de distintas alturas también pueden ser felices —replicó ella, y echó a andar a metro y medio de distancia, hasta que de pronto... ¡el horror! Y no, no estaba pensando en su última relectura de *El corazón de las tinieblas*, sino en algo que estaba ocurriendo en ese preciso instante, justo delante de sus propias narices—. ¡Argh! ¡Dámelo ahora mismo!

Se abalanzó sobre él como una loca y empezó a dar saltos en un vano intento de arrebatarse el palillo que colgaba en la comisura de su boca mientras que, sin esfuerzo aparente, él esquivaba su mano, una y otra vez, muy divertido ante su impotencia.

—Pero ¿qué pasa ahora? ¿Estás sufriendo un ataque? —Sus ojos azules, muy abiertos, lucían una expresión de inocencia casi infantil, pero a ella no la engañaba.

—¡He dicho que me lo des!

Dejó de saltar, porque se sentía ridícula, y permaneció frente a él con los brazos en jarras y la misma mirada que utilizaba para sembrar el terror en el pecho de su hija Sol y que tuvo el mismo efecto que de costumbre.

Ninguno.

Despacio, el americano se sacó el palillo de la boca y se lo quedó mirando como si fuera un sudoku especialmente complicado.

—No te gusta mi palillo, tampoco quieres que mastique chicle... entonces, ¿cómo diablos voy a deshacerme del tropezón de morcilla que se me ha quedado entre los dientes?

—Mira, Raff Connor, tienes suerte de que sea yo y no otra la que está escuchando semejante pregunta asquerosa. Regla número dos y número tres: *nunca* debes usar un palillo y *jamás* —recalcó los adverbios con intención— le cuentes a una chica la relación de posibles cuerpos extraños que puede albergar tu dentadura. ¿Me has oído?

—Tendría que estar muy sordo para no hacerlo. —Él la miró con dolorido reproche, al tiempo que le tendía el ofensivo objeto, que India se apresuró a guardar en la misma bola de papel en la que ya reposaba el chicle, y comentó, abatido—: Me temo que esto va a ser muy duro. Demasiadas reglas, no sé si podré recordarlas todas.

Ella entrecerró los párpados y lo examinó con desconfianza.

—A veces tengo la sensación de que me estás tomando el pelo.

—Como ya te dije, India, *baby*, provengo de una familia muy humilde. Mi padre se fue de casa cuando nací; mi madre trabajaba de limpiadora de siete de la mañana a diez de la noche y llegaba a casa tan cansada que no tenía tiempo para educarme.

Aquellas palabras la hicieron sentir fatal. India era una de esas personas que no podían soportar el sufrimiento ajeno; ni siquiera era capaz de pisar una miserable araña y eso que le daban un asco terrible. Así que se acercó a él y le dio una palmadita entre los omóplatos —casi tuvo que ponerse de puntillas—, como si, a esas alturas, pudiera consolar al niño que había sido. Sin embargo, al grandullón que caminaba a su lado pareció gustarle y aprovechó para pasarle el brazo por encima de los hombros y arrimarla más a él. India decidió no protestar, y caminaron así hasta el aparcamiento mientras ella trataba de adivinar en los ojos de las personas con las que se cruzaban qué era lo que pensaban de aquella extraña combinación de pigmea y gigante.

Llegaron a Madrid diez minutos antes de la hora de salida de Sol, y Raff insistió en dejarla en la puerta del colegio. Quería quedarse a esperarlas, pero India sabía que un tipo como él tendría un millón de cosas pendientes y, además, no le gustaba presentar a su hija a hombres a los que apenas conocía. Raff debió notar su reluctancia porque no insistió, así que se despidieron allí mismo y quedaron en que al día siguiente, aunque era sábado, pasaría de nuevo a buscarlo al hotel y le llevaría unas cuantas ideas para la fiesta convenientemente desarrolladas.

En cuanto llegaron a casa, la Tata salió a recibirlas y, antes de que India pudiera empezar a regañarla, anunció que se encontraba mucho mejor y añadió —con una intensidad dramática que para sí hubiera querido Sarita Bernhardt— que si se quedaba más tiempo en la cama se iría para el otro barrio en menos que canta un gallo. La verdad era que a India le dolía la cabeza y no tenía ganas de discutir, así que la dejó trajinando en la cocina, sin parar de quejarse porque, según ella, nada estaba en su sitio. Estaba claro que la Tata había vuelto a su ser.

Con un suspiro, India cogió su portátil y empezó a mirar cosas para la fiesta de Raff. Deseaba superarse a sí misma; estaba decidida a hacer algo espectacular que resultara inolvidable; sobre todo, porque el presupuesto que le había dado el americano era de escándalo y al menos así tendría la sensación de que el trabajo que desempeñaba era real.

Al cabo de una hora, sentía que le estallaba la cabeza. Estaba congelada y le dolía todo el cuerpo.

Buscó en el cajón de la mesilla de noche y sacó el termómetro que guardaba ahí. Cinco minutos más tarde sus sospechas se habían confirmado: tenía fiebre.

«No fastidies, India, no puedes ponerte enferma justo ahora», se dijo maldiciendo su mala suerte.

Sol entró en su cuarto a preguntarle una duda sobre sus deberes, pero su madre le prohibió acercarse. Estaba claro que había pillado la misma gripe que había dejado postrada a la Tata durante varios días y no quería que se contagiara ella también.

—Le diré a la Tata que ahora estás tú mala, así que tendrá que cuidarte y luego volverá a ponerse mala ella, y tú...

—Está bien, está bien, me hago una idea, Sol. —Su madre interrumpió con cierta aspereza lo que se anunciaba como una retahíla interminable—. Anda, dile a la Tata que no quiero cenar. Me voy a acostar ahora mismo, a ver si con un poco de suerte mañana me encuentro mejor.

Por supuesto, diez minutos después entraba la Tata en su habitación cargando con una bandeja en la que había dispuesto un bol de caldo recién hecho, un vaso de agua y una caja de ibuprofeno.

—¡Cómo que no vas a cenar! Ahora mismo que yo te vea. Ya sabes lo que me dijo a mí el médico: líquidos, muchos líquidos. Y este caldo lleva verduras y gallina de verdad, no como el aguachirle de bote que calentaste tú en el microondas.

India sabía que era inútil discutir, así que se incorporó y dejó que le colocara la bandeja sobre los muslos.

—Mira que eres rencorosa, Tata. Lo importante es que te lo prepararé con mucho amor, ¿no? No tengo la culpa de que nunca me hayas enseñado a cocinar. Siempre has pensado que todo el mundo quiere robarte tus recetas y es más difícil entrar en la cocina que en el cuartel general de la CIA en Langley.

La Tata resopló, al tiempo que le sujetaba la servilleta en el cuello como si fuera una niña pequeña.

—Mis recetas son la herencia que voy a dejaros a ti y a Sol cuando me muera —replicó, dramática—. Hasta entonces, no quiero teneros a ninguna de las dos enredando en mi cocina.

A India le dolía demasiado la cabeza para tratar de explicarle a la Tata que sería más efectiva una clase presencial que leer cien libros de recetas, pero sabía que era inútil; llevaban demasiado tiempo juntas y cada una conocía al dedillo las manías de la otra.

El caldo no le supo a nada, pero a pesar de ello se lo acabó y se tomó una pastilla. Le dio las gracias a la Tata y, con esfuerzo, se puso el camisón; el saco de arena de un gimnasio no se habría sentido más vapuleado de lo que ella se encontraba en ese momento. Se despidió a gritos de su hija, que desde la puerta le mandaba besos sopladados, y se quedó profundamente dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Cuando sonó el despertador a las siete y media, India apenas podía levantar el brazo para apagarlo. ¡Maldición, se encontraba aún peor que la noche anterior! Cogió el móvil y llamó a Raff; sabía que le iba a causar una impresión pésima, pero se sentía incapaz de levantarse de la cama. El americano no le cogió el teléfono, así que le dejó recado en el contestador explicando que estaba enferma y que ese día no iría a trabajar.

Agotada por el esfuerzo, se desplomó de nuevo sobre la almohada y volvió a dormirse hasta que, un par de horas después, llegó la Tata con el desayuno y las medicinas. Después de beberse la leche caliente se sintió algo mejor e, incluso, fue capaz de bromear un poco con su hija que le daba los buenos días desde el umbral de la puerta, pero aquello que tenía —que no sabía si era gripe o la

enfermedad del sueño— la dejó KO una vez más y ya no se despertó hasta que escuchó hablar a Sol y una profunda voz masculina en respuesta.

¿Quién sería?, se preguntó, asustada, y sin hacer caso de la debilidad de sus piernas, que apenas parecían capaces de sostenerla, se encaminó a toda prisa, descalza y en camisón, hacia el lugar de donde provenían las voces.

La última persona que esperaba ver en su minúsculo salón era a Raff Connor plantado frente a Sol, ambos con los brazos en jarras y midiéndose con la mirada.

—¿Eres un gigante? —preguntó su hija, muy seria, con su voz aguda.

—No. Y tú, ¿eres una enana? —Él le devolvió la pregunta en un español con un acento atroz, más serio aún.

A ella le entró la risa y respondió:

—No, soy una niña pequeña.

—Pensé que eras una enana de ciento cincuenta años.

—Solo tengo seis. —Sol alzó el mismo número de dedos para dejárselo aún más claro.

La gripe y la preocupación que la habían hecho saltar de la cama le provocaron un ligero mareo y, desfallecida, India se vio obligada a apoyarse contra la pared para no caer al suelo. Raff y Sol se volvieron al mismo tiempo y, al percatarse de su palidez, el americano llegó junto a ella en dos zancadas y sin decir palabra la alzó entre sus brazos, la llevó a su habitación y la depositó en la cama con suavidad.

—Tienes un aspecto horrible —se limitó a decir, tapándola bien con las sábanas.

—Vaya, muchas gracias. —India hizo una mueca y se apartó la revuelta melena castaña oscura de la cara—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo?

Jamás daba su dirección en los trabajos que aceptaba. Siempre se reunía con sus empleadores en sus casas o en terreno neutral —un hotel o un restaurante—; era consciente de que el espantoso cuchitril en el que habitaban desde hacía tres años no era una buena carta de presentación si lo que pretendía era vender un poco de glamour.

—Me lo dijo Lucas.

¡Lucas! India se juró que lo mataría. Volvía a dolerle la cabeza y no le hacía ninguna gracia que Raff se hubiera presentado en su piso de sopetón. En ese momento, se percató de que su hija permanecía en el umbral de la puerta sin perder comba de aquella conversación.

—Sol, no te quedes ahí. Ya te he explicado que los virus viajan lejos. Eso va por ti también, Raff, esta gripe es de lo más contagiosa.

—Estoy vigilando, mamá —contestó su hija con toda tranquilidad y, señalando al americano sin el menor disimulo con su dedo índice, añadió—: No me fío de ese. Habla raro.

—Chica lista —le pareció oír murmurar al yanqui, pero pensó que se habría confundido.

India se sintió obligada a dar algún tipo de explicación:

—Este señor, Sol, y ya te he dicho mil veces que es de mala educación señalar con el dedo, es mi jefe y no habla raro, es que es norteamericano, ya sabes, el país donde viven los indios y los vaqueros.

—Y él, ¿es indio o vaquero? —preguntó, al parecer muy interesada por la respuesta; sin embargo, antes de que India pudiera contestar, Raff se le adelantó y respondió con ese humor suyo, tan peculiar:

—Soy un indio, por supuesto, y debes saber que me gusta arrancarles la cabellera a todas las

enanas que encuentro en mi camino.

India frunció el ceño; aunque a esas alturas, ya debería haber sabido que su hija Sol no era de las que se asustaban con facilidad. La pequeña entrecerró los ojos y le lanzó una mirada calculadora antes de preguntar:

—¿Me enseñarás cómo se hace?

—Quizá. Ahora desaparece, enana, quiero hablar con tu madre.

De manera milagrosa, Sol decidió obedecer, pero no antes de replicar con fiereza:

—No soy una enana, indio tonto, soy una niña pequeña —Alzó su diminuta nariz en el aire y, muy digna, salió de la habitación.

Raff volvió la mirada hacia ella enarcando una ceja, divertido, y, de pronto, India se sintió un poco cortada con la situación. Estaba metida en la cama, vestida tan solo con un camisón de raso de finos tirantes, a solas con un hombre al que apenas conocía quien, sin embargo, parecía estar completamente a sus anchas. Con mucha naturalidad, Raff se sentó en el borde del colchón —a ella le dio la impresión de que se hundía un par de metros bajo su peso— y comentó:

—Tenías razón, tu hija es encantadora.

Al oírlo, se le pasó la vergüenza en el acto. India era de esas madres a las que escuchar la más mínima alabanza hacia su retoño les hacía deshacerse de gusto y considerar un encanto a la persona que la pronunciaba.

—¿A que sí? —Lo contempló con repentino agrado y se olvidó por completo de que Raff Connor era un semidesconocido que no pintaba nada en su dormitorio.

Él notó al instante aquel cambio de actitud y, como no tenía un pelo de tonto, siguió por el mismo camino.

—Encantadora y guapísima, como su madre.

—Anda, anda, no seas adulator, ya te dije que es igual que su padre. —Descartó de un plumazo su galantería, con un gesto de la mano.

—Puede que tenga los colores de su padre. Imagino que él también sería rubio con ojos claros, pero tiene la misma estructura ósea, pequeña y delicada, de su madre y eso es lo que hará que, cuando crezca, se convierta en toda una belleza —lo dijo con tanta seguridad, que India se sintió turbada una vez más y, si quería ser sincera consigo misma, un poco asustada también.

De nuevo, él pareció leerle el pensamiento, pues enseguida esbozó su mejor sonrisa de grandullón inofensivo y cambió de tema.

—Como Mahoma no va a la montaña...

Al ver su expresión, India se tranquilizó en el acto y se dijo que estaba siendo irracional.

—Te aviso de que ahora mismo Mahoma es una peligrosísima arma biológica andante; así que será mejor que no te acerques tanto.

—¿Tú crees que un virus de nada va a poder con un tipo tan grande como yo? —preguntó de buen humor. Aquel comentario desenfadado hizo que India se relajara aún más, así que su siguiente pregunta, formulada a bocajarro, la cogió completamente desprevenida—: ¿Por qué te has asustado al verme en el salón?

Sus penetrantes ojos azules estaban clavados en los suyos, y no quedaba ni rastro del tipo inocentón de hacía unos segundos.

—¿Asustada? Qué... qué tontería. —Notó que su voz no sonaba muy firme—. Estaba sorprendida, eso es todo.

—No me engañes, India, estabas asustada. Parecías a punto de desmayarte —replicó con dureza; era la primera vez que ella lo veía tan serio.

—Claro que parecía a punto de desmayarme, pero te recuerdo que eso es de lo más normal cuando estás griposa y tienes fiebre.

Por suerte, la entrada de la Tata, que con la excusa de traerle un zumo de limón venía a velar por su pureza —India podía leer en su mente como en un libro abierto; para ella, un hombre y una mujer solteros a solas en un dormitorio solo podía significar una cosa: ¡pecado!—, interrumpió aquella incómoda conversación.

La mujer le tendió el vaso para que bebiera y se quedó quieta junto a la cama sin hacer el menor amago de abandonar la habitación mientras examinaba al norteamericano con descarada fijeza. India exhaló un suspiro de resignación —la Tata la había cuidado como una gallina clueca desde que salió del vientre de su madre, así que era inevitable que se tomara más atribuciones de la cuenta— y, tras dar un par de sorbos a su limonada, empezó a hacer las presentaciones pertinentes.

—Raff, te presento a Jacinta Serrano, mi Tata, el epítome perfecto de la mujer impertinente y cotilla. —Se volvió hacia ella y añadió con aspereza—: Raff Connor, mi jefe. ¿Satisfecha?

—No soy ninguna cotilla —por supuesto, lo de impertinente ni siquiera ella podía negarlo—, pero no es correcto que este hombre te vea medio desnuda.

Demasiado incómoda para replicar, India se subió las sábanas hasta la barbilla.

—Tiene usted toda la razón, señorita Serrano. Y tú, India, no deberías llamar cotilla a tu Tata solo por que ella se preocupa por ti—. Ella puso los ojos en blanco; lo que le faltaba a la Tata, se dijo, que le dieran la razón.

Notó en el acto que la autoproclamada guardiana de su castidad empezaba a mirar al americano con otros ojos y este, que definitivamente de tonto no tenía un pelo y que la había calado al segundo, siguió dándole coba sin dejar de esbozar su sonrisa más cándida y encantadora.

—Solo me quedará un rato más. Quería asegurarme de que India no tuviera nada grave, ya se sabe que las jóvenes hoy en día no se cuidan nada. —Raff sacudió la cabeza con una expresión de abuelo pesaroso que la hizo lanzar un bufido.

—Tiene usted toda la razón —asintió la Tata. India casi podía ver girar a toda velocidad las ruedecillas en el interior de su cerebro; en cuanto encontraba un oyente que la escuchaba con simpatía se embalaba—. Y esta niña es la peor de todas. Siempre ha sido una rebelde, no puede imaginarse el trabajo que me ha dado desde que empezó a andar, y eso que hasta ese momento había sido un bebé precioso, muy bueno y regordete.

Al notar el brillo divertido de aquellos ojos azules que no se despegaban de ella, India sintió que se ponía de color rojo extintor.

—Venga, Tata, ya vale. Estoy segura de que, a estas alturas de la conversación, el señor Connor se ha hecho ya una idea bastante precisa de lo malvada que soy. Creo que Sol te está llamando... —India le dirigió una mirada que amenazaba represalias y, mascullando imprecaciones, la mujer los dejó solos una vez más.

—Un bebé regordete, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—No hagas caso de la Tata. A veces se vuelve un poco obsesiva con Sol y conmigo. Hablas muy bien el español, Raff, no lo sabía. Eso sí, tienes un acento yanqui que tira de espaldas. Quizá será mejor que hablemos en este idioma, así practicas por si te echas novia española.

—Como lo veas. Toma, bebe. —Con decisión, le acercó de nuevo el vaso de zumo a los labios como si fuera una inválida, y a ella no le quedó más remedio que beber para evitar que el jugo se derramara por su barbilla—. Y ahora cuéntame por qué, si según dice Lucas tu padre era un hombre con una más que saneada posición económica, vivís tu hija y tú en este piso tan tétrico.

Lo último que India esperaba era aquella pregunta tan personal y, boquiabierta, tardó un buen rato en recuperarse lo suficiente para afearle su conducta.

—Pensé que la Tata era la persona más impertinente que conocía, pero ya veo que no es así.

Aquel gigante incorregible ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse.

—Soy un poco curioso, es verdad. —Y, sin darle la menor importancia a su evidente enojo, prosiguió—: Le pregunté a Lucas, pero es muy discreto y apenas me ha contado nada de ti.

—Quizá tú también deberías aprender un poco de discreción —replicó, mordaz.

Acto seguido, cerró los ojos y se llevó una mano a la sien; cada vez le dolía más la cabeza. De pronto, una de sus manazas se posó sobre su frente con delicadeza casi femenina y ella agradeció su tacto, fresco y seco.

—Tienes fiebre. Está bien, dejaré el interrogatorio para otra ocasión más propicia. Volveré a verte mañana —anunció, y salió de la habitación antes de que India pudiera protestar.

Agotada por el tenso intercambio, India volvió a caer en aquella especie de duermevela del que despertó varias horas más tarde un poco más descansada. En cuanto Sol —que se asomaba a cada rato a la puerta de su habitación— se dio cuenta de que al fin se había despertado, se sentó en el suelo a una distancia prudencial y empezó a contarle las últimas gamberradas del «indio» que, al parecer, se había quedado un par de horas jugando con ella. Saltaba a la vista que Raff Connor la tenía fascinada. India sabía bien que, a parte de Lucas, Sol no tenía muchos referentes masculinos en su vida y estaba claro que aquel bromista incorregible había sabido captar su atención, así que, durante la siguiente media hora, la niña no paró de parlotear sobre las cosas que hacía aquel extraño indio, hasta que la Tata le recordó que ya era la hora del baño.

Un poco más tarde, la Tata reapareció con una bandeja y otro sopicaldo de los suyos y, en esa ocasión, India no protestó. Se encontraba bastante mejor y empezó a tomar cucharadas con gusto mientras la anciana la miraba con un gesto de satisfacción.

—Qué guapo y qué alto es ese hombre, no parece indio —empezó como quien no quiere la cosa; pero a ella no la engañó ni por un segundo. India la conocía demasiado bien y sabía que no iba a poder resistir durante mucho tiempo más la tentación de cotillear; cada vez que un hombre que no fuera Lucas se le acercaba más de la cuenta, la Tata empezaba con el interrogatorio, al más puro estilo agente del Mossad.

—Es que no lo es, es norteamericano —aclaró tras llevarse la última cucharada de caldo a la boca.

—Es un hombre bien plantado. Se parece mucho a mi Manolo —afirmó, al tiempo que se llevaba la punta del delantal a los ojos en un gesto maquinal.

India recordó la foto de un hombre renegrado y escuchimizado, vestido con traje de jotero, que la Tata le había enseñado en su día y decidió callarse prudentemente. La verdad era que a veces pensaba que al pobre Manolo le vino Dios a ver (y nunca mejor dicho) el día que lo atropelló aquel rebaño de vacas en plena estampida. No sabía cómo hubiera sido la vida de aquel pobre al lado de la imponente Jacinta Serrano; pero, si era la mínima parte de buena persona de lo que ella contaba, y conociéndola como la conocía, estaba segura de que no lo habría dejado ni respirar sin decirle a

razón de cuántas inhalaciones por minuto.

—Gracias por el caldo, Tata, ya me encuentro mucho mejor, aunque creo que me voy a dormir otra vez. Buenas noches.

—Buenas noches. —La Tata recogió la bandeja y apagó la luz al salir.

—¿Cuánto tardas en hacer el equipaje? —preguntó Raff, de repente, despegando por un instante la mirada del rostro de la niña a la que, en ese momento, aplicaba una generosa capa de pinturas de guerra a costa de dejar sin punta la barra de labios de India.

Ella alzó la vista de su portátil y lo miró sorprendida. Aún no se acostumbraba a ver a aquel tipo enorme sentado en el suelo de su salón, con sus largas piernas cruzadas, mientras pintaba a su hija muy concentrado, como si llevara a cabo la labor más importante del mundo. Se había presentado en su casa al mediodía y, a pesar de que ella le había jurado y perjurado que ya se encontraba bien, había insistido en que debía quedarse al menos un día más sin salir a la calle. Así que no le había quedado más remedio que invitarlo a comer y después de soltar numerosos cumplidos, a cuál más extravagante, sobre lo buena cocinera que era la Tata que la habían hecho inflarse como un pez globo, llevaba toda la tarde jugando con Sol, incansable.

—Depende, ¿por qué?

—He sacado un par de billetes a Nueva York, nos vamos mañana.

—¿Mañana?! —exclamó, incrédula.

—Mañana —repitió él con su sonrisa más beatífica.

India se puso en pie en el acto y corrió hacia un mueble, más viejo que antiguo, donde guardaba los papeles importantes.

—Ni siquiera sé si tengo el pasaporte caducado. —Frenética, registró los pequeños cajones hasta dar con lo que estaba buscando y, tras comprobar la fecha del documento, soltó un suspiro de alivio; el pasaporte seguía en vigor—. Raff, por favor, dame más datos: cuántos días, qué tipo de ropa tengo que llevar, si necesitas que planifique algún evento...

Todo aquello lo gritó desde su dormitorio mientras, histérica perdida, hacía un repaso de la ropa que colgaba en su armario.

—¿Adónde vas, indio? —le preguntó Sol, curiosa.

—A América.

—¿Y te llevas a mi mamá? —Sus grandes ojos claros lo miraban con solemnidad, y Raff se limitó a asentir, muy serio—. ¿Me la vas a devolver?

—Me temo que yo también la quiero, así que, a partir de ahora, tendremos que compartirla.

—¿Quieres que sea también tu mamá?

—No, mi mamá no.

Sol se tiró de una de sus trenzas, perpleja, antes de preguntar, preocupada:

—Pero no le cortarás la cabellera, ¿verdad?

—Hmm, déjame pensarlo. —Durante unos segundos, Raff se rascó la mandíbula con un gesto reflexivo y, por fin, contestó—: Está bien, no se la cortaré, pero, a cambio, le pediré algo y ella tendrá que decir que sí. Si no...

Encogió sus anchos hombros con fatalismo y los ojos redondos de la niña lo observaron con una extraña mezcla de temor y admiración. En ese momento, India regresó al salón y notó que

interrumpían sus cuchicheos.

—¿Qué tramáis vosotros dos? —Ambos le devolvieron la mirada con una expresión tan angelical que le hizo lanzar una carcajada, pero enseguida se puso seria de nuevo y volvió al tema que le preocupaba—: Dame alguna pista más, Raff Connor.

—Estaremos una semana. No sé, llévate un poco de todo, puede que tenga que asistir a algún compromiso y tú tendrás que acompañarme. ¡Ah! Llévate también ropa de deporte.

—¿Ropa de deporte? —India torció el gesto; el único deporte que le gustaba era bailar y, como hacía casi tres años que apenas salía por la noche, lo tenía de lo más abandonado. Se mantenía en forma porque solía ir andando a todas partes; además, era un puro nervio, así que quemaba a conciencia hasta la última caloría que consumía.

—Salgo todas las mañanas a correr por Central Park y me gustaría que vinieras conmigo.

—Pero ¿por qué? Imagino que con que te ayude a elegir una equipación deportiva que no provoque accidentes es más que suficiente, ¿no? —protestó, tratando de quitarse del medio, sin embargo, aquel malvado gigante se mostró inflexible.

—Ya te dije que si firmabas el contrato serías mi esclava y estarías a mi entera disposición. A mí me gusta que mis esclavas corran conmigo en el parque y tú no te vas a librar.

—¿De verdad eres su esclava? —preguntó su hija con su aguda vocecilla y los grandes ojos claros muy abiertos.

—No, Sol, qué va. —Su madre sacudió la cabeza en una negativa—. Es solo una forma de hablar.

Sol entrecerró los párpados, con una mirada especulativa, y le hizo una advertencia que a ella le sonó bastante extraña:

—Si te vas con él igual te quedas calva. Los calvos pasan frío en la cabeza.

—¿Qué dices, Sol? —Se volvió hacia Raff, a ver si él podía darle una pista de qué estaba hablando su hija, pero él negó con expresión cándida, así que cambió de tema—: ¿A qué hora sale nuestro vuelo?

—A las diez a.m.

—¡A las diez! ¡Me va a dar algo, voy a preparar el equipaje ahora mismo!

Raff se puso en pie y una vez más India pensó que era un tipo enorme; su presencia hacía que el salón ya no pareciera pequeño, sino diminuto.

—Bueno, yo me voy ya. Tengo que hacer unas llamadas. Pasaré por ti un par de horas antes.

Lo acompañó hasta la puerta y se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos mientras se despedía, y se dijo que, a ese paso, sus cervicales se iban a resentir.

—Muchas gracias por ser un jefe tan comprensivo, Raff. —Le sonrió con dulzura y, por enésima vez, pensó que era increíble que se conocieran desde hacía solo unos cuantos días; a su lado se sentía muy a gusto.

—Gracias a ti, India. Me gusta mucho tu familia.

—¿La Tata también? —alzó una ceja, maliciosa.

—Especialmente la Tata, con sus indirectas y sus guisos.

India lanzó una carcajada que se cortó en seco cuando él se inclinó sobre ella y depositó un ligero beso en sus labios, pero antes de que pudiera protestar, Raff se dio la vuelta y desapareció escaleras abajo con un simple:

—Hasta mañana, *baby*.

Ella se quedó de pie junto a la puerta, pensando en aquel beso.

«No le des más vueltas, India», soliloquió, «estos yanquis tienen la costumbre de besar a todo el mundo en los morros, no tiene la menor importancia».

Pero no pudo evitar preocuparse. Lo último que necesitaba en ese momento era una aventura, y menos con el hombre que, de un tiempo a esta parte, pagaba sus múltiples deudas. Decidió que tendría que dejárselo muy claro: amistad, toda la que quisiera, pero nada de ir más allá. Además, Raff Connor, aunque le caía muy bien y reconocía que era atractivo, no era para nada su tipo. Era demasiado... demasiado... demasiado grande.

Capítulo 4

Raff Connor no tuvo problemas a la hora de clasificar a los dos atractivos varones de los que India se despedía en ese momento —con un exagerado abrazo y no menos de tres besos en las mejillas de cada uno de ellos— como dos prósperos hombres de negocios, muy distinguidos e, innegablemente, muy gays.

—¿Conoces a todo el mundo o qué?

India se encogió de hombros antes de dejarse caer en el comfortable asiento de primera clase.

—Cuando me casé hubo una temporada que parecía que vivíamos en la sala Vip de los aeropuertos. Unas veces era la entrega de la Palma de Oro en Cannes, otras el torneo de tenis de Wimbledon, una fiesta de fin de año en Gstaad... al final, acabas conociendo a un montón de gente. Estos son Ron y Enzo, unos chicos encantadores que conocí durante unas vacaciones en Cerdeña.

»La pareja que nos hemos encontrado antes, aunque un poco snobs, son encantadores también. Una vez me torcí el tobillo a bordo de su yate y ambos se desvivieron por mí. Me acompañaron al mejor traumatólogo de la Costa Azul, alquilaron una silla de ruedas con incrustaciones de cristales de Swarovski para que no tuviera que andar cuando atracábamos en el puerto y hasta me compraron unas muletas de Louis Vuitton, ¿puedes creerlo? No sé qué hubiera hecho sin ellos, son entrañables.

Raff se sentó a su lado y a India le dio la sensación de que el espacio disponible se reducía de manera considerable. Uno de los fuertes brazos del norteamericano, que ese día lucía una de las impecables camisas que habían comprado juntos y que resaltaba aún más sus anchas espaldas, rozaba el suyo cada vez que se movía; sin embargo, India no se sintió amenazada por su cercanía como le ocurría a menudo con otros hombres. A pesar de que el gigantesco Raff Connor tan solo tendría que esforzarse un poquito para resultar intimidante, ella se encontraba muy a gusto a su lado. Notó que la miraba con los párpados entornados antes de preguntar:

—Y tu marido, ¿no estaba contigo?

India desvió la mirada y se puso a toquetear, con dedos nerviosos, los numerosos botones de su sofisticado asiento.

—Sí, claro que estaba —dijo, al fin—, pero no se encontraba muy bien ese día, así que los Gramignoli se ocuparon de todo.

Saltaba a la vista que se encontraba incómoda y que le hubiera gustado hablar de otra cosa, pero él insistió, sin apartar la vista de su rostro.

—¿Estaba enfermo?

—Se podría decir que sí. Hmm, mira qué buena pinta tienen estos platos.

India le mostró la elegante carta impresa en papel *couché* que acababa de sacar de uno de los compartimentos de cuero del asiento, pero él no se dejó distraer.

—¿Estaba borracho? —prosiguió con el interrogatorio.

Ella se volvió a mirarlo con el ceño fruncido; sus ojos rasgados lanzaban chispas doradas, lo que le daba un aspecto más felino que de costumbre.

—Te diré, Raff, que no resulta muy cortés ser tan insistente. Acabo de hacer lo que se llama un

educado intento por cambiar de tema, y será mejor que lo dejemos ahí.

Raff aguantó su reprimenda sin parpadear y afirmó:

—Así que estaba borracho.

India exhaló un bufido, exasperada, y se dio cuenta de que sería inútil tratar de esquivar las preguntas de aquel hombre impertinente y carente de tacto, así que decidió que acabaría antes si le daba alguna respuesta:

—No es algo tan raro; había habido una fiesta la noche anterior que duró casi hasta el amanecer.

No, no era raro que la gente bebiera durante una de aquellas fiestas, se dijo India, mientras trataba de esquivar otros detalles de aquella noche de hacía tantos años que pugnaban por abrirse paso en su memoria: la fuerte discusión, los gritos, las lágrimas derramadas que no tenían nada que ver con el intenso dolor de su tobillo...

Notó los penetrantes ojos azules clavados en ella y se revolvió en su asiento, incómoda, y, de nuevo, pensó que Raff Connor no era el tipo inofensivo y bonachón por el que ella, en un principio, lo había tomado. Nada parecía escapar a aquellas agudas pupilas, así que tendría que andarse con ojo; había cosas que era mejor que permanecieran en el olvido.

Por fortuna, él pareció captar su estado de ánimo y empezó a contarle una anécdota de la primera y única vez que se había emborrachado en su vida, y ella aún reía a carcajadas cuando el avión despegó.

El taxi los dejó ante un imponente edificio de piedra gris, coronado por numerosas mansardas rematadas con puntiagudos tejados de pizarra en el Upper East Side, justo enfrente de Central Park.

—¡Caramba, hay que ver cómo me duele todavía el hombro! —Raff se lo frotó con un gesto exagerado mientras el conserje uniformado se hacía cargo del equipaje.

—Eres un quejica. Haberme despertado.

La joven sonrió, divertida, y dos elegantes ejecutivos que caminaban en ese momento por la acera se volvieron a mirarla con interés. India no era consciente de lo atractiva que estaba, a pesar de que el ligero vestido que se había puesto para el viaje estaba arrugado y tenía la melena revuelta; pero su acompañante se apresuró a tomarla del codo y a conducirla al interior del distinguido vestíbulo.

—Espero que algún día me des la fórmula mágica para conseguirlo. Dudo que ni siquiera los troncos duerman con un sueño tan profundo.

Sin dejar de hablar, su jefe abrió la puerta del lujoso ascensor, chapado en maderas nobles y latón reluciente, y se hizo a un lado para dejarla pasar. India arrugó la frente ligeramente y, al notar su gesto, él preguntó con la misma expresión de un cachorro ansioso de caricias:

—Lo he hecho bien, ¿verdad?

El ceño femenino se relajó al instante, y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios sensuales.

—Te estás convirtiendo en todo un caballero, Raff Connor.

El piso del americano era impresionante. Estaba en una de las últimas plantas del edificio y las vistas que se divisaban desde el inmenso ventanal del amplio salón sobre el lago de Central Park, que a esas horas estaba muy concurrido, eran espectaculares.

—¡Es fabuloso! —India miró a su alrededor, maravillada.

Al ver su expresión de deleite, Raff le dirigió una de sus atractivas sonrisas.

—Lo compré hace un año. Fue amor a primera vista.

—¿Hace un año? —clavó sus pupilas en él, sorprendida—. ¿Cómo puedes llevar un año viviendo en un piso sin amueblar?

Porque los únicos muebles que había en el piso, como comprobaría más tarde al recorrer el resto de las habitaciones, eran dos enormes somieres con sus respectivos colchones, un desgastado sofá Chester de cuero marrón, frente al que se encontraba una mesa de centro horrorosa, y un inmenso televisor de plasma.

Raff se encogió de hombros con ademán avergonzado.

—No me he atrevido a hacerlo. Ni siquiera mis mejores amigos querían venir nunca a jugar al póquer en mi antiguo piso, y eso que me ayudó a decorarlo un interiorista muy famoso.

A India le hizo gracia su gesto contrito. Se acercó a él y, sin pensar, le pasó un brazo por la cintura mientras le decía en un tono reconfortante:

—No te preocupes por nada, Raff. Para eso me has contratado, ¿no? Me ocuparé de todo y te prometo que el día en que tu prometida entre en este piso no querrá volver a salir. —Alzó su rostro hacia él con una mirada llena de calidez y volvió a apretar su cintura, pero antes de que pudiera apartarse de nuevo, el brazo del americano se posó sobre sus hombros igual que una pesada cadena de hierro y la atrajo hacia él. Entonces, inclinó la cabeza y la besó de lleno en la boca.

India se apartó en el acto y notó que se ruborizaba; sin embargo, procuró aparentar serenidad mientras trataba de explicarle un par de cosas:

—¡Raff, no puedes besarme cada vez que se te antoje! No sé si es una costumbre yanqui, pero en España no está bien visto.

El grandullón se rascó la frente con expresión de perplejidad.

—A mí me gusta besar a mis amigas y a ti te considero una amiga. ¿Tú no?

Como siempre que él la miraba de aquella manera, India notó que se ablandaba.

—Sí, Raff. A pesar de que no te conozco mucho yo también empiezo a considerarte un buen amigo, pero no estoy acostumbrada a que mis amigos me besen en la boca.

Su cara de desilusión resultaba casi cómica, y ella no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Está bien, no te besaré en la boca, pero un beso en la mejilla de vez en cuando...

Ella sacudió la cabeza.

—Querido Raff, será mejor que recuerdes que eres mi jefe y yo tu empleada. Reserva tus besos para tu novia; te prometo que te voy a presentar a las mujeres más atractivas que conozco.

—Qué bien —respondió con sequedad, pero India, que se había asomado al ventanal para admirar aquellas maravillosas vistas una vez más, no se percató de la extraña mirada que le dirigió.

—¿Cuál es el plan? ¿Estás muy cansado?

Se volvió de nuevo hacia él.

—He pensado que podemos ducharnos, salir a comer algo y echarnos luego una buena siesta. ¿Qué opinas? —Su atractivo rostro había recuperado su serenidad habitual.

—Por mí, perfecto.

India agradeció que al menos su baño tuviera todo lo necesario, incluidas unas enormes y esponjosas toallas; así que aprovechó para darse una larga ducha, se lavó el pelo y se lo dejó secar al aire, pues aunque aún estaban en primavera, hacía bastante calor. Deshizo el equipaje y se puso unos pantalones blancos, una ligera camisa de gasa y unas sandalias planas y, por todo adorno, unos pendientes sencillos y un llamativo collar de piedras de colores con una pulsera a juego.

Raff Connor también se había duchado y la esperaba ya en el salón, vestido con unos desgastados

pantalones vaqueros y un polo azul marino. La mirada de arriba abajo y, aunque no dijo nada, se notó que lo que veía le agradaba en extremo.

—Vamos, conozco un sitio en el que preparan un *brunch* excelente.

Fueron caminando hasta el pequeño café que quedaba unas manzanas más al norte. Aunque India había estado en Nueva York en innumerables ocasiones, le encantó volver a tomarle el pulso a aquella enérgica ciudad que bullía con gente de todas las razas y colores. Por fortuna, era un poco más tarde de la hora habitual del almuerzo, así que tuvieron la suerte de encontrar una mesa vacía en la coqueta terraza.

—¡Caray, como dice mi amiga Cande, estoy hambrienta!

Concentrados en la agradable conversación, devoraron los huevos rancheros y las quesadillas, el zumo de naranja natural, las tortitas con sirope de arce, y hasta el plato de *dim sum*, que le daba la nota exótica a aquel copioso desayuno-comida; todo ello acompañado por sendas jarras de cerveza helada. En un momento dado, India se recostó sobre el respaldo de su silla y colocó una mano sobre su estómago.

—¡Voy a explotar, pero estaba todo delicioso!

Sin embargo, Raff siguió comiendo y, mientras lo veía acabar hasta con la última miga del resto de los platos, India se preguntó, una vez más, cómo era posible que aquel comilón compulsivo no tuviera ni un gramo de grasa en el cuerpo.

—Comes como un pajarito —comentó el americano cuando, tras haber dado buena cuenta de todo, se llevó la taza de café a los labios.

India resopló como una ballena varada.

—Sí, como un pajarito de ciento veinte kilos de peso. Me está entrando un sueño...

Raff, la miró, sonriente.

—Si quieres, te llevo a casa en brazos.

—No, gracias, Raff. El pajarito, aunque incapaz de alzar el vuelo, volverá al nido saltando sobre sus propias patitas.

Raff recogió la tarjeta de crédito con la que había pagado la comida y se puso en pie. India lo imitó y, a los dos segundos, el poderoso brazo del yanqui estaba sobre sus hombros. Ella trató de zafarse, pero era, en efecto, como un pajarito tratando de luchar contra un coloso imponente.

—¡Suéltame, Raff, qué manía tienes de espachurrarme a todas horas!

—Es por tu bien. No quiero que te quedes dormida mientras andas, pierdas el equilibrio y te abras la cabeza contra el bordillo de la acera —explicó muy serio.

—¡¡¿India, tesoro, tú por aquí?!! ¡Qué sorpresa tan megafabulosa!

A Raff no le quedó más remedio que soltarla y, resignado, permaneció en pie, observando cómo India besaba apenas las maquilladas mejillas de aquella rubia tan vistosa, vestida de los pies a la cabeza con prendas de conocidos modistos, que llevaba en las manos tres o cuatro bolsas de algunas de las tiendas más exclusivas de Park Avenue. De pronto, notó que los ojos verdes de la rubia se clavaban en él con curiosidad malsana; India debió notarlo también, porque se apartó un poco y empezó a hacer las presentaciones.

La rubia se volvió de nuevo hacia ella:

—Me enteré de lo del pobre Álvaro. No puedes ni imaginar cómo lo sentí. Un hombre tan guapo y tan lleno de vida. Debería haberte llamado, pero lo fui dejando y ya sabes... —comentó con vaguedad haciendo un gesto con la mano.

—Imagino que tendrías la agenda hasta arriba, Anaïs; los Oscar, New York Fashion Week, Semana Santa en los Hamptons... y todos sabemos lo difícil que resulta hacer ajustes.

La mujer sonrió, encantada por su comprensión, en tanto que Raff miraba a India muy divertido; hasta ese momento jamás la había oído dirigir un comentario irónico a otra persona que no fuera él.

—Y tú, Raff, tesoro, ¿eres el nuevo novio de India? —Anaïs deslizó una lenta mirada apreciativa por todo su cuerpo, pero antes de que él pudiera abrir la boca, ella se apresuró a negarlo.

—Raff es mi jefe. Trabajo para él.

—¡Raff Connor, ahora caigo! ¿No eres tú el dueño de esa petrolera...? ¿Cómo se llamaba?

—Connor Oil Company —apuntó con amabilidad—. En efecto, soy el dueño de la compañía.

Los iris verdes destellaron con un brillo voraz y a India le vino a la cabeza la expresión que Lucas utilizaba para describir a Candela. Su amigo no tenía ni idea; Anaïs Christensen sí que era la viva imagen de una mantis religiosa famélica, ojos verdes y saltones incluidos.

—Este viernes he invitado a unos amigos a casa. Un poco de beluga, ostras, champán... algo muy informal, India, tesoro, ya me conoces. Me encantaría que os pasarais; tenemos que ponernos al día con nuestras respectivas vidas, y a ti, Raff —un sugerente aleteo de sus pestañas, cargadas de rímel— me encantaría conocerte mejor...

El americano se rascó la nariz y miró a India con su expresión más insípida, dándole a entender que harían lo que ella quisiera. India titubeó. Anaïs no era precisamente una de sus personas favoritas, pero era una buena oportunidad para introducir a Raff en ciertos círculos a los que no era fácil acceder si no habías tenido la suerte de nacer dentro de ellos. Así que desempolvó una de aquellas sonrisitas hipócritas, que no había vuelto a emplear desde el día que Álvaro murió y su vida sufrió un cambio radical, y contestó:

—Por supuesto, nosotros también iremos encantados. ¿Sigues viviendo en ese fabuloso *loft* en Tribeca?

—No me he movido de allí, así que os espero el viernes a las nueve. ¡Ciao, ciao, India, tesoro! ¡Ciao, ciao, Raff!

La rubia agitó los dedos de su mano y siguió su camino calle arriba con un provocativo contoneo de nalgas operadas.

—Ciao, ciao —la imitó India, haciendo una mueca cuando la otra ya no podía escucharla.

—Me parece que no te cae muy bien —aventuró el americano, al tiempo que volvía a pasarle el brazo por encima de los hombros. En esa ocasión, India estaba pensando en otra cosa y no protestó.

—En realidad, Anaïs no es una mala persona, solo es tremendamente frívola. Aunque no soy quién para reprocharle nada; yo también fui así en una época de mi vida. Es muy rica y dedica su vida a coleccionar dos cosas que le apasionan: pintura moderna y hombres.

A Raff no se le escapó que aquel encuentro inesperado había sumido a India en una especie de melancolía, y no pudo evitar la siguiente pregunta:

—¿Lo intentó con tu marido?

Ella esbozó una sonrisa desganada.

—Lo intentaba con todos. A Álvaro le gustaba tontear con Anaïs, pero nada más.

Cada vez que el nombre del difunto salía a colación, Raff notaba que India se retraía. Al principio, lo había achacado al hecho de que aún no había aceptado la pérdida de aquel marido, joven y guapo, del que estaba tan enamorada, pero empezaba a pensar que había algo más en esa historia que se le escapaba. Le hubiera gustado preguntarle más cosas respecto a su matrimonio; sin embargo, había

sentido la rigidez de los hombros femeninos bajo su brazo, así que decidió cambiar de tema.

—¿Por qué hemos quedado entonces en ir a su casa?

—Anaïs Christensen es toda una institución en Manhattan. Estoy segura de que de ahí pueden salirte unos contactos muy interesantes. Como sabes, la mayor parte del pastel del poder está en manos de unos pocos, y tanto Anaïs como sus amigos pertenecen a esa exclusiva categoría de los afortunados. Claro que tú tampoco te quedas atrás, una petrolera, nada menos. Es impresionante lo que has conseguido a base de esfuerzo.

Los ojos color caramelo rebosaban admiración al posarse en él. Al verlo, Raff le guiñó uno de los suyos y la apretó un poco más contra sí.

—He tenido suerte —dijo y, casi en el acto, sacudió la cabeza, aspiró ruidosamente por la nariz y comentó con tristeza—: Espero que cuando esté con tus amigos sea capaz de acordarme de todas esas reglas.

India lo miró con reproche.

—Cada día tengo más claro que te ríes de mí.

—¿Reírme, yo? —Frunció el ceño con semblante ofendido.

—Sí, tú, y no te creas que no me he dado cuenta de que estás espachurrándome otra vez, es solo que estoy demasiado cansada para luchar contra ti.

Raff esbozó una de sus atractivas sonrisas.

—Tranquila, India, *baby*, ya casi estamos en casa.

Dos horas más tarde, una mosca molesta hizo que India arrugara la nariz y siguiera durmiendo, pero el insecto insistió, así que, profundamente amodorrada, y aún con un pie dentro de aquel sueño tan agradable en el que ella volvía a ser de nuevo una niña feliz y sin preocupaciones, se frotó la nariz con la mano, en un intento de espantar a aquel bicho molesto que ahora insistía en soplarle en el rostro. Con un gruñido, se hizo un ovillo y trató de volver a dormirse, pero una voz grave que le hizo cosquillas en el oído la despertó por completo.

—¡Arriba, dormilona!

Abrió los párpados en el acto y miró a su alrededor, alarmada. De pronto, no tenía ni idea de dónde demonios se encontraba. Una mano, enorme y cálida, le apartó un mechón de pelo de la frente, y al reconocer al dueño de aquellos dedos, India se relajó de nuevo y le lanzó una sonrisa perezosa.

—No he oído el despertador —bostezó.

—Me parece a mí que cuando duermes no oyes absolutamente nada. He tenido que recurrir a todo mi repertorio de trucos sucios para conseguir despertarte.

India se incorporó un poco hasta quedar apoyada en el cabecero. Raff estaba sentado a un lado del colchón y sus llamativos ojos claros la miraban de una manera que, si no hubiera estado tan atontada todavía, le habría resultado de lo más perturbadora.

—Seguiría durmiendo... —Se le cerraban los párpados al decirlo.

—Negativo. Si sigues durmiendo pasarás la noche en modo lechuza, así que lo mejor será que te levantes. ¿Te apetece dar un paseo? ¿Ir al cine? ¿A un musical? ¿Saludar a Miss Liberty?

India soltó un gruñido.

—¿Siempre te levantas tan activo? Lo pregunto por si me pego un tiro ahora o lo dejo para más tarde.

Raff la miró sonriente y replicó:

—No he dormido. He aprovechado para hacer algunas llamadas. Y tú, ¿te levantas siempre tan gruñona?

La única respuesta que obtuvo fue un nuevo gruñido, antes de que ella se estirara sin disimulo y saltara, al fin, de la cama. Corrió al cuarto de baño y cuando salió de nuevo se la veía totalmente despejada.

—Si no te importa, Raff, trabajaré un poco. Me gustaría hacerme una idea aproximada de lo que quieres para poder empezar cuanto antes. Una amiga mía tiene una tienda fantástica en el Soho y un gusto exquisito, así que he pensado que mañana iremos a verla.

India le hizo sacar los planos del piso y, metro en mano, fueron habitación por habitación, tomando decisiones. En realidad, era ella la que decidía dónde iría cada cosa; estaba claro que a Raff Connor la decoración no era algo que le quitara el sueño, precisamente.

—Podrías darme algún dato más concreto, Raff, no quiero meter la pata —se quejó India ante su enésimo encogimiento de hombros.

—Ya te lo he dicho, *baby*...

—¡No me llames *baby*!

—Perdona, India, *baby*, sé que me gustará cualquier cosa que tú elijas. Por eso te contraté.

Ella lo miró con expresión de desconcierto.

—Pero cuando me contrataste no tenías ni idea de cuáles eran mis gustos. ¿Cómo puedes encargarle semejante cosa a una desconocida? ¿Y si luego no le gusta a tu novia?

Raff descartó sus dudas con un ademán.

—Lucas me había hablado un poco de ti. Según él, si no hubieras decidido vivir una vida más tranquila serías la *it girl* del momento; añadió que eras de las que te atabas un lazo al pulgar y establecías una tendencia. Yo entonces no tenía la menor idea de qué diablos significaba aquello, claro está, pero me lo explicó en profundidad y, en cuanto te vi, supe que no se equivocaba. Te diré, India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara, que tienes algo...

Al notar que empezaba a ponerse roja, India lo interrumpió y cambió de tema con firmeza.

—Bueno, déjalo ya. Esta habitación sería perfecta para un bebé. Amplia, luminosa... ahí pondría la cuna y, justo ahí, el cambiador; empapelaría las paredes... —De pronto, hasta el enorme oso de peluche que había decidido que colocaría en un rincón le guiñó un ojo en su mente, y aquello la hizo salir con brusquedad de su ensoñación. Sus mejillas se sonrojaron de nuevo y tartamudeó—: Perdona... a... a veces la imaginación me arrastra sin control; es que me vuelven loca los bebés, así que imaginé... pensé... —Dejó las explicaciones y preguntó de sopetón—: Porque tú quieres tener hijos, ¿no?

Los ojos azules tenían una expresión tierna al contestar:

—Claro que me gustaría tener hijos, pero creo que la habitación habría que decorarla más adelante, no quiero asustar a mi futura esposa.

A India, no sabía por qué, aquella conversación le estaba resultando un tanto perturbadora.

—Por supuesto, tienes toda la razón. Dejaremos este cuarto vacío y que tu mujer decida qué quiere poner en él.

Pero Connor no perdió la ocasión de investigar un poco más.

—Si tanto te gustan los niños, ¿por qué no tuviste más? ¿Algún problema físico?

Ella se acercó a la amplia ventana que daba al parque y contestó sin mirarlo mientras Raff

aprovechaba la oportunidad de estudiar su bonito perfil con detenimiento.

—Álvaro no quería tener más hijos. Yo insistí durante una temporada, pero luego lo dejé estar. Ahora me alegro de que las cosas ocurrieran así. Al fin y al cabo, tengo a Sol, que es una niña maravillosa.

A él no se le escapó el ligero matiz de anhelo en sus palabras y comentó:

—Eres muy joven aún, todavía podrías casarte y tener unos cuantos...

—¡Nunca volveré a casarme! ¡Jamás! —lo interrumpió con rudeza. Avergonzada por su pérdida de control, India esquivó una vez más la mirada de aquellas pupilas penetrantes y cambió de tema—. Creo que ya hemos terminado por hoy. Caramba, creo que vuelvo a tener hambre.

Raff Connor la siguió fuera de la habitación con gesto pensativo.

El americano se ofreció a preparar algo de cena y ella aceptó, gustosa. La nevera estaba llena de provisiones; en aquel edificio lo único que tenías que hacer era llamar y pagar para conseguir cualquier tipo de servicio y, para un hombre soltero y demasiado ocupado como Raff Connor, aquello era una de sus mayores ventajas.

Disfrutaron de la cena, sencilla, pero deliciosa, envueltos en una agradable conversación que India tuvo que interrumpir en un par de ocasiones para echarle una reprimenda —primero desbarató un intento de sonarse con la servilleta, luego se vio obligada a recordarle que no había que hacer ruido al beber y, por enésima vez, le amenazó con las torturas del infierno si volvía a hablar con la boca llena—; pero, salvo por aquellos pequeños incidentes, la compañía de aquel afable gigante le resultó tan amigable como de costumbre. Sin embargo, cuando ya casi habían acabado de recoger la cocina, Raff Connor percibió como, una vez más, una sombra de melancolía empañaba aquellos ojos de caramelo líquido.

—¿Echas de menos a tu hija?

A India le sorprendió su perspicacia y contestó sin poder evitar que le temblaran un poco los labios.

—Hablé con ella esta mañana, pero es la primera vez que nos separamos desde que Álvaro murió y la echo mucho de menos —confesó con una sonrisa trémula y parpadeando con rapidez, para evitar que sus ojos se desbordaran—. Incluso echo de menos a la Tata.

Raff se acercó a ella en dos zancadas y la envolvió en un abrazo de oso.

—Tranquila, *baby*.

India sabía que debería protestar, pero se sentía tan a gusto con la cabeza apoyada sobre ese pecho sólido, escuchando el rítmico latido de su corazón, mientras sus dedos grandes y cálidos, le acariciaban la nuca con delicadeza, que permaneció acurrucada un rato, saboreando la sensación de seguridad que le proporcionaban aquellos brazos tan fuertes.

Por fin, alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa cargada de dulzura.

—¿Sabes, Raff?, a pesar de ser mi jefe, te has convertido también en un buen amigo. Debo admitir que tus abrazos me resultan tan consoladores como los de Lucas. Ahora me encuentro mucho mejor. Buenas noches.

Se puso de puntillas y posó sus labios sobre la áspera mejilla masculina antes de dirigirse hacia su dormitorio. Raff permaneció inmóvil en el mismo sitio, con las pupilas clavadas en la puerta por la que ella acababa de desaparecer, y si India hubiera visto el brillo de deseo salvaje que en aquellos instantes afloraba, sin tapujos, en sus impactantes iris azules, habría salido corriendo.

Capítulo 5

India no había parado de protestar desde que Raff la había despertado a una hora intempestiva para ir a correr a Central Park. Sin dejar de mascullar imprecaciones, se enfundó la sudadera y las mallas que Candela le había prestado —en realidad, eran a mitad de pierna, pero a ella le llegaban por los tobillos— y unas viejas zapatillas, reliquias de cuando jugaba al tenis años atrás. Se recogió el pelo en una coleta y, arrastrando los pies, se dirigió hacia el salón donde Raff la esperaba, vestido a su vez con unos descoloridos pantalones cortos de algodón y una camiseta, no muy nueva, que resaltaban las musculosas piernas cubiertas de vello claro y la anchura de sus hombros.

—Habrá que hacer algo con esas zapatillas —fue su único comentario al verla.

—No te preocupes, no será necesario. Correr no entra en ninguno de mis planes de futuro.

Raff apoyó una mano en la parte baja de su espalda y la empujó sin contemplaciones en dirección a la puerta.

—¿Tengo que recordarte quién eres, esclava? —preguntó, amenazador, pero ella se limitó a soltar otro de aquellos gruñidos tan característicos.

Un cuarto de hora más tarde, India se recostaba sobre el respaldo de uno de los bancos del parque, moribunda.

—¡No puedo más! —gimoteó, sumida en una orgía de autocompasión.

Raff daba vueltas en torno a ella sin dejar de correr.

—¡Venga, *baby*, cinco minutos más! ¡No puedes rendirte ahora, eso es de nenazas!

—¡Pero yo *soy* una nenaza! —replicó con un nuevo lloriqueo—. Me duele todo, mañana tendré agujetas hasta en las uñas. No me gusta el deporte. ¡Odio hacer deporte! Y el deporte que más odio en el mundo es correr. ¡Y deja de dar vueltas a mi alrededor, me estás mareando!

El americano sacudió la cabeza, pesaroso.

—No puedo, *baby*, si dejo de correr me quedaré frío, y aún nos quedan unos cuantos kilómetros.

—¡No me llames *baby*! —exclamó, rabiosa.

—Uy, pues sí que te pone de mal humor hacer deporte... —Raff sacudió la cabeza una vez más y decidió cambiar de estrategia—. Al otro lado del lago, a un par de kilómetros más o menos, hay un puesto en el que venden los mejores *bagels* de Nueva York. Si consigues llegar hasta allí sin arrastrarte, te compraré todos los que quieras y, además, te invitaré al café más grande que puedas beber.

A India se le hizo la boca agua al oírlo. ¡Necesitaba aquel café!, se dijo, y estaba dispuesta a todo para conseguirlo, así que se enderezó, se apretó la mano contra el costado derecho, que le ardía, y salió disparada en la dirección que él había indicado.

Con una enorme sonrisa, Raff corrió detrás de ella sin dejar de admirar la manera provocativa en la que aquellas mallas rojas se ajustaban a su delicioso trasero.

El resto de la semana pasó volando. Los días seguían un mismo patrón: por la mañana temprano

salían a correr al parque —al parecer India se había resignado, pues ya solo se la oía refunfuñar un par de veces por kilómetro recorrido—, luego desayunaban por ahí y volvían al piso a ducharse.

Durante una hora más o menos, Raff se dedicaba a hablar por teléfono y a consultar su correo electrónico mientras ella hacía lo propio, y el resto del día lo dedicaban a ir de compras. Hacía años que India no compraba tantas cosas, sobre todo, con esa agradable sensación de no tener que preocuparse por el dinero que gastaba. A pesar de que la mayoría de los muebles los adquirieron en la tienda de su amiga, rebuscaron en todos los mercadillos de la zona, desde el mercado de las pulgas de Hell's Kitchen, hasta el Soho Antique Fair and Collectibles Market, pasando por todos los bazares más o menos cutres de Chinatown.

India casi había olvidado lo divertido que era buscar piezas curiosas entre toda aquella amalgama de trastos más o menos viejos. Sorprendida, descubrió que a Raff Connor también le divertía aquello enormemente, no por el hecho de encontrar los objetos en sí, sino porque era un maestro del regateo y, al final, siempre conseguía que el vendedor se tirara un par de veces de los pelos antes de cerrar el trato con un firme apretón de manos.

El viernes, postrados sobre las sillas de la terraza de un coqueto café y rodeados de bolsas por todas partes, India observó a Raff mientras este le pedía al camarero un par de hamburguesas y dos cocacolas, y pensó que hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Su jefe, aquel entrañable gigantón, era un hombre divertido y encantador, aunque, en su opinión, su sentido del humor estaba hiperdesarrollado. Después de la cantidad de horas que habían pasado juntos, India había descubierto uno de los rasgos más característicos de su personalidad: Raff Connor era un bromista incorregible y, a menudo, tenía la sensación de que fingía sus frecuentes lapsus en cuestión de modales por puro divertimento.

India le seguía la corriente; al fin y al cabo, necesitaba aquel trabajo y si él estaba dispuesto a pagar semejante dineral por sus servicios, necesarios o no, no sería ella la que protestara. No entendía sus razones; quizá eran sus contactos a los que había echado el ojo y el resto puro afán de diversión; pero, por el momento, haría como que no se daba cuenta. Esperaba que él le explicase sus motivos antes o después; sin embargo, al escucharlo sorber ruidosamente los restos de la coca cola con su pajita, se dijo que, al parecer, sería más bien después.

—¡Raff Connor, suelta esa pajita a la de ya! —ordenó, imperiosa, sin dejar de apuntarle con el dedo índice.

El grandullón que se sentaba frente a ella soltó un suspiro abatido y contestó con tono de reproche: —Aún tengo sed y me encanta cuando los hielos comienzan a derretirse, y el agua tiene un ligero regusto a coca cola. No sé por qué debo renunciar a ello. —Le lanzó una mirada desafiante y dio otro de esos atronadores sorbos.

India hizo un esfuerzo para no reírse. Desde luego, aquel hombre era especial; había llegado a apreciarlo casi tanto como a Lucas o a Candela. Sin embargo, lo miró severa y alzó una ceja con altivez.

—¿Porque yo lo mando?

Los ojos azules brillaron llenos de diversión, pero él también mantuvo el rostro muy serio.

—Pensé que eras mi esclava.

—Pobre iluso... —India sacudió la cabeza con una mirada de conmiseración.

—Está bien, lo que tú digas, India, *baby*. —Aquella expresión de mansedumbre borreguil acabó de golpe con la seriedad de India.

—Eres tremendo, Raff Connor —afirmó sin poder parar de reír.

Después de comer, regresaron al piso, que ya parecía otro. Al verlo nadie se habría creído que apenas unos días atrás era tan solo un espacio vacío de muebles, telas, cuadros y cualquier tipo de adorno. Ahora ni la mismísima *ElleDecor* habría desdeñado hacer un reportaje en aquellas amplias y luminosas habitaciones, decoradas con muebles modernos, pero cómodos, en cuyas paredes se sucedían los lienzos, enormes y llenos de color, y en las que se respiraba una atmósfera acogedora por todos los rincones.

India se apresuró a desenvolver las últimas compras y a retirar el embalaje de un par de butacas y dos mesitas más que habían llegado durante su ausencia. Raff la ayudó y, durante la siguiente media hora, estuvo trasladando muebles de un lado a otro, para que ella pudiera ver el efecto, sin protestar ni una sola vez.

—Da gusto contar con un tipo tan fuerte como tú para estos menesteres —afirmó, encantada, la enésima vez que él cambió de lugar una de las mesas.

—Tengo que hablar con mi abogado —masculló el americano en voz baja, aunque de forma bien audible—. Me parece que en la parte del contrato en la que se habla de esclavos hay un exceso de letra pequeña.

India echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, aquel hombre siempre la hacía reír.

—Tranquilo, ya casi hemos terminado. Solo falta este toque y... —colocó la escultura que acababan de comprar, que según India era una alegoría de la libertad y según él reproducía un cerdo abierto en canal, sobre la inmensa mesa de centro del salón y dijo—: *Voilà!*

Raff miró a su alrededor con aire satisfecho y comentó:

—Lucas tenía razón, India, tienes un gusto exquisito. A pesar de que yo no soy un buen juez en estos asuntos, es evidente que el piso, además de haber quedado espectacular, tiene eso que hasta ahora no había conseguido lograr en ninguno de los lugares en los que he vivido desde que dejé el pequeño apartamento de mi madre en Chicago: un intenso sabor a hogar. Me encanta, India, *baby*, de verdad.

Sus palabras la emocionaron profundamente y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran al responder:

—Muchas gracias, Raff, eso es lo más bonito que me podías decir. He decorado esta casa como si hubiera sido la mía propia y me llena de satisfacción pensar que estás contento con el resultado. Solo espero que tu prometida opine igual que tú.

Raff se encogió de hombros y replicó con arrogancia:

—Si no lo hace, me temo que me veré obligado a cambiar de novia.

Al escuchar aquello, India pasó del llanto a la risa y lanzó una nueva carcajada.

—Ahora, si no te importa, iré a preparar mi equipaje y luego descansaré un poco antes de empezar a vestirme para la cena. Es increíble pensar que mañana regresaremos a España; eso de que el tiempo pasa volando es mucho más que un tópico. —De repente, notó que, por primera vez desde que lo conocía se había puesto serio de verdad y preguntó, preocupada—: ¿Te pasa algo, Raff?

El americano hizo un gesto airoso con la mano y esbozó una sonrisa que a ella le pareció poco sincera.

—Qué va, qué va. Es que, de pronto, me ha dado por pensar que es una pena que tengamos que

salir en nuestra última noche. El piso está tan bonito que lo que me apetece en realidad es cocinar algo de cena y quedarnos aquí charlando los dos.

—Definitivamente, he acertado con la decoración —afirmó, India muy satisfecha—. Que un hombre como tú, al que le gusta vivir en hoteles y que casi siempre come y cena, e incluso desayuna, en restaurantes, diga que le apetecería quedarse en su casa tranquilo, es un auténtico triunfo. ¡Bien por mí!

Se la veía tan encantada consigo misma, que Raff no pudo reprimirse y le dio uno de aquellos abrazos de oso que a India le hacían ver las estrellas.

—¡Ay, Raff, un día de estos me vas a asfixiar! —protestó, al tiempo que se libraba de él con habilidad—. Ya verás como te lo pasas bien. Los amigos de Anaïs siempre resultan interesantes. Cuando termine de recoger y de arreglarme, te ayudaré a elegir la ropa que llevarás esta noche.

Ya en su cuarto, India se dedicó a la engorrosa tarea de volver a meter en la maleta toda la ropa que había llevado, salvo el modelo y los complementos que se pondría esa noche y lo que llevaría durante el viaje. Cuando terminó, calculó la diferencia horaria con Madrid y estuvo más de media hora hablando con Sol y con la Tata. Después, se quitó los zapatos y se tumbó en la cama para descansar un rato.

Esa vez, cuando sonó el despertador una hora más tarde lo oyó a la primera y, sintiéndose mucho más fresca, empezó a arreglarse. Sabía que a Anaïs le bastaría una mirada para calcular exactamente los años que tenía su vestido crudo de Armani, que era lo que le hubiera gustado llevar para una ocasión como aquella, así que optó por ponerse una minifalda de pedrería de Zara, junto con una favorecedora blusa sin mangas que había comprado el verano anterior en un mercadillo. Las combinó con una serie de collares y pulseras de cerámica de vistosos colores que ella misma había diseñado después de asistir a uno de tantos cursos que había realizado durante su etapa de estudiante, y las sandalias de Jimmy Choo que Álvaro le había regalado con ocasión de su penúltimo cumpleaños juntos.

Se maquilló con esmero, cepilló su melena oscura hasta que quedó reluciente y decidió que la ocasión merecía que se rociara con su perfume favorito, cuyas últimas gotas escatimaba con la tacañería de un avaro. Satisfecha con el reflejo que le devolvía el espejo, decidió ir a ver de qué se había disfrazado su jefe.

Golpeó la puerta con los nudillos un par de veces, pero no recibió respuesta. Repitió la llamada una vez más, con el mismo resultado, así que decidió entrar y, en ese preciso instante, se abrió la puerta del baño y Raff Connor, igual que un Adán, pero sin la oportuna hoja de parra, salió del baño con una toalla colgada del hombro por toda vestimenta.

—¡Ah!

Tan solo consiguió articular aquella escueta interjección antes de cubrirse el rostro ardiente con ambas manos; aunque fue incapaz de dejar de espiar por entre las rendijas de los dedos. A pesar de lo embarazoso de la situación, el americano echó mano de la toalla sin perder la calma y, con un rápido movimiento, envolvió con ella sus estrechas caderas.

Paralizada en el umbral de la puerta, el único pensamiento coherente de India durante aquellos tensos segundos fue preguntarse si alguna vez, antes de hacerse millonario, el dueño de aquel cuerpo espectacular habría hecho bolos en alguna película porno. Al percatarse de que empezaba a desbarrar, hizo un esfuerzo por rehacerse y, avergonzada por completo, balbuceó una disculpa:

—Pe... perdona, Raff. Iba a sacar la ropa del... del armario. Creí... pensé que estabas en el

cuarto de baño. Yo... yo... lo siento, de verdad. —India dio gracias a Dios por llevar una buena capa de maquillaje; al menos esperaba que disimulase el hecho de que varios vasos capilares estaban a punto de estallar en sus mejillas.

—Bueno, India, no te preocupes. Imagino que no soy el primer hombre que ves desnudo.

Estaba tan tranquilo que ella empezó a sentirse ridícula. Enfadada consigo misma, se dijo que lo mejor sería hacer algún comentario jocoso para quitar hierro al asunto y salir de allí pitando; sin embargo, se sentía incapaz de hacer ninguna de las dos cosas.

—No, no... claro, qué tontería. Estuve... estuve casada más de tres años —soltó una risita como de alumna de colegio de monjas.

«¡Por Dios, India», se regañó, «reacciona de una vez, pareces una adolescente lerda!».

Saltaba a la vista que él no sentía la menor turbación, pues se acercó a ella con aplomo, la agarró de la mano y la arrastró hasta el armario sin que, al parecer, el hecho de estar completamente desnudo bajo aquella diminuta toalla le causara una especial preocupación.

—Venga, elige —ordenó.

India hizo un esfuerzo sobrehumano para apartar de su mente la visión de aquel espléndido conglomerado de músculos, tendones, carne morena y... ¡cielos! Sacudió la cabeza y trató de concentrarse en elegir algo adecuado para la ocasión.

—¡Esto es perfecto! —exclamó en un amañado tono festivo.

Con mano temblorosa sacó unos elegantes pantalones oscuros y una immaculada camisa blanca de gemelos, los dejó encima de la cama y se volvió para salir de allí cuanto antes. Sin embargo, él no parecía estar por la labor de dejarla marchar todavía y la agarró por el brazo para detenerla.

—¿Qué cinturón, el marrón de cuero?

—Por supuesto que no, Raff. —Otro viaje al armario para coger el cinturón negro.

—Y los calcetines, ¿de rombos?

Rechinando los dientes, India sacó de un cajón unos calcetines de hilo negro de Escocia y los puso con todo lo demás. Aquel pecho imponente estaba demasiado cerca, se dijo, tenía que alejarse de allí cuanto antes. No recordaba haberse sentido tan sofocada jamás; a lo mejor estaba incubando otra gripe.

—Bueno, y ahora te dejo para que te sigas vistiendo. —Apenas se atrevió a mirarlo durante un breve segundo, pero en los impactantes ojos azules leyó el regocijo más absoluto.

¡Aquél hércules medio desnudo se lo estaba pasando de miedo a su costa!

Por fin logró escabullirse en dirección al salón y se derrumbó sobre uno de los sofás, al tiempo que se abanicaba el rostro congestionado con la mano. Diez minutos después, Raff, impecablemente vestido, hizo su aparición. India agradeció que no hiciera ningún comentario, pero el alegre chisporroteo de sus pupilas no le pasó desapercibido; sin embargo, aquellos minutos le habían servido para recobrar la compostura, así que comentó con aparente indiferencia:

—Lo mejor será coger un taxi.

—Me parece muy bien —El americano se inclinó en una burlona reverencia—. Las damas primero.

Poco después, el taxi los dejaba frente a una antigua nave industrial no muy distinta de otras que había en esa misma zona; la mayoría reconvertidas ahora en modernas y espaciosas viviendas de

lujo, habitadas por personajes con ínfulas de bohemios, pero con la cuenta bancaria repleta de ceros.

En silencio, subieron en un antiguo montacargas que se detuvo al nivel de la puerta principal. Adentro se escuchaba el ruido de voces, música y el sonido de platos y vasos entrechocando unos con otros. Aunque lo disimulaba a la perfección, India estaba bastante nerviosa; hacía más de tres años que no acudía a una velada de ese tipo. Con anterioridad, Álvaro y ella se habían movido a sus anchas en los círculos de la jet set internacional. Durante mucho tiempo, India había considerado a muchas de aquellas personas amigos suyos y, en realidad, lo había pasado de maravilla con ellos hasta que las cosas se torcieron y, de pronto, todo el mundo empezó a rehuirla como si fuera portadora de un virus altamente contagioso. Inspiró con fuerza y, justo en ese momento, una mano grande y cálida envolvió la suya en un reconfortante apretón. Ella alzó la vista y notó que, por una vez, los ojos azules le sonreían sin rastro de burla y se vio obligada a devolverle la sonrisa.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —La acariciadora voz de bajo resonó por encima del ruido de fondo.

—Gracias, Raff, tú también estás impresionante. —Le guiñó un ojo—. Anaïs no te va a dejar tranquilo esta noche.

Él puso una cómica cara de horror que la hizo reír y prometió:

—¡Entonces no me separaré de ti!

La puerta se abrió en ese momento y su anfitriona los saludó con efusión. A Raff le hizo gracia la forma en que la sonrisa, dulce y encantadora, de India se transformó en el acto en un gesto vacío y poco sincero.

—Me encantan tus accesorios, tesoro —dijo Anaïs después de examinarla de arriba abajo sin mucho disimulo—. ¿Has descubierto un nuevo diseñador?

—Podría decirse que sí... —respondió, misteriosa.

Justo en el taxi, India le había comentado a Raff que ella misma se había encargado del diseño y la fabricación del collar y la pulsera que llevaba y, al escuchar las palabras de aquella mujer —quien siempre presumía de estar al cabo de la calle de las últimas tendencias—, le lanzó una mirada cargada de picardía.

Como India había predicho, Anaïs trató por todos los medios de apartar a Raff de su lado, a fin de poder someterlo sin cortapisas a sus poco sutiles métodos de seducción, pero el americano, sin perder en ningún momento aquella sonrisa ingenua que lo caracterizaba y que le hacía parecer completamente inofensivo, se mantuvo obstinadamente junto a India, así que la rubia se vio obligada a alejarse para atender al resto de los invitados.

India conocía a casi todos los presentes y fue de corrillo en corrillo, saludándolos y, de paso, introduciendo a Raff en aquel círculo exclusivo. El americano no pudo evitar sentirse impresionado por los personajes que India le presentaba con toda naturalidad; el dueño de uno de los bancos más poderosos de Estados Unidos, el protagonista de la película más taquillera de los últimos meses, una poetisa a la que acababan de otorgarle el Nobel de Literatura... Se dio cuenta de que no había exagerado al decir que aquella noche se codearían con algunas de las personas más influyentes del planeta.

—¡India, querida, ¿dónde te has metido todo este tiempo?!

India se volvió a saludar a una mujer de unos cincuenta y cinco años cuya mayor aportación a la humanidad había sido casarse con tres multimillonarios y conseguir enviudar de los tres sin recurrir al veneno. Sus rasgos, sin movimiento debido al exceso de botox, semejaban una máscara mientras

lanzaba un beso al aire a cada lado de sus mejillas.

—Ya ves, Samantha. —Una vez más, su boca se distendió con aquella vacía sonrisa social—. He estado muy ocupada trabajando.

—Ahora que lo dices, alguien me comentó que Álvaro te dejó en muy mala posición económica cuando murió. —La mujer la miró con fingida conmiseración, aunque se notaba a la legua que estaba saboreando el cotilleo con deleite.

—Figúrate si sería mala que durante días consideré muy seriamente vender mi cuerpo; sabes a lo que me refiero, ¿verdad, Sam? —replicó India, cortante, antes de agarrar a Raff del brazo, dar media vuelta y dejarla con lo que, si la mujer hubiera sido capaz de mover alguno de sus músculos faciales, habría sido una expresión de sorpresa absoluta.

—Muy bien dicho, *baby*, la has dejado sin palabras. —El americano le dio un par de palmaditas de aprobación en la espalda.

—¡Chismosa entrometida! —masculló ella entre dientes.

Siguieron charlando con unos y con otros; la velada estaba resultando muy divertida, y el catering que pasaban de vez en cuando unos atentos camareros era excelente. Después de la segunda copa de Moët&Chandon India sintió que empezaba a reconciliarse con aquel mundillo. En realidad no eran malas personas, se dijo; simplemente, iban a lo suyo, como la mayoría de la gente.

Recordó una expresión latina que se le había quedado grabada cuando la leyó en algún lado, pocos días después de la muerte de su marido: «Cada día morimos, cada día cambiamos y, sin embargo, nos creemos eternos». Álvaro también se había creído eterno. En realidad, lo que ocurría era que ella era un molesto recordatorio de que las cosas podían cambiar de golpe. Para mal.

—Estás muy seria. —El comentario de Raff la sacó de su abstracción.

India sacudió la cabeza y se recordó a sí misma por qué estaban allí.

—Perdona, por un momento me he puesto filosófica, pero ya pasó. Creo que les has caído muy bien a todos, aunque —le lanzó una mirada de reproche antes de proseguir— podías haber resistido el impulso de escupir el hueso de tu aceituna en el cenicero de la mesa cuando hablabas con una de las mujeres con más pedigrí de la aristocracia inglesa.

—¡Pero si lo he encestado a la primera! —replicó, herido.

India entornó los párpados y lo miró con severidad, pero, al instante, su expresión se suavizó y le guiñó un ojo con picardía:

—Anaïs está de los nervios, no te quita ojo. Mírala, viene hacia aquí con toda la artillería lista para el asalto.

En efecto, su anfitriona marchaba hacia ellos con expresión decidida. Al ver que India se apartaba de él, Connor rogó con expresión de pánico:

—¡No me dejes solo!

—Lo siento, Raff —dijo con fingida lástima—, pero vas a tener que enfrentarte a esto tú solito, y te aviso que Anaïs no es de las que se rinden. Te deseo suerte y recuerda: nada de meterte los canapés en la boca de tres en tres o hacer lo que quiera que estés planeando.

—Eres cruel y no estoy planeando nada —la recriminó, ultrajado.

India se limitó a lanzarle una severa mirada de advertencia y se alejó en dirección al impresionante jardín-invernadero que era la característica más sensacional de aquella, ya de por sí, extraordinaria vivienda. El ambiente en el interior era húmedo y olía a selva. A lo lejos, oyó que el timbre sonaba una vez más y que alguien abría la puerta para recibir a los invitados más rezagados.

Agradecida de poder estar unos minutos a solas, se perdió por los estrechos senderos que discurrían serpenteando entre macizos de orquídeas, limoneros y naranjos fragantes.

Si la vida hubiera seguido el curso que parecía más lógico, ahora no estaría sintiéndose una extraña en aquel ambiente, se dijo, pensativa, al tiempo que arrancaba una flor de azahar, se la acercaba a la nariz y aspiraba con placer el delicioso aroma. Apenas reconocía a la India que había sido antes; la India que vivía pendiente de qué se pondría para la fiesta siguiente y de adónde irían aquel año a pasar las vacaciones de verano o de Navidad; era como si aquella existencia, trivial y sin preocupaciones, tan solo hubiera sido un sueño.

—Hay que ver qué pequeño es el mundo, mi querida India...

Aquellas palabras, pronunciadas en un suave tono burlón, la sacaron de golpe de sus pensamientos y su corazón empezó a latir, desbocado. Sin pensar, aplastó la pequeña flor blanca en el puño, sintiendo la pegajosa humedad en su palma. Incapaz de pronunciar palabra, miró fijamente al apuesto hombre de mediana edad, muy elegante con su chaqueta oscura y una camisa blanca que dejaba ver un trozo de cuello moreno, que se había detenido junto a ella. Nerviosa, echó una rápida ojeada a su alrededor, solo para comprobar que se había detenido detrás de un frondoso granado que impedía que alguien pudiera verlos desde la casa. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, el recién llegado prosiguió, socarrón:

—Tranquila, nadie se ha dado cuenta de que estamos aquí, así podremos hablar tranquilos; hace tiempo que tenemos una conversación pendiente, querida mía.

Mientras hablaba, alargó la mano y retiró un mechón de pelo oscuro que había resbalado sobre el rostro femenino; aquel leve contacto la hizo reaccionar al fin y se apartó con brusquedad.

—¡No me toques! —Con gran esfuerzo, logró pronunciar las palabras que sus ojos habían gritado todo ese tiempo.

La sonrisa se borró en el acto de aquellos labios, finos y algo crueles, y los ojos oscuros brillaron, airados.

—Si sabes lo que te conviene, mi querida India, tendrás que ser un poco más amable conmigo. —A pesar del tono sedoso, la velada amenaza hizo que ella tragara saliva un par de veces.

—Ya le dije a tu gorila que tenía un nuevo trabajo. Le pedí que te transmitiera que en un mes te pagaría una buena cantidad de dinero. —Se mordió el labio inferior para ocultar su temblor; no deseaba que él se diera cuenta de lo asustada que estaba.

Él siguió su gesto con descarada apreciación, y las mejillas de India se tiñeron de rojo al notar la forma en que aquellas pupilas la desnudaban por completo.

—Mi querida India, sabes que solo tienes que decirlo y cancelaré tu deuda. Así.

Alzó la mano en el aire y chasqueó los dedos, pero, en vez de sentirse aliviada, aquel sonido se le antojó siniestro; sin embargo, trató de mantener la calma y contestó con aparente indiferencia:

—No es necesario. Te prometí que te pagaría y eso haré. Ya te he devuelto un montón de dinero...

El hombre alzó la mano una vez más y, si bien el gesto no resultó violento, India se calló en el acto.

—Han pasado casi tres años, India, y ni siquiera has pagado la tercera parte de lo que me debes. Hasta ahora he sido muy paciente contigo, pero se acabó. O me das lo que quiero, o tendrás que pagarme el resto antes de septiembre.

—¡Pero eso son solo tres meses! ¡Sabes que no es posible, es mucho dinero! —India se llevó una mano a la garganta, como si le costara respirar.

—Siempre cabe la posibilidad de que te muestres más cariñosa conmigo... —Aquel tono acariciador le produjo un escalofrío que se convirtió en un leve temblor cuando su interlocutor colocó el índice bajo su barbilla y la obligó a alzar el rostro hacia él.

—¡India, *baby*, acabo de escaparme de las garras de Anaïs! ¿Qué haces aquí escondida? —Las pupilas de Raff iban de uno al otro con curiosidad—. ¿Ocurre algo?

—No, nada, Raff. —India dio un paso a atrás y se libró, al fin, de aquel indeseado contacto que parecía quemarla. En un vano intento de disimular su nerviosismo, empezó a hacer las presentaciones —: Raff Connor, Antonio de Zúñiga, marqués de Aguilar.

—¡Ya decía yo que me sonaba tu cara, Raff! ¡Eres el dueño de Connoroil! —El marqués le dio un cálido apretón de manos, muy sonriente, derrochando a raudales el indiscutible encanto por el que era famoso.

—En efecto —contestó Raff, lacónico.

—¡Encantado de haberte conocido! Ha sido una coincidencia fantástica; hace tiempo que quería hablar contigo de unos asuntos que quizá te podrían interesar.

India se preguntó si su atractiva sonrisa, de dientes blancos y perfectos, que a ella le ponía la carne de gallina, conseguiría engañar al americano como solía hacer con el resto de la gente. Sin embargo, no llegó a ninguna conclusión; el rostro de Raff Connor se mantuvo impenetrable.

—Me encantaría, Antonio, pero jamás hablo de negocios en una fiesta. Ahora, si me disculpas, Anaïs ha preguntado por India. Me temo que me veo obligado a privarte de su compañía.

Con otra de aquellas encantadoras sonrisas que no se reflejaban en sus ojos, el marqués se volvió hacia India, tomó su mano y, con un ademán rebuscado, se inclinó sobre el dorso para besarla. Ella la retiró lo más rápido que pudo, tratando que no se le notara la repulsión que el contacto le producía. Al notar su rechazo, los ojos oscuros destellaron, amenazadores; sin embargo, se limitó a decir:

—No importa, Raff. Seguramente, surgirán en breve otras oportunidades para que India y yo nos pongamos al día con nuestras respectivas vidas, ¿no es así, querida?

Ella esbozó apenas una sonrisa y se despidió sin mirarlo:

—Hasta luego, Antonio.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Raff la miró y preguntó muy serio:

—Me ha parecido que no te gustaba hablar con ese hombre.

India soltó una carcajada que incluso a ella le sonó falsa.

—No digas tonterías, Raff. Antonio de Zúñiga es un personaje habitual en este tipo de reuniones; lo conozco desde hace años. Su encanto es legendario. —Raff detectó un ligero matiz de ironía en su tono.

—Me pareció que estabas deseando alejarte de allí —insistió, al tiempo que se detenía junto a un limonero y la obligaba a hacer lo mismo.

Pero India no estaba dispuesta a satisfacer la curiosidad de aquel amable gigantón ni la de nadie. Hasta ese momento se las había apañado sola y no le había ido del todo mal; aunque debía reconocer que las cosas acababan de complicarse un poco más aún.

—Qué tontería, lo que ocurre es que estoy algo cansada.

Durante unos segundos, los iris azules se clavaron en los suyos castaños con fijeza, como si tratara de averiguar qué era lo que ella le ocultaba, pero al final se vio obligado a desistir, así que lanzó un suspiro y propuso con aparente despreocupación:

—Creo que deberíamos irnos antes de que Anaïs ataque de nuevo. Deberías felicitarme por haber

sido capaz de librarme de ella sin tener que recurrir a la violencia; he tenido que echar mano a todo mi *savoir faire*.

Lo dijo con aire orgulloso y un acento tan terrible que la hizo reír, y sus negras preocupaciones desaparecieron por el momento.

—Está bien; misión cumplida. Creo que ya te he presentado a todo el mundo y te han aceptado como a uno de ellos. ¡Vámonos pitando!

Corrieron a despedirse de su anfitriona y Raff tuvo que emplearse a fondo con las excusas hasta que ella lo dejó marchar de mala gana.

—¡Adiós, Anaïs, ya nos veremos, guapetona!

El americano acompañó su enésima despedida con un guiño y una fuerte palmada en aquellas nalgas neumáticas, y la rubia se quedó petrificada con los ojos muy abiertos. Ya en el ascensor, India sucumbió a un incontenible ataque de risa.

—Eres increíble, Raff... No me puedo creer que le hayas dado un azote en el trasero a Anaïs... Casi me muero al ver la cara que se le ha quedado. —Con el dorso de la mano se enjugó una lágrima que resbalaba por su mejilla—. Apuesto a que es la primera vez que alguien se atreve a hacerle algo semejante a la reina sin corona de la isla de Manhattan. ¡Dios mío, soy la peor profesora de modales y etiqueta del mundo! Deberías despedirme.

—Perdona si te he avergonzado, India, *baby*. Ya te dije que son demasiadas reglas. —Se rascó la frente con gesto de agobio.

Al verlo, India se vio obligada a morderse los labios para dejar de reír. Con dificultad, recompuso su rostro para lograr una adecuada expresión de severidad y, apuntándole con el dedo índice para darle más énfasis a sus palabras, afirmó:

—Oye bien lo que te digo, Raff Connor. Ese gen bromista en tu ADN va a ser tu perdición.

—Eso mismo me decía mi madre... —Raff sacudió la cabeza con pesimismo y cambió de asunto—. ¿Quieres ir a casa ya o prefieres que te lleve a algún antro de perdición?

India comprendió que si se iba a la cama no haría más que darle vueltas a las amenazas de Antonio de Zúñiga, así que aceptó su proposición y juntos rompieron la noche neoyorkina entre risas y bromas. El americano la llevó a todos los sitios de moda, desde *Cielo* a *Pink Elephant*, y acabaron de madrugada en un garito cutre, de los que, en otros tiempos, apenas si habrían podido distinguir a los parroquianos a través de una densa nube de humo de tabaco, en el que tocaba una de las mejores bandas de jazz de la ciudad. El local estaba sumido en una relajante semipenumbra, y el hecho de que no estuviera lleno hasta los topes resultaba una ventaja.

—Voy a la barra, ¿qué quieres?

—Esta vez pídemme una tónica, si no, voy a acabar borracha perdida. —De hecho, India se sentía agradablemente mareada; el punto justo para olvidar los problemas durante unas horas.

Raff se levantó y, al poco, volvió con dos copas llenas de un líquido transparente, hielo y sendas rodajas de limón.

—Tu tónica y mi *gintonic* —dijo y le dio un buen trago a su bebida; al verlo ella frunció un poco el ceño.

—Raff, creo que estás bebiendo demasiado.

—No te preocupes, el alcohol tarda mucho en subir al cerebro de un tipo tan grande como yo.

A pesar de que él se había pedido una copa en cada uno de los garitos en los que habían estado y resultaba casi milagroso que no fuera ya a cuatro patas, India decidió no insistir y disfrutaron de la

música y del ambiente bohemio que se respiraba en aquel local sin dejar de hablar y reír.

En un momento dado, ella le echó una ojeada a su reloj y exclamó, alarmada:

—¡Será mejor que nos vayamos a acostar o mañana nos quedaremos dormidos y perderemos el avión!

—Me parece muy bien —aprobo Raff, quien se tambaleó un poco al ponerse en pie y alzar su enésima copa en un brindis solitario—. Quiero disfrutar de mi precioso piso antes de irme.

India, a la que no le había pasado desapercibida aquella leve pérdida de equilibrio, sacudió la cabeza.

—Creo que vas como un general, apóyate en mí —ordenó.

Sin hacerse de rogar, el americano le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—¡Suave, Raff, que me vas a ahogar! —protestó, medio asfixiada.

—Perdona, *baby* —respondió con voz pastosa.

Subieron como pudieron por la estrecha escalera del local y, una vez en la calle, India alzó un brazo para detener a un taxi que acertó a pasar por ahí en ese momento. No sin dificultad, ayudó a su jefe a introducirse en el vehículo, lo que cortó en seco la canción, picante y bastante desafinada, con la que él insistía en deleitarla.

—¡Shh! ¡Adentro, Raff! A este paso va a venir la policía.

Sin dejar de refunfuñar por haberle cortado sus alas artísticas, Raff se sentó por fin en la parte trasera del taxi y a India le dio la sensación de que apenas quedaba espacio para ella. El americano ocupaba la mayor parte del asiento y, como de costumbre, había colocado el brazo sobre sus hombros, lo que la hacía sentirse un poco agobiada.

—Raff, ahora no puedes caerte, así que, por favor, ¡que corra el aire! —Trató de levantar la manaza que colgaba de su hombro, pero no pudo con el peso, y él no hizo nada por ayudarla.

—¿Te he dicho que me encanta cómo ha quedado la casa, India, *baby*?

—Sí, Raff, me lo has dicho al menos veinte veces —respondió con paciencia. Al menos, se dijo, aquel hombre cuando bebía de más no resultaba agresivo ni desagradable.

—Perdona, India, *baby* —suplicó en tono contrito, pero ella se limitó a apretar su mano y le dirigió una de sus dulces sonrisas.

Pocos minutos después el taxi se detenía frente a su edificio. Con habilidad, India sacó la billetera del bolsillo trasero del pantalón masculino y pagó la carrera. Luego le ayudó a salir del taxi y cuando, ya en el piso, Raff se derrumbó, por fin, sobre uno de los sillones recién comprados del salón, respiró aliviada.

Muerta de sueño, se fue a su dormitorio, se puso el pijama, se desmaquilló y se lavó los dientes. Estaba a punto de meterse en la cama cuando decidió echar un último vistazo. Allí seguía Raff Connor, en el mismo sitio en el que había caído, con la cabeza apoyada sobre el respaldo del sillón y los ojos cerrados. Preocupada, se acercó a él y lo sacudió un poco.

—Raff, vete a tu cuarto. Si te duermes aquí mañana te dolerá todo el cuerpo.

El americano abrió los párpados con lentitud. Al ver la expresión alerta de sus ojos a India le pareció que estaba completamente lúcido, pero aquella impresión solo duró hasta que comenzó a hablar; lo hacía muy despacio y se trababa ligeramente con las palabras:

—Hola, hola. ¿Quién eres tú, *baby*? ¿Una bailarina exótica?

Un diablillo travieso la impulsó a contestar con su tono más insinuante:

—En efecto, amable caballero, Salomé la Sexy para servirle...

Raff parpadeó un par de veces y pronunció su siguiente frase con dificultad:

—¡Genial! Baila para mí, Salomé.

India contuvo una carcajada; aunque no lo parecía, Raff Connor estaba como una auténtica cuba.

—Lo siento, caballero, pero es la hora de cerrar. Me temo que tendrá que volver a su casa.

El americano frunció el ceño y sacudió la cabeza en una negativa:

—Quiero un último baile. Te pagaré bien —replicó con el mismo gesto de un niño obstinado.

Empezó a rebuscar en sus bolsillos hasta que dio con su cartera y, con dedos no muy firmes, sacó unos cuantos billetes de cincuenta dólares—. Mira, Salomón... digo Salomé, serán tuyos a cambio de un baile.

Aquella situación surrealista fue demasiado para India. Llevaba demasiado tiempo comportándose como una persona responsable; reprimiendo su propia personalidad imprudente. Con una hija pequeña a la que mantener, una deuda desmedida a la que hacer frente y sin una preparación laboral adecuada, había tenido que reinventarse como había podido hasta que de su vida había desaparecido cualquier vestigio de frivolidad. Y, de pronto, al escuchar la petición de aquel grandullón pasado de copas, se sintió tentada más allá de su capacidad de resistencia, y la India impetuosa y alocada, que hacía las delicias de sus compañeras de internado y sobre la que recaía la mayor parte de los castigos tomó posesión de ella.

—Está bien, cariño, pondré algo de música —dijo arrastrando mucho las eses y, con un provocativo contoneo de sus esbeltas caderas bajo los pantaloncillos de algodón del pijama, se dirigió hacia donde estaba el equipo de música y pulsó el botón de encendido.

Al instante empezó a sonar un rock que, a pesar de no ser lo más adecuado para un baile erótico, tenía mucho ritmo. Ni corta ni perezosa, India, con los brazos en jarras, se colocó frente a Raff —quien con sus cortos cabellos muy despeinados, los ojos brillantes, y una enorme sonrisa en sus labios estaba irresistible— y anunció muy seria:

—Esta danza se llama *Vas a perder la cabeza*. Según la leyenda, es la misma que bailó Salomé ante su padrastro Herodes de Antipas.

El americano lanzó un agudo silbido y aplaudió con entusiasmo, encantado con la explicación. Entonces, India empezó a moverse al ritmo endiablado de la música y se dejó arrastrar por esa vena payasa que estaba profundamente arraigada en su código genético. Aquel baile, delirante y disparatado, pero, al mismo tiempo, insinuante y muy tentador, habría hecho que Lucas y Candela acabaran tirados en el suelo llorando de risa; sin embargo, Raff la observaba muy serio, aunque el fuego que chisporroteaba en sus iris azules habría podido fundir una tonelada de hierro.

La última nota de la canción se desvaneció en el aire y Salomé la Sexy, que había acabado rodilla en tierra con la larga melena tapándole el rostro, se apartó los mechones de su frente algo sudorosa y se levantó para saludar con una especie de reverencia mientras su exiguo público batía palmas y silbaba, enloquecido.

—¡Bravo! ¡Bravo! —vitoreó, enardecido.

India le dirigió una amplia sonrisa y se acercó a él con un nuevo e incitante balanceo de caderas; apoyó la planta del pie sobre el almohadón del sofá, junto al muslo masculino, tendió la mano y, con el mismo tono insinuante que había empleado antes, comentó:

—Espero que el caballero haya disfrutado con mi danza. No llevo liga para que me meta los billetes, pero creo que me he ganado la propina.

—Ya lo creo que sí —afirmó el americano con voz ronca—. Desde luego, *baby*, me has hecho

perder la cabeza.

Sin más, agarró la mano que ella le tendía para que depositara ahí los billetes, tiró de ella y, sin esfuerzo aparente, la hizo sentarse sobre su regazo. Colocó otra de sus manazas en la nuca femenina, enredó sus fuertes dedos en la melena oscura y fragante y, antes de que una estupefacta India tuviera tiempo de reaccionar, pegó sus labios a los suyos con avidez.

Demasiado sorprendida para resistirse, India sintió cómo aquella boca suave, ardiente y experimentada exploraba la suya sin dejar ningún rincón por investigar. A la parte de su cerebro que seguía razonando le sorprendió que el aliento de Raff no oliera a alcohol, pero, enseguida, aquel pensamiento se perdió entre la bruma de turbulentas emociones que aquella caricia inesperada había desatado.

Hacía años que nadie la besaba de esa manera; de hecho, le costaba recordar la última vez que un beso había desatado tal cúmulo de sensaciones. ¡Quién hubiera dicho que aquel americano con pinta de inocentón supiera besar así!

De pronto, el tacto de esos dedos, calientes y hábiles, sobre uno de sus senos le hizo recobrar la cordura. En el acto, colocó las palmas de las manos sobre aquel pecho inmenso y trató, infructuosamente, de apartarlo; pero, asustada, se dio cuenta de que no sería capaz de luchar contra aquel gigante si él no decidía soltarla primero. Con gran esfuerzo, apartó su boca y musitó con una voz áspera que le costó reconocer como suya:

—Para, Raff. Por favor.

Notó como aquel corpachón temblaba bajo el suyo. Sus brazos poderosos la apretaron con fuerza contra sí cortándole la respiración, y cuando India empezaba a boquear, desesperada, se aflojaron de repente y la dejaron libre. La cabeza del americano cayó sobre el respaldo del asiento con los ojos cerrados y, sin apenas transición, empezó a roncar como un poseso.

Al verlo, India sintió un profundo alivio. Se bajó de su regazo con mucho cuidado sin apartar la mirada de aquella figura durmiente como si esperara que, de un momento a otro, fuera a saltar sobre ella y, de puntillas, salió del salón. Sin aliento, corrió hacia su dormitorio, se metió en la cama y se tapó la cabeza con las sábanas. Por suerte, a los pocos segundos se sumió en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, India salió de su habitación con la maleta en la mano. Raff, con los párpados cerrados, la aguardaba en el salón en la misma postura que la noche anterior. Si no hubiera sido porque llevaba ropa limpia y tenía el pelo húmedo de la ducha, cualquiera habría pensado que no se había movido del sillón. Al oírla, el americano abrió los párpados y, al notar aquellos ojos penetrantes clavados en ella, India no pudo evitar ruborizarse.

—Hola, India, *baby* —susurró él, como si pensara que hablar en un tono de voz normal podría provocar una catástrofe de dimensiones incalculables.

—Eh... esto... ¡Hola, Raff!

India trató de sonar alegre y despreocupada, mientras, muerta de vergüenza, posaba sus pupilas en todas partes menos en él. Sin embargo, sus siguientes palabras la obligaron a mirarlo de frente:

—Una pregunta, India. ¿Por casualidad estuvimos anoche en un local de digamos... mala reputación?

Ella le lanzó una mirada especulativa por debajo de sus largas pestañas. A lo mejor no se acordaba de nada, se dijo; la noche anterior estaba tan borracho que no sería extraño. Decidió actuar

con cautela y contestó con otra pregunta:

—¿Por qué lo dices? —Abrió mucho los ojos, en un intento de parecer lo más inocente posible.

—No sé. —Raff se rascó la barbilla recién afeitada sin quitarle la vista de encima—. Tengo una vaga imagen de una de esas... esas bailarinas exóticas, ya sabes...

De pronto, India vio el cielo abierto y, decidida a evitar una situación que se le antojaba de lo más incómoda para cualquier futura relación laboral, lo interrumpió sin contemplaciones.

—¡Qué va, Raff, por Dios! Lo habrás soñado. Ya se sabe cómo estáis de salidos los tíos... Bailarinas exóticas, ja, ja. Eres tronchante. —Aquellas carcajadas, tan falsas, le provocaron un ataque de tos.

Él la miró con expresión perpleja.

—Pues para ser un sueño parecía muy real. Cada vez que pienso en aquel baile... bueeeno, será mejor que lo deje ahí.

Aquella inconfundible mueca lasciva fue la puntilla. Abochornada por completo, India trató de ocultar sus mejillas ardientes bajo su larga melena y, con un gesto aparatoso, giró la muñeca y miró su reloj.

—¡Uy, es tardísimo! Será mejor que nos vayamos corriendo al aeropuerto; si no, perderemos el avión.

—Quedan más de tres horas para que salga nuestro vuelo, India, *baby* —protestó Raff, que parecía encontrarse muy a gusto en el sillón.

—Por eso mismo, Raff. Aún nos queda encontrar un taxi, facturar, hacer el numerito sexy en el control de seguridad —en cuanto pronunció aquella palabra se arrepintió; pero, por fortuna, Raff no se inmutó, así que siguió con la lista—, comprar chokolatinas en el *duty free*...

—¡Ok, ok, me has convencido! Voy a coger mi maleta y nos vamos.

Diez minutos después estaban instalados a bordo de un taxi rumbo al aeropuerto JFK y, para alivio de India, el beso, tan inesperado como extraordinario de la noche anterior, parecía no haber ocurrido jamás.

Capítulo 6

Dos semanas más tarde, instalada de nuevo en su rutina, aquel viaje a Nueva York —y algunas de las cosas que ocurrieron en él— semejaban parte de un sueño. India llevaba varios días sin ver a Raff quien, aun habiendo hecho propósitos de disfrutar de tres meses sabáticos, se había visto obligado a volar de nuevo a Estados Unidos para atender una emergencia.

Ella había aprovechado el tiempo para organizar el evento para el que el americano la había contratado en realidad: una fiesta inolvidable para celebrar sus diez años al frente de Connoroil. Ya estaba decidida la fecha —tendría lugar en tres semanas—, y las invitaciones habían sido enviadas, aunque solo para clientes, amigos y conocidos de renombre; por desgracia, según se enteró al hacer la lista, al americano no le quedaba ningún pariente cercano.

India se sentía muy satisfecha de cómo estaban saliendo las cosas; sabía que se había superado a sí misma, aunque no cantarí victoria hasta que todo hubiera pasado. Ni siquiera Raff conocía al detalle en qué iba a consistir aquella velada, pero ella estaba decidida a que resultara mágica. Esperaba que, dentro de algunos años, la gente hablara aún de la espléndida fiesta de Raff Connor, presidente de Connoroil.

Cada tarde, casi a la misma hora, Raff la llamaba para ponerse y ponerla al día de las novedades y, entre unas cosas y otras, podían pasar más de media hora charlando por los codos hasta que alguien irrumpía en el despacho del americano o este recibía alguna llamada inaplazable y, muy a su pesar, se veía obligado a colgar. India esperaba aquel momento del día con impaciencia y se dijo que cuando ya no trabajara para él iba a echar de menos aquellas divertidas conversaciones.

Echó una nueva ojeada a su humilde Swatch —al mes de morir Álvaro se había visto obligada a vender el fabuloso Bvlgari con incrustaciones de brillantes que su marido le había regalado por su primer aniversario de boda—; eran las seis en punto. El avión de su jefe debía de estar a punto de aterrizar en Barajas. En su última conversación habían quedado en que Raff descansaría un rato en el hotel antes de salir a cenar con Candela, Lucas y ella misma.

Al principio, India había protestado por el cambio de planes. Según ella, era mucho más lógico que su amiga y Raff cenaran a solas, pero el americano logró convencerla de que resultaría todo mucho más natural y agradable si iban los cuatro juntos, así que, a regañadientes, había reservado mesa en uno de los restaurantes de moda en Madrid que tenía una lista de espera de más de dos meses, gracias a que el chef era el hijo de un buen amigo de su padre. Cuando Raff volviera a conectar el teléfono, le estaría esperando un WhatsApp con la dirección del restaurante y la lista de las prendas que debía ponerse para la ocasión.

India repasó su agenda una vez más y asintió, satisfecha; estaba segura de que no se olvidaba de nada. En ese momento, entró Sol para que la ayudara con sus deberes, así que hizo el portátil a un lado y se concentró en la apasionante tarea de ayudar a su hija a aprenderse una poesía de memoria.

—No sé por qué te extrañas, India. A estas alturas deberías conocerla de sobra. —El tono

desdeñoso de Lucas le valió una silenciosa mirada de reproche a la que él no prestó la menor atención.

Raff se repanchingó contra el respaldo de la silla y, entonces, la mirada reprobadora se centró sobre él, quien, al advertirla, se puso en el acto más derecho que un poste de teléfono. Luego alargó la mano en dirección a los aperitivos que acababan de servirles, pero antes de decidirse a coger uno titubeó y preguntó con expresión asustada:

—¿Puedo?

India alzó los ojos al cielo, exasperada. Esperaba que a Raff no le diera por sacar a pasear su retorcido sentido del humor; quería que causara una buena impresión en Candela. La misma Candela que llegaba ya con más de media hora de retraso.

—Debería haberla citado una hora antes —reconoció, fastidiada; pero, justo en ese instante, un torbellino en forma de mujer muy alta y muy delgada, y con los cortos mechones de su pelo rojizo apuntando en todas las direcciones hizo acto de presencia.

Candela los saludó desde lejos con una amplia sonrisa, completamente ajena al hecho de que las miradas de la mayoría de los comensales masculinos la seguían con interés. Iba vestida con uno de sus habituales vestidos, de colores llamativos y algo extravagante, que en otra persona con menos estilo que ella habría parecido un disfraz; sin embargo, ella lo lucía con la naturalidad de una supermodelo.

—¡Perdonad, por favor! ¡Perdonadme! —Como de costumbre, hablaba sin parar a toda velocidad—. Una ancianita se ha desmayado en la calle delante de mí y he tenido que quedarme con ella a esperar a que llegara el Sámur.

—Claro, claro, Candela. ¿No sería pariente del viejecito al que el otro día salvaste de morir atropellado por una bicicleta? —Lucas recibió las miradas furiosas de las dos amigas, una plata y otra oro, impertérrito.

—Está bien. Estaba con el informe de un cliente y he perdido la noción del tiempo —admitió con un encogimiento de hombros. Luego se volvió hacia el americano, que los observaba con interés, y añadió con expresión contrita—: Te pido disculpas, Raff.

—No hay por qué, Candela. A mí esas cosas me ocurren a menudo —afirmó con una de sus atractivas sonrisas, a la que ella respondió en el acto.

India notó que Lucas fruncía el ceño al ver aquel intercambio y, una vez más, se preguntó si todo aquel desdén con el que trataba a su amiga no sería más que una forma de protegerse de su encanto. Desde que eran niños siempre había sospechado que lo que él sentía por Candela iba mucho más allá de lo que estaba dispuesto a admitir, ni siquiera ante sí mismo.

La cena fue todo un éxito; por una vez, sus dos amigos parecían dispuestos a darse una tregua y a permanecer sentados, frente a frente, sin empezar una pelea a muerte. Su jefe parecía encantado con Candela, que no paraba de relatar extravagantes historias del día a día en los juzgados y, entre los disparatados comentarios de Raff y el humor seco y agudo de Lucas, India tenía agujetas en la tripa de tanto reír.

Mientras servían los cafés que habían pedido, las dos amigas intercambiaron una rápida mirada y se levantaron al mismo tiempo para ir al aseo. Ya en el baño de chicas, a salvo de oídos indiscretos, empezaron a cambiar impresiones.

—Está como un queso y encima es un encanto —soltó Candela sin más preámbulos—. Creo que cualquier mujer se sentiría superorgullosa de estar con un hombre como él.

Aquel inesperado entusiasmo hizo que las tripas de India hicieran una cosa rara, pero lo achacó a la cena, abundante y deliciosa.

—Entonces, ¿te gusta? —preguntó al reflejo de su amiga que, en ese momento, había sacado un bote de cera de pelo de su bolso y procedía a atusarse los cortos mechones rojizos para dejarlos aún más de punta.

—La palabra «gustar» se queda muy corta.

—¡Perfecto! —exclamó India con aparente entusiasmo, mientras trataba de ahogar la extraña sensación de pérdida que acababa de asaltarla.

Candela siguió arreglándose el cabello sin dejar de hablar.

—Nada me gustaría más que añadirlo a mi lista de chicos guapos con los que pasar un buen rato, pero...

—¿Pero? —Arrugó la frente, desconcertada.

—Raff no tiene el más mínimo interés en mí —afirmó su amiga, rotunda.

—¿Estás loca? No sé cómo puedes decir eso. No habéis parado de charlar durante toda la cena, Raff se moría de risa con tus historias. No te ha quitado ojo ni medio segundo. —India sacudió la cabeza con incredulidad; saltaba a la vista que formaban una pareja perfecta.

Candela se volvió hacia ella con los brazos en jarras y lanzó un hondo suspiro.

—¡Ay, Indi, siempre en Babia! Nunca cambiarás, hija mía.

Al ver que su interlocutora ponía cara de no entender nada, la pelirroja prosiguió:

—Raff Connor está colado por ti. —India abrió la boca para soltar una carcajada, pero la volvió a cerrar sin que ningún sonido hubiera salido de su garganta. Candela se dio un último toque de brillo en los labios, le guiñó un ojo a través del espejo y comentó—: Será mejor que volvamos o se preguntarán si nos han raptado.

India la siguió de vuelta a la mesa, demasiado atónita para hacer ningún comentario, pero al notar la manera en que Raff miraba a su amiga de arriba abajo con evidente apreciación, se tranquilizó en el acto y se dijo que era típico de Candela querer buscarle pareja. Llevaba haciéndolo desde que se cumplió el primer aniversario de la muerte de Álvaro y, aunque no había tenido ningún éxito hasta el momento, estaba claro que todavía no había perdido la esperanza.

Raff Connor y ella... ¡por Dios, qué absurdo! No pegaban ni con cola. Ciertamente era un tipo encantador y que ella lo apreciaba de verdad, pero a pesar de su actitud de oso amoroso, India tenía claro que el americano era un hombre peligrosamente atractivo —aquel beso ardiente que le dio cuando iba borracho no tenía nada de ingenuo; aún se le ponía la carne de gallina al recordarlo— y ella ya había tenido su ración de hombres peligrosamente atractivos para lo que le quedaba de vida. Si al final la cosa no cuajaba con Candela, tenía preparada una lista con un montón de mujeres cautivadoras que presentarle. A poco que hiciera a un lado su particular sentido del humor, Raff Connor no tendría ningún problema en encontrar a la mujer de sus sueños.

El siguiente comentario de Lucas la hizo salir de sus agradables cavilaciones con brusquedad; había sido demasiado bonito para durar, se dijo.

—Bueno, querida Mantis, no nos has contado nada de tus últimas conquistas, ¿alguna nueva cabeza en tu vitrina de trofeos?

La sonrisa de Candela se borró en el acto; odiaba que Lucas se metiera con ella. Siempre la hacía quedar en ridículo y, aunque en cada ocasión se regañaba por entrar al trapo, era superior a sus fuerzas, así que replicó con una indiferencia desmentida por las dos manchas rosadas que

aparecieron sobre sus pómulos afilados y el centelleo furioso de sus ojos grises:

—Mira quién fue hablar. Nada menos que el Mataperros, al que las chicas le duran una noche o menos. Estoy segura de que ni siquiera te quedas a dormir con ellas después, no vaya a ser que al tipo duro se le escape alguna emoción en sus sueños.

Como de costumbre, el rostro de Lucas permaneció impassible ante el ataque de la pelirroja. India conocía bien aquella máscara inexpresiva que lucía siempre que Candela estaba cerca; sin embargo, captó un brillo en los ojos oscuros que no tenía nada de indiferente.

Por fortuna, justo en ese momento, Raff hizo un comentario jocoso que provocó una carcajada general y, para su alivio, volvió a reinar la tranquilidad. Decidieron ir a otro sitio a tomar la última copa y, cuando se despidieron en la puerta del local, Lucas acompañó a India a su casa mientras que Raff hizo lo propio con Candela.

El lugar no quedaba lejos de su piso y la noche era agradable, así que fueron dando un paseo que India aprovechó para darle la charla.

—La verdad, Lucas, no me gusta que te metas tanto con la vida amorosa de Candela. Para ser sinceros, tú tampoco eres un ejemplo que digamos.

Su amigo se encogió de hombros y replicó tan solo:

—Es divertido hacerla saltar.

—No deberías burlarte de ella, solo está buscando al hombre de sus sueños.

—Pues ya debe haber descartado a la mitad del planeta —repuso él con sorna.

—Lo que ocurre es que está traumatizada por su primera vez —explicó India, en un intento de hacerle comprender por qué su amiga cambiaba de novio como el que cambia de camisa.

Al oír sus palabras, él se paró en seco en mitad de la calle, la agarró con fuerza de los brazos y preguntó, muy agitado:

—¿Traumatizada? Tuvo... tuvo... ¿fue una mala experiencia?

Sorprendida al ver la expresión torturada de su amigo, India se apresuró a negarlo:

—¡No! ¡No, claro que no! Todo lo contrario. Dice que fue tan maravillosa que no puede conformarse con menos. De hecho, me confesó una vez que a veces piensa que lo soñó todo. Si quieres que te sea sincera —prosiguió, sin percatarse de las chispas de deleite que, por unos instantes, destellaron en los iris oscuros—, yo también creo que fue un sueño. Francamente, no sé cómo sería para ti tu primera vez, pero yo estoy firmemente convencida de que el sexo mejora con el tiempo. Cuanto más practicas, mejor.

De pronto recordó algo y se quedó callada, pero su amigo no notó nada extraño.

—No creas. Mi primera vez también resultó maravillosa —contestó él con voz ronca. Luego echó a andar de nuevo, carraspeó un par de veces y le hizo una nueva pregunta—: ¿Y por qué no siguió con el tipo que la hizo sentir así?

—Eso mismo le pregunté yo, y me contestó que cuando volvió a hacer el amor con aquella persona no hubo ni siquiera un atisbo de la magia anterior. Ni siquiera disfrutó, así que cortó con él por lo sano. —India frunció el ceño—. No sé, me parece todo bastante raro.

Lucas no contestó, parecía absorto por completo en sus pensamientos y ya no volvió a abrir la boca hasta que le deseó buenas noches frente al portal de su casa.

A la mañana siguiente, cuando llamó a Candela para que la pusiera al día de las últimas

novedades, esta le contó que Raff Connor se había comportado como todo un caballero y que se había limitado a besarla en la mejilla al despedirse. Una vez más, a India le pareció muy extraño, pero, sin desanimarse, empezó a organizar una serie de citas con todas aquellas conocidas suyas que pensó que podrían atraer al americano.

Cuando le pasó el impecable esquema que había elaborado en su ordenador con las anotaciones de horarios, lugares y mujeres correspondientes, acompañado por una lista detallada sobre sus gustos y características personales, Raff protestó con firmeza:

—Según esto tengo casi todas las noches ocupadas de aquí a la fiesta.

—Me dijiste que querías encontrar a la mujer de tu vida en tres meses —comentó ella sin perder la paciencia—, y te recuerdo que apenas queda un mes para que se cumpla el plazo, así que hay que darse prisa.

—¡Quiero que tú también vengas! —exigió con un mohín de niño enfurruñado.

India hizo un gesto con la mano, descartando aquella idea de plano.

—No seas ridículo, Raff. No puedes pretender encontrar a tu media naranja si te presentas a cada cita con una carabina.

—¿Y si no me gusta? ¿Y si me estoy aburriendo? ¿Y si es un desastre? ¿No sería mejor quedar a tomar un aperitivo, por si las moscas?

Al ver su expresión abatida, India se sentó a su lado en el desvencijado sillón de su pequeño salón —de un tiempo a esa parte, el piso, pequeño y oscuro, se había convertido en su cuartel general y, aunque en un principio ella se había sentido algo incómoda al recibirlo allí, Raff era un tipo tan sencillo que enseguida dejó de importarle— y cogió una de sus manazas entre las suyas para darle ánimos.

—Lo pensé, pero creo que es mejor una cena. Así no hay peligro de que te precipites por una primera impresión equivocada; os dará más tiempo para conoceros mejor. Además, he escogido con mucho cuidado entre mis conocidas. Te aseguro que solo he llamado a las que pienso que de verdad te van a gustar.

Al escucharla, Raff levantó la cabeza, completamente alerta. De pronto, parecía muy interesado por el tema y preguntó:

—¿Qué tipo de mujer crees que me gusta?

India trató de retirar su mano —pues ahora era la suya la que estaba atrapada en el interior de las cálidas manos masculinas—, pero él no se lo permitió, así que con un suspiro se acomodó un poco mejor en el sofá mientras pensaba en la respuesta.

—Para empezar, he elegido a las mujeres más altas que conozco...

—Vamos mal —masculló entre dientes.

—¿Eh? —India perdió el hilo durante un segundo—. ¿Qué has dicho?

—Nada, nada, continúa. Me doy cuenta de que eres una gran psicóloga.

Ella frunció el ceño, pero no fue capaz de detectar el menor rastro de ironía en su comentario.

—La mayoría tiene un buen trabajo y fortuna propia, y tienen buenos contactos que pueden serte útiles en el futuro. Hay alguna divorciada, pero he escogido a las que no tienen hijos para que no haya problemas. Son de ese tipo de mujeres, equilibradas y sofisticadas, que tienen muy claro lo que quieren en la vida lo cual, y te lo dice por experiencia una persona a la que los embates de la existencia han arrastrado de un lugar a otro sin control, una y otra vez, es un rasgo de lo más útil. — Al ver que los iris de Raff se tornaban de un azul tormentoso, se apresuró a añadir—: ¡Ah! ¡Y, por

supuesto, todas son muy atractivas!

—Menos mal, porque tu descripción me ha dado ganas de salir corriendo —rezongó el americano que, como quien no quiere la cosa, acariciaba sin cesar la delicada piel de su muñeca, lo que estaba empezando a producir unas sensaciones de lo más extrañas en el estómago femenino.

En ese instante, Sol entró como un torbellino en el salón y, no sin esfuerzo, India consiguió liberar su mano.

—Dice la Tata que si te quedas a cenar, Raff —luego bajó la voz y, con los ojos brillantes, prosiguió casi sin detenerse a respirar—: Dí que sí. Ha dicho que si te quedas preparará su tarta especial. Si no, melón como todas las noches.

India entrecerró los párpados y sus ojos castaños brillaron, maliciosos.

—Me preocupa la Tata. Si no la conociera tan bien, pensaría que está haciendo lo posible por pescarte. ¿Qué opinas, Sol? ¿Crees que la Tata se ha enamorado de Raff?

Sol asintió con la cabeza, muerta de risa. India la miró con ternura y, como siempre le ocurría, pensó que su hija era adorable. Al hombre que las contemplaba, embobado, también le parecieron adorables las dos.

—Me quedaré a cenar con una condición —dijo, al fin, el americano.

—La tarta especial de la Tata no debería necesitar ninguna condición; está de llorar.

—¡Quiero la revancha al Monopoly! —exigió, inflexible.

—¡Síiiii! —Entusiasmada, Sol aceptó en el acto aquella cláusula.

—Luego no quiero lloros cuando caigas por enésima vez en mis calles repletas de hoteles... —le advirtió India, muy seria.

—¡Prometo que me portaré como un hombre! —Raff se golpeó el corazón con el puño en un gesto dramático que las hizo reír de nuevo.

—¿Y bien?

—Más bien «y mal». —La voz masculina sonó compungida al otro lado del teléfono.

—Vaya, Natalia era una de mis mejores opciones —se lamentó India, al tiempo que la tachaba de su lista.

—Lo siento, India, *baby*.

—No me llames *baby* —lo regañó, distraída—. En fin, esta noche te toca salir con Blanca. Te he mandado la ropa que debes ponerte por WhatsApp. Acuérdate de no masticar con la boca abierta.

—Lo recordaré, *baby* —asintió con docilidad.

—¿Qué tal anoche? Blanca es encantadora, ¿a que sí? —afirmó India llena de entusiasmo.

—Psse...

Aquello la hizo ponerse alerta y sujetó con más fuerza el teléfono contra su oreja.

—¿Qué significa «psse»?

—Pues que, en realidad, no es tan encantadora. Me miró raro cuando pinché un trozo de carne de su plato.

—¡Raff Connor, no puedo creerlo! —exclamó, exasperada—. ¿Acaso no te advertí que Blanca es muy tiquismiquis con el tema de la comida?

—Lo siento, *baby*, se me olvidó por completo. Aquel trozo de solomillo tenía una pinta estupenda.

—Bueno, bueno, no te preocupes, Raff —contestó al detectar la nota de desolación en sus palabras

—. Es verdad que Blanca es encantadora, pero reconozco que esa forma suya de ser, tan escrupulosa, raya un poco en la paranoia. Al fin y al cabo, lo más seguro es que no hubierais hecho buena pareja.

—¿Se puede saber qué le hiciste a Daniela para que saliera corriendo en mitad de la cena? —le espetó, furiosa, al día siguiente.

—¡Te juro que yo no hice nada, India, *baby*!

A pesar de que hablaban por el móvil, India casi podía ver la expresión dolida en aquellos impactantes ojos azules; ese hombre era un peligro público.

—Me ha dicho que eras el tío más plomo con el que había tenido la desgracia de cruzarse en su vida.

—No me gusta tu amiga —declaró, muy digno.

—¡Está claro que tú tampoco le gustas a ella! ¿A qué estás jugando, Raff? Si ya no te interesa buscar novia me lo dices y cancelo las próximas citas. ¡No entiendo por qué me haces perder el tiempo!

—¡Calma, no te pongas así, India, *baby*!

—¡Que no me llames, *baby*! —gritó, furibunda—. ¡Cuéntame ahora mismo qué fue lo que ocurrió!

—Pues... verás... tu amiga es un poco... cómo lo diría yo...

—¿Inteligente? ¿Triunfadora? ¿Culta? —ofreció India, exasperada por completo con sus rodeos.

—Pedante. Tu amiga Daniela es una pedante.

Aunque le hubiera gustado negarlo, se vio obligada a reconocer que algo de razón tenía.

—Bueno, es verdad que a veces puede parecer que lo sabe todo de todo, pero es porque es una persona muy brillante y llena de inquietudes.

—Es una pedante —repitió, obstinado—. Trataba de presumir de su nuevo papel en el equipo económico del gobierno y empezó a hablarme de amortizaciones negativas, acuerdos de compromiso contingente, arrendamientos shogun... cuando iba por las acciones diferidas, empecé a plantearme cómo sería pasar el resto de mi vida al lado de una persona que no paraba de hablar de temas que no me interesaban lo más mínimo y me entraron escalofríos, así que decidí administrarle un poco de su propia medicina. Empecé a hablar de parafinas, naftenos, alquenos y olefinas y, justo cuando empezaba a contarle, en los términos más científicos posibles, el proceso de refinado del petróleo (en mi modesta opinión la parte más interesante de todo el asunto), se levantó de la mesa de repente, dijo que tenía una jaqueca espantosa y me dejó ahí tirado.

Al escuchar su tono ofendido, India no pudo reprimir una carcajada. Reconocía que también a ella Daniela la sacaba de quicio a menudo; era demasiado «guay». En fin, estaba claro que la perfección no existía. Suspiró. Se le estaban acabando las candidatas y tenía la sensación de que Raff no estaba poniendo nada de su parte. Sin embargo, aún le quedaba una bala de oro en la recámara. Esa vez, Raff Connor no iba a poder resistirse.

—¡No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo!

—Lo siento mucho, India, *baby*. —El auricular reproducía sin distorsiones su tono contrito.

—¡Alexia es una belleza!

—Tienes toda la razón, *baby*, una belleza espectacular. Esa melena rubia como el trigo, esos ojos azules como el mar... —Esa vez, el matiz de su voz era más bien soñador.

—Sí, sí, y esos labios rojos como el coral —lo interrumpió India sin contemplaciones—. Pero, además de ser una de las modelos internacionales más cotizadas del mundo, es una chica inteligente y con sentido común.

—Muy cierto. Hasta el momento en que salimos del restaurante lo estábamos pasando muy bien —reconoció en el acto su desesperante interlocutor.

—¡Entonces, ¿por qué?! —chilló, fuera de sí.

—¿Me estás preguntando por qué me soltó un guantazo sin venir a cuento y se alejó hecha una hiena?

India inspiró con fuerza y soltó el aire despacio un par de veces antes de contestar en un tono más suave:

—Sí, Raff, eso mismo te estoy preguntando.

—No tengo ni idea, aunque quizá...

—¿Quizá?

—Quizá fuera porque no le gustó que le diera un azote en el trasero. Un trasero espectacular, en mi humilde opinión.

—¿Que hiciste qué?! —India caminaba sin parar arriba y abajo de su habitación, como si pensara que el movimiento la ayudaría a entender mejor lo que le estaba contando aquel descerebrado.

—Sé que no debería haberlo hecho después de lo que me dijiste la última vez, pero la tentación fue tan grande... Si fueras tío me entenderías a la perfección.

—¿Me estás diciendo que te has atrevido a darle un azote en el culo a la misma mujer que no solo es la imagen, sino también la directora de *Stop Machismo*, la organización feminista más importante de España? —El rostro de India era la viva imagen de la incredulidad más absoluta.

—Un impulso irresistible, ¡lo juro!

—¡Se acabó, ¿me oyes?! ¡Se acabó! En dos días es la fiesta, así que ya puedes tratar de conocer a alguien en ella, porque te aseguro que yo me lavo las manos. Alexia era mi arma secreta, mi mejor baza, y tú la has desperdiciado miserablemente.

—¿Entonces se acabaron las citas a ciegas? —preguntó, esperanzado.

—Puedes estar seguro de ello —afirmó, terminante.

Si India hubiera podido ver la enorme sonrisa que se dibujó en los labios masculinos, habría gritado.

Los días que siguieron transcurrieron en un torbellino de llamadas, cambios de última hora y carreras de un lado para otro. India se sentía igual que un bombero enloquecido que fuera apagando fuegos a cada paso, hasta que, por fin, llegó el día de la fiesta. Mientras recibía a los invitados al lado de Raff que, en esa ocasión, llevaba un elegante esmoquin negro hecho a medida y una inmaculada camisa blanca que ponían de relieve su figura imponente, India se felicitó a sí misma, complacida.

Había logrado lo imposible.

Durante el resto de la noche tendrían el Palacio de Cristal de El Retiro para ellos; en realidad,

todo el parque estaba a su disposición, pues las nobles verjas de hierro tan solo se abrirían para los invitados a la fiesta. No había dejado piedra sin remover hasta que por fin consiguió lo que quería. Había llamado a todo el que se le había ocurrido: viejos amigos de su padre, personas que conoció durante los locos días de su matrimonio...; en definitiva, a cualquiera que pensó que podría tener alguna influencia y ahí estaba el resultado.

El Palacio de Cristal resplandecía con el fulgor de una joya. Los millares de pequeños cristales y luces blancas colgados de las ramas de los árboles que rodeaban el pequeño estanque creaban una imagen de ensueño; como si en esa agradable noche de verano una repentina escarcha lo hubiera cubierto todo con su manto.

Nada más llegar, Raff Connor había resumido aquella bella estampa en una sola palabra: «mágico». Y, en efecto, la velada prometía convertirse en un acontecimiento lleno de pura magia.

Una pequeña orquesta amenizaba la ocasión con una suave música clásica, que gracias a un sofisticado equipo de sonido parecía provenir de todos los rincones, pero sin resultar molesta. Las invitadas, espléndidas con sus vestidos de noche, se deslizaban del brazo de sus distinguidos acompañantes por las veredas iluminadas con antorchas, igual que una nube de mariposas exóticas reunidas en un instante fuera del tiempo. Lo más granado de la sociedad y del mundo empresarial se había dado cita esa noche en aquel marco extraordinario.

India suspiró, complacida, y empezó a relajarse; presentía que a partir de esa velada le lloverían los encargos y su suerte cambiaría, por fin.

De pie junto al americano, actuaba como una perfecta anfitriona, pero procurando en todo momento no restarle a Raff Connor ni un ápice de protagonismo. Aquella era su fiesta, así que, con gracia y naturalidad, le presentaba a los invitados que aún no conocía y, con mucha discreción, se las arreglaba para que él tuviera a su alcance la frase apropiada o el nombre correcto en cada momento.

En el interior del palacio estaban dispuestas las mesas donde se serviría la cena, adornadas con velas y bellos centros de flores que llenaban el aire con una fragancia embriagadora. Había dispuesto que los invitados más importantes se sentarían en la mesa presidencial y, a pesar de sus protestas, Raff había insistido en que ella ocupara también un lugar en aquella misma mesa. India se sintió muy orgullosa de él mientras lo observaba conversar con uno de los banqueros más importantes del país. Aquel esmoquin, encargado especialmente para la ocasión, acentuaba aún más su atractivo masculino y no se le había escapado la manera en que algunas de las invitadas recorrían su espléndida figura con una curiosidad hambrienta.

Al tiempo que fingía atender lo que le contaba el hombre de pelo blanco que estaba sentado a su derecha, escuchaba la conversación que mantenía su jefe con su poderoso interlocutor, quien se mostraba muy interesado por sus palabras. Todo lo que el americano decía ponía de relieve su aguda inteligencia y sus modales resultaban impecables. Por una vez, pensó, satisfecha, Raff Connor había dejado aparcada en algún lado su personalidad revoltosa; sin embargo, como si quisiera desmentir aquella idea, él alzó la vista en ese preciso momento y le guiñó un ojo con picardía y, una vez más, India se vio obligada a morderse el labio con fuerza para reprimir una carcajada.

La cena, servida por el cocinero más de moda en Madrid, cuyo restaurante acababa de recibir la tercera estrella Michelin, resultó exquisita. Tras los licores, todos salieron de nuevo al exterior para contemplar los espectaculares fuegos artificiales mientras los camareros retiraban las mesas, y el exquisito palacio se transformaba, en esa ocasión, en una inmensa pista de baile.

La velada transcurrió sin incidencias de importancia; saltaba a la vista que los invitados estaban

disfrutando enormemente y el interior del palacio se había llenado de parejas de bailarines.

—India, tenemos que hablar más adelante. Mi hija se casa este año y me gustaría que tú te encargaras de organizar la boda.

—Ningún problema, Carmen, ya tienes mi número —respondió con una sonrisa. Era la tercera persona que le decía algo parecido, y se sentía feliz.

Sí, se dijo, llena de optimismo, su mala racha tocaba a su fin.

En ese momento, la orquesta comenzó a interpretar los primeros acordes de *When I was your man* de Bruno Mars y notó que alguien la agarraba de la cintura y la arrastraba con decisión hacia la pista.

—¡Raff, qué susto me has dado!

—Has bailado con todos los invitados menos conmigo —protestó con el ceño fruncido—, y si no acabara de raptarte, aquel gordito que viene por ahí te habría acaparado de nuevo.

El gordito era un pesadísimo conocido de Álvaro que pensaba que, por estar podrido de dinero, todo el mundo estaba obligado a reírle las gracias.

—Entonces te debo una, jefe —respondió ella, sonriente—. Alfredo Montenegro es un petardo.

Raff la estrechó entre sus brazos y comentó:

—Quería demostrarte que, aunque eres bajita, también podemos bailar sin problemas.

—¡No soy bajita! —negó al instante, ofendida, si bien enseguida reconoció—: Bueno, puede que un poco, pero lo que ocurre es que Sol tiene razón. Tú eres un gigante.

Raff apoyó la mejilla sobre el cabello oscuro y declaró sin dejar de seguir el ritmo de la música:

—Sin embargo, estoy muy a gusto.

India recostó su cabeza en aquel inmenso pecho y reconoció que ella también estaba muy a gusto. En brazos de Raff se sentía segura y esa sensación resultaba muy agradable.

—Está siendo una noche perfecta, India —prosiguió con su seductora voz de bajo—. Te doy las gracias por el maravilloso trabajo que has realizado. He conocido a un montón de gente interesante, mis clientes de siempre están encantados y mi amigo Marcus está disfrutando como un enano; la última vez que lo vi no se despegaba de Alexia la Bella.

—Eres un hombre muy espléndido, Raff. Me alegro de que el único trabajo para el que, *de verdad*, requerías mis servicios haya resultado un éxito.

Por una vez el americano se mostró prudente y se abstuvo de hacer ningún comentario, y siguieron bailando en silencio, inmersos en la magia de la noche. India notaba el firme latido de su corazón bajo la oreja y pensó que era uno de los sonidos más tranquilizadores que había escuchado jamás. Tan solo quedaban un par de días para que finalizara su contrato y se dijo que iba a echar mucho de menos a ese pícaro gigante. Aquellos últimos meses habían sido trepidantes, interesantes y, sobre todo, muy, muy divertidos. El suspiro que exhaló se fundió con las últimas notas de la canción. De mala gana, se apartó de él y alzó su rostro para mirarlo:

—Para ser un hombre que, según él, carece de las gracias sociales necesarias, bailas de maravilla.

—No te creas. Lo que ocurre es que esta atmósfera fascinante me inspira, lo mismo que mi hermosa pareja de baile —declaró, galante.

India le dirigió una sonrisa traviesa.

—Está claro que ya no necesitas mis servicios, Raff Connor. Esa frase no te ha podido quedar más bonita.

Con una de sus cálidas manos en la parte baja de su espalda, Raff la condujo hacia una de las barras dispuestas estratégicamente, donde un par de camareros servían las bebidas.

—Lo digo en serio. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

A India le sorprendió su tono, tan serio, y cuando cometió el error de mirarlo a los ojos notó que se le cortaba el aliento. Aquellos impactantes iris azules y hambrientos reflejaban, multiplicado por cuatro, el brillo de las luces que los rodeaban. No era el tipo de mirada que esperaba encontrar en las, habitualmente, frívolas pupilas del americano. Asustada, retrocedió un paso y tragó saliva, nerviosa.

Como si se diera cuenta de que había cometido un error, Raff recogió velas.

—Bueno, eso sí no contamos a tu seductora amiga Alexia, la de los dientes como perlas.

Aquel comentario jocosos borró al instante cualquier rastro de tensión del ambiente y, cuando se atrevió a mirarlo de nuevo, India tan solo vio al divertido compañero de siempre y volvió a respirar con normalidad, muy aliviada, diciéndose que la tenue iluminación debía haberle jugado una mala pasada.

Continuaron charlando un rato hasta que se vieron obligados a separarse de nuevo para atender al resto de los invitados. India comenzaba a sentirse algo cansada; ahora que ya podía decir que la velada había resultado un éxito, la tensión acumulada durante los últimos días y haber tenido que estar pendiente de hasta el más mínimo detalle empezaba a pasarle factura.

Decidió tomarse un respiro durante unos minutos y caminó hacia una zona del parque algo más alejada. A pesar de que seguía escuchando la música y el ruido de las conversaciones, aquel lugar, apenas iluminado por la luz de la luna que se filtraba por entre las copas de los árboles, le ofrecía la suficiente intimidad para recargar un poco las pilas antes de regresar a la fiesta a seguir atendiendo a los invitados.

Capítulo 7

India se recostó contra el tronco de un inmenso castaño, cerró los ojos y respiró el exquisito aroma a flores que impregnaba el ambiente. De pronto, un sexto sentido la avisó de que no estaba sola. Inquieta, abrió los párpados en el acto y miró a su alrededor, escrutando las sombras.

—Mi querida India...

Antes de que ella pudiera hacer el más mínimo movimiento para alejarse, la silueta elegante y amenazadora de Antonio de Zúñiga se detuvo frente a ella, cortándole cualquier posibilidad de huida. India se irguió todo lo que pudo, tratando de no dejarse amedrentar; en ocasiones como aquella era cuando más lamentaba su escasa estatura.

—¿Puede saberse qué haces tú aquí? —preguntó con altivez, aunque le temblaban las rodillas—. Fui yo la que se encargó de las invitaciones y te puedo asegurar que tu nombre no estaba en la lista de invitados.

Incluso en la penumbra, India distinguió unas chispas burlonas en sus ojos oscuros.

—Sabes bien que siempre consigo lo que quiero. ¿Cómo iba a perderme la que promete convertirse en la fiesta del año? Una fiesta organizada, nada más y nada menos, que por la mujer a la que deseo con toda mi alma desde que la conocí.

—La palabra «alma» en relación con un tipo como tú me parece más bien una broma pesada —replicó, mordaz, en un intento desesperado por no traicionar el temor que sentía.

Antonio de Zúñiga soltó una risa fría, cargada de amenaza, que le erizó el vello de los brazos.

—Siempre me has parecido una chica muy divertida, India. —Su tono era suave, pero no por ello menos peligroso—. Creo que es una de las cosas que más me gustan de ti. Sin embargo, te agradecería que, en el futuro, te dirigieras a mí con más respeto.

—Tengo que volver con los invitados. —Trató de escabullirse con rapidez, pero, al instante, el marqués de Aguilar apoyó las palmas de las manos en el tronco, una a cada lado de su cabeza, y se lo impidió.

—Si no me dejas marchar gritaré... —amenazó, con un jadeo—. No estamos tan lejos del resto.

Aunque no la tocaba, estaba tan cerca de ella que estaba empezando a sentirse mareada.

—¿Y provocar un escándalo? —El marqués chasqueó la lengua con desdén—. No creo que te convenga si pretendes que tu negocio prospere. Sabes bien que lo único que no se perdona en nuestro mundo son las escenas de mal gusto.

—¿Qué quieres ahora? —Alzó la barbilla, desafiante, a pesar de que sospechaba que si se apartaba del árbol sus piernas cederían y se desplomarían—. Ya te prometí que tendrías tu dinero. Acabo de pagarte casi todo lo que he ganado en mi último trabajo, y esta noche me han surgido numerosos encargos.

Su interlocutor deslizó el dorso de los dedos por su mejilla y su cuello en una caricia lenta que a punto estuvo de provocarle una arcada.

—A ese ritmo tardaría un par de generaciones en recuperar mi inversión, pero tú sabes bien que no es el dinero lo que quiero... —El matiz ronco y zalamero de su voz la hizo estremecer.

—¡Pues eso es lo único que vas a tener! —escupió India con desprecio.

El hombre observó con detenimiento la pequeña barbilla alzada con orgullo, el temor que asomaba en los grandes ojos castaños a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, el ligero temblor de su labio inferior... Todo en aquel precioso rostro hablaba de repulsión y miedo, y aquello lo excitó aún más.

—Eres valiente, pequeña y orgullosa India; creo que por eso te deseo tanto. Desde que te vi al lado del pusilánime de tu marido supe que nosotros estábamos destinados a estar juntos. Lo único que tienes que hacer es mostrarte cariñosa conmigo y te aseguro que tu vida resultará mucho más agradable. —Sin más, se apretó contra ella, inmovilizándola contra la rugosa corteza del tronco que se clavaba en su espalda desnuda, y comenzó a besarla con voracidad.

India forcejeó con todas sus fuerzas, pero Antonio de Zúñiga, aun no siendo un hombre corpulento, era mucho más fuerte que ella y no consiguió liberarse. Desesperada, siguió luchando contra el asalto no deseado de aquella boca cruel, hasta que, de pronto, él la soltó y el aire de la noche volvió a entrar en sus pulmones sin obstáculos.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

Aturdida aún por lo ocurrido, a India le costó asimilar la inesperada presencia junto a ella de Raff Connor, quien, con una de sus enormes manazas en torno al cuello del marqués, lo sujetaba sin aparente esfuerzo.

—¡Suélteme! —exigió el otro, sin dejar de forcejear, aunque India apenas pudo entender lo que decía; tenía el rostro congestionado y se notaba que le costaba respirar.

—¡Suéltalo, Raff! —suplicó ella, aún más asustada al descubrir el brillo homicida que asomaba por entre los párpados entrecerrados del americano. Al ver aquella expresión despiadada y mortal entendió, por fin, qué era lo que había conducido a un hombre humilde como Raff Connor a la cima del éxito.

Por unos instantes, India pensó que no le haría caso, pero, finalmente, Raff aflojó los dedos y lo liberó sin la menor delicadeza. El marqués de Aguilar se tambaleó durante unos segundos, tratando de recobrar el equilibrio, mientras se llevaba una mano al cuello, jadeante.

—¡Esto no quedará así, Connor! —La advertencia brotó rasposa de su garganta irritada, antes de dar media vuelta y alejarse de allí a toda prisa.

El americano se volvió hacia ella, alzó su barbilla con dos dedos y, con mucha delicadeza, pasó el pulgar por sus labios hinchados, que todavía temblaban a consecuencia de aquel beso brutal.

—Esta vez me dirás qué poder tiene ese hombre sobre ti.

India notó la intensa ira que burbujeaba bajo su apariencia serena y comprendió que, en esa ocasión, no dejaría que le diera largas, así que, procurando atusarse la revuelta melena con dedos trémulos, accedió:

—Está bien, Raff, te lo diré, pero no aquí. Debemos regresar con los invitados.

—Muy bien. Cuando te lleve a tu casa será el momento de hablar. —Su tono no admitía réplica, y ella echó a andar a su lado en silencio.

Dos horas más tarde, bajo la luz suave de un nuevo amanecer, Raff atravesó las calles casi desiertas y detuvo el coche frente a su portal. Tras soltarse el cinturón, se volvió hacia ella y declaró sin andarse con rodeos:

—Después de volver de Nueva York hice algunas averiguaciones y sé que el tipo ese es un pájaro

de mucho cuidado.

Al oír aquello, India exhaló un profundo suspiro. No sabía cómo se había podido engañar a sí misma diciéndose que Raff Connor era un grandullón inofensivo; saltaba a la vista que nada escapaba a aquella aguda mirada azul, así que, resignada, se encogió de hombros y empezó a contar su historia en un tono monocorde.

—Llevaba casada casi un año cuando conocí a Antonio de Zúñiga; Lucas nos lo presentó en una fiesta. A pesar de que todo el mundo hablaba del encanto de aquel hombre, a mí me desagradó desde el primer instante en que lo vi; sin embargo, con Álvaro fue completamente diferente. —Una vez más, Connor detectó un matiz de amargura en su voz—. Se hicieron íntimos. De pronto, dejamos de ser una pareja y nos convertimos en un trío, pero no pienses mal, ¿eh? —añadió en un desganado intento de bromear—. Antonio venía a todos lados con nosotros, cenas, fiestas, viajes... yo notaba cómo me miraba...

—¿Y cómo lo hacía? —la interrumpió con brusquedad.

—El marqués de Aguilar es un reputado coleccionista de arte y me miraba exactamente así: como si yo fuera una valiosa pieza que añadir a su colección —explicó con sarcasmo.

Al oírla, Raff alargó el brazo y le cogió una de las manos cuyos dedos, helados, retorcían con nerviosismo la delicada tela de gasa de su vestido de noche.

—¿Por qué no le hablaste de ello a tu marido? —siguió interrogando sin dejar de frotar la mano de India entre las suyas.

—Traté de decírselo, pero se enfadó mucho. Decía que Antonio era el mejor tipo con el que se había topado jamás, el único amigo de verdad que tenía en el mundo. Yo en ese momento desconocía que Álvaro tenía cuantiosas deudas y que Antonio de Zúñiga le había prestado dinero para hacerles frente.

—¿Tu marido era un jugador?

India se encogió de hombros una vez más.

—Sí, jugaba de vez en cuando, pero no más de lo que lo hacían otros. En realidad, llevábamos una vida de lujos y diversiones que estaba muy por encima de nuestras posibilidades, pero no puedo culpar solo a Álvaro de ello. Yo era una niña frívola de veintitantos; mis únicas preocupaciones en aquellos tiempos eran qué me pondría para la próxima fiesta o si sería mejor llevar ropa de invierno o de verano al yate de los amigos que acababan de invitarnos a un crucero por las islas griegas en noviembre. Ni siquiera después del nacimiento de Sol me planteé cambiar mi estilo de vida. Si bien la adoraba, hasta que la niña cumplió los dos años pasaba más tiempo con la *nanny* de turno que conmigo.

Raff miró el bonito rostro, ahora algo pálido y cansado, que parecía examinar aquella otra existencia como si fuera una película que alguien proyectara sobre el parabrisas del coche.

—Y tu padre, ¿no dijo nada?

—Mi padre murió al mes de la boda. —India hizo una mueca de dolor—. Llevaba un año luchando sin descanso, pero, al final, aquella maldita enfermedad pudo con él. Cuando le dije que iba a casarme con Álvaro trató de advertirme, me dijo que era un muchacho encantador, pero débil. Por supuesto, no le hice el menor caso; ya sabes, yo estaba loca por Álvaro y, cuando eres joven, siempre crees que lo sabes todo.

Raff no pudo evitar esbozar una sonrisa al escucharla.

—Hablas de la juventud como si fuera algo muy lejano, India, y ni siquiera has cumplido los

treinta.

—Te aseguro que el día que Álvaro chocó contra aquel árbol dejé atrás mi juventud para siempre —respondió ella, convencida—. De pronto, tenía a mi cargo una niña que aún no había cumplido los tres años, un aterrador cúmulo de deudas y una escasa preparación laboral. Desarrollar una carrera profesional era algo que nunca me había preocupado. Hablaba tres idiomas, sí; pero, fuera de eso, mis conocimientos de historia del arte y literatura, de repostería francesa y de fabricación de adornos de cerámica, aunque muy socorridos para una charla informal y una merienda con amigos, no tenían mucha utilidad a la hora de elaborar un currículo.

—Pues más motivo para estar orgullosa de ti misma, India. Tienes una carrera prometedora como organizadora de eventos, tu hija está bien atendida y es encantadora y, aunque la Tata cuida de vosotras, eres tú la que te ocupas de que en tu casa no falte de nada. —En esta ocasión fue India la que apretó su mano, agradecida por sus palabras—. Siempre he pensado que es mucho más duro tenerlo todo y perderlo de golpe que no tener nada. Si partes de cero, no te queda más remedio que ir hacia arriba; el mérito está en caer y volver a levantarte.

—Gracias, Raff.

Los ojos color caramelo brillaban, anegados, y sus labios dibujaron una sonrisa trémula, cargada de dulzura. El americano se llevó la mano que sostenía entre las suyas a los labios y la besó con ternura.

—Dime una cosa, India, ¿hay algo más relativo a las deudas de tu marido que no me quieres contar? —preguntó con delicadeza.

Al oírlo, la sonrisa se borró en el acto de su boca seductora y, una vez más, con los dedos que tenía libres empezó a trazar complicados arabescos sobre la tela del vestido. Por unos instantes, Raff pensó que no le contestaría; sin embargo, después de unos minutos, India confesó:

—A raíz de su amistad con Antonio de Zúñiga, Álvaro empezó a beber más de lo que solía y, más tarde, descubrí que también consumía drogas. Cocaína. El nobilísimo marqués de Aguilar se encargaba de suministrarla. Encantador, ¿verdad? —afirmó con una mueca de disgusto—. Mi marido gastó una auténtica fortuna. La suya y la cuantiosa herencia que recibí de mi padre; en poco tiempo se lo esnifó todo y más. Mis amigos trataron de razonar con Álvaro; en más de una ocasión Lucas y él llegaron incluso a las manos, y eso que habían sido amigos íntimos desde el colegio. Daba igual. De repente, ni su mujer, ni su hija, ni el que hasta hacía poco había sido su mejor amigo parecían tener la menor importancia. Tan solo contaba Antonio, que lo manejaba a su antojo, como a un perrito amaestrado; era el único que tenía influencia sobre él. Lo peor de todo es que, aunque soy consciente de que es algo irracional, en el fondo me siento culpable porque sé que Antonio de Zúñiga destruyó a Álvaro para llegar a mí.

Absorta en los dibujos que su dedo índice trazaba sobre la tela, India no se percató de la luz, helada y mortal, que se encendió en los ojos del americano; tampoco la serena voz masculina traicionó la intensidad de la rabia que se había apoderado de él.

—Y ahora, el tipo este te está amenazando de alguna manera para cobrarse su deuda, ¿no es así?

India apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y confesó, desesperada:

—¡Nunca podré pagarle, Raff! Es demasiado dinero. Ni siquiera Lucas y Candela, que siempre me han ofrecido su ayuda, conocen la cantidad real que le debo. Sin embargo, él está dispuesto a hacer concesiones...

—¿Concesiones? ¿Qué tipo de concesiones? —Sin darse cuenta, Raff apretó sus dedos hasta que

ella soltó un quejido.

—¡Me haces daño, Raff!

—Lo siento, *baby*. —La soltó en el acto, se pasó una mano nerviosa por sus cortos cabellos y repitió—: ¿Qué concesiones?

Sin abrir los párpados, India esbozó una nueva sonrisa, pero, en esa ocasión, cargada de amargura.

—Cuando a un hombre como Antonio de Zúñiga se le niega alguna cosa, lo único que consigues es que la desee aún más. Está encaprichado conmigo desde que me vio con Álvaro. Ese hombre quiere que me convierta en su amante. Me ha prometido que si soy lo suficientemente cariñosa con él, condonará la deuda. Y no te niego que, a pesar de que me repele, me he sentido tentada a menudo. —Emitió una risita que nada tenía de divertida—. Sin embargo, hay una vena obstinada dentro de mí que se niega a tomar el camino fácil, por eso malvivimos todas en ese cuchitril y apenas me llega el sueldo para lo básico; el resto del dinero que gano se lo entrego a él.

India calló y el profundo silencio que se hizo en el interior del vehículo se prolongó durante largos minutos. Sorprendida de que Raff Connor no tuviera nada que decir, abrió los ojos y volvió la cara hacia él. El atractivo semblante del hombre que estaba a su lado no mostraba la menor emoción, aunque India percibió que sus mandíbulas estaban muy apretadas. Al sentir su mirada de desconcierto posada sobre él, el americano habló por fin:

—Te agradezco que me hayas contado la verdad, India. Me doy cuenta de que soy la primera persona con la que te sinceraste por completo y me enorgullezco de ello. Ya es muy tarde y tienes que descansar. Seguro que después de unas horas de sueño, verás las cosas desde una perspectiva más favorable. Pensaré en el asunto y mañana te diré algo.

Si a India le sorprendió su aparente frialdad, lo disimuló a la perfección.

—Tienes razón, Raff. Es hora de irse a la cama. Gracias por escucharme. —Agarró la manilla de la puerta, pero antes de que pudiera abrirla siquiera, el americano la aferró de la muñeca y se lo impidió.

Sin decir una sola palabra, la alzó de su asiento como si no pesara nada, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí con tanta fuerza que India apenas podía respirar. Unos minutos después, la soltó de nuevo con la misma brusquedad y se limitó a decir:

—Buenas noches, India, *baby*. Que descanses.

El domingo India amaneció casi a las dos. Se estiró con deleite, contenta de que el estrés de organizar la fiesta hubiera pasado y que esta hubiera sido un éxito rotundo. Sin embargo, al momento le vino a la cabeza el recuerdo de la boca de Antonio de Zúñiga apretada contra la suya de manera dolorosa y el temor que la invadió hizo que se le contrajera el estómago.

Aquel sentimiento de indefensión la había llevado a contarle sus problemas a Raff Connor, algo de lo que ahora se arrepentía. No tenía sentido preocuparlo con sus miserias, lo mismo que no habría tenido sentido contarles la verdad completa a Lucas y a Candela. Tras varios años de luchar sin tregua, se consideraba una mujer independiente y capaz; estaba segura que después de la noche anterior le lloverían los encargos. Pagaría a aquel hombre detestable, poco a poco, como había hecho hasta entonces, y él tendría que aguantarse, se dijo, tratando de relegar a un rincón oscuro de su cerebro una vocecilla irritante que le advertía que aquello no iba a resultar tan fácil.

Apartó las sábanas con decisión y se levantó de la cama, resuelta a no dedicarle al marqués de

Aguilar un solo pensamiento más. Descalza, fue a la cocina donde la Tata preparaba uno de sus sabrosos guisos mientras su hija componía un creativo collage con lentejas y garbanzos sobre la pequeña mesa que servía de comedor.

—¡Buenos días!

Sol corrió a darle un beso y preguntó, excitada:

—¿Qué tal la fiesta? ¿Hubo payasos?

—Alguno hubo, sí señor —musitó India recordando el desagradable encuentro con Antonio de Zúñiga; luego, en un tono normal, respondió—: La verdad es que estuvo genial, todo salió a la perfección. Te hubieran encantado los fuegos artificiales, solete. De todas formas, en cuanto salgan las fotos en el *¡Hola!* te las enseño.

—¿Va a salir tu fiesta en el *¡Hola!*? Cuando se lo enseñe a la portera le va a dar un ataque —comentó la Tata con evidente satisfacción.

—Qué bien huele, Tata, estoy muerta de hambre. —Aspiró el delicioso aroma con fruición.

—Ha llamado tu *mister* Connor. —La Tata presumía de saber idiomas.

—No es *mi mister* Connor —repuso India, al tiempo que empezaba a poner los platos en la pequeña zona libre de lentejas que quedaba en la minúscula mesa tras los alardes artísticos de Sol—. ¿Qué quería? ¿No le has invitado a comer?

La Tata sacó la cuchara de madera de la paella, pasó un dedo por la parte redonda, se lo chupó y asintió, satisfecha, antes de continuar:

—Sí. Le conté que iba a preparar mi famoso arroz con pescado, pero dijo que lo sentía, que no podía pasarse. Me pidió que le llamas en cuanto te despertaras.

India terminó de poner la mesa y fue a buscar su móvil, que estaba cargando sobre la mesilla de noche.

—Hola, Raff. Sí, recuperada por completo. Muy bien. No hay ningún problema. Me pasaré por el Palace esta tarde. Hasta luego.

Su hija que, como de costumbre, estaba a su lado escuchando toda la conversación, preguntó:

—¿Por qué no viene? Me gusta jugar con él. Raff es muy divertido.

—Ha dicho que tenía algo importante de lo que hablar conmigo y que sería mejor hacerlo en terreno neutral.

—¿Qué es terreno neutral?

Sol arrugó su naricilla, perpleja.

—Pues un sitio donde no haya Tatas cotillas ni niñas de seis años que interrumpen a todas horas.

A las seis en punto, India cogió el metro y se bajó en la estación de Sevilla. Raff la esperaba en la puerta del hotel.

—Vamos al jardín del Ritz, ahí estaremos muy bien a pesar del calor.

En efecto, aunque se encontraban a mediados de julio se estaba muy bien en aquel elegante jardín, gracias a la agradable sombra que proyectaban los árboles y al murmullo refrescante del agua de la fuente. Después de que el camarero hubiera dejado sobre la mesa los dos granizados de limón que habían pedido, Raff comentó:

—Verás, India. He estado pensando en lo que me contaste anoche... —India alzó las cejas con interés sin dejar de sorber por la pajita—. Creo que he encontrado la solución a tus problemas y a

los míos.

—¿Los tuyos? —preguntó, extrañada.

Raff se removió en la silla, como si estuviera muy incómodo, inspiró con fuerza y soltó una bomba de varios kilotones:

—Lo mejor será que nos casemos.

A India, quien justo en ese instante acababa de dar otro sorbo a su granizado, se le fue la limonada por mal sitio y empezó a toser con violencia mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Después de un buen rato consiguió preguntar, al fin, medio ahogada:

—¿Qué has dicho?

Raff se encogió de hombros como si lo que acababa de decir fuera lo más normal del mundo y repitió muy sereno:

—Lo mejor será que nos casemos. —Y para que no hubiera dudas sobre su propuesta, aclaró—: Tú y yo.

—No tiene gracia, Raff. —India se secó las mejillas con una servilleta, molesta.

—No trataba de ser gracioso. Piénsalo, India, yo quiero casarme y tener una familia y tú, perdona que te lo diga, has fracasado, miserablemente, en la sencilla tarea de buscar una buena chica para mí.

Ella lo interrumpió muy indignada.

—¡Tendrás caradura! Fuiste tú el que sabotaste todos mis intentos de alcahuetear. Alexia era perfecta para ti con su melena rubia como el trigo y sus ojos azules como el mar, ¿recuerdas? No fui yo la que decidió darle un azote en el trasero y mandarlo todo al garete.

—Como dijo Buda: «De nada sirve llorar sobre la leche derramada» —respondió, sin perder la compostura.

—Eso es un refrán, deja a Buda tranquilo —precisó India, muy digna.

—Da lo mismo. Viene al caso.

—En fin, veo que me estás tomando el pelo. En tu línea.

India hizo un gesto displicente con la mano, volvió a sujetar su pajita y dio un potente sorbo al granizado; sin embargo, las siguientes palabras de su interlocutor estuvieron a punto de provocarle un nuevo atragantamiento.

—Hablo muy en serio. ¡Casémonos! —Raff aprovechó que ella lo observaba, boquiabierta, y siguió con su explicación—: Tú le debes un montón de dinero al tipo ese, yo tengo un montón de dinero; tú tienes una familia encantadora, yo quiero casarme y tener una familia, es tan sencillo como eso. Piensa en ello como si fuera una transacción de negocios.

India se llevó una mano a la sien; notaba que empezaba a dolerle la cabeza.

—Es lo más disparatado que he escuchado jamás.

—¿Por qué? Es perfecto. Justo lo que ambos necesitamos —insistió.

—¡Por Dios, Raff, cómo vamos a casarnos! Tú no me amas y yo a ti tampoco —replicó, tajante; era evidente que, para ella, la discusión terminaba ahí. Raff abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor y la volvió a cerrar—. En fin, será mejor que nos olvidemos de esta locura.

—No es ninguna locura. —Estaba muy serio y mantenía sus pupilas clavadas en los ojos castaños, que lo miraban ligeramente asustados. Al notar su temor, el americano echó mano del tono y los argumentos más convincentes que encontró—. ¿De qué te sirvió estar tan enamorada cuando te casaste, India? Tu misma me dijiste que tu padre comprendió el verdadero carácter de Álvaro mucho mejor que tú que, en aquellos días, estabas completamente cegada por aquel presunto amor. Nunca

me han parecido mal los matrimonios de conveniencia. Unos siglos atrás, eran los padres los que se encargaban de elegir una pareja adecuada para sus hijos. Ellos no estaban deslumbrados por el aspecto físico o por la atracción sexual, y la mayoría de aquellos matrimonios funcionaba. Mira a tu alrededor; ahora todo el mundo se casa por amor, y la tasa de divorcios y separaciones sigue aumentando sin parar. Cuando los sentimientos no están involucrados se ven las cosas con más claridad, y hay muchos aspectos positivos que sopesar y tener en cuenta.

»Nosotros nos llevamos muy bien, India. Tenemos muchas cosas en común y estoy seguro que nuestra convivencia sería fácil. Soy un hombre responsable y fiel. Sé que seré un buen padre para Sol y para los hijos que puedan venir en el futuro. Me pareces muy atractiva físicamente y creo que yo a ti tampoco te desagradó. Tu vida se volvería mucho más sencilla y, por supuesto, podrás seguir con tu trabajo, pero sin los agobios ni las preocupaciones que tienes ahora.

El americano se detuvo, por fin, sin aliento.

Sin dejar de retorcer la esquina de la servilleta entre sus dedos, India miró a su alrededor sin percatarse, en realidad, de la belleza del escenario que los rodeaba. Toda su atención estaba concentrada en los razonamientos, en su opinión erróneos, pero convincentes, que el hombre que se sentaba frente a ella y la observaba, ansioso, acababa de exponer.

Si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que su oferta resultaba de lo más tentadora; olvidarse para siempre de las preocupaciones que la habían agobiado durante los últimos años, tener el futuro de su hija y el de la Tata asegurado en todos los aspectos, dejar de enfrentarse a todo sola y poder contar con unos hombros tan anchos como los de Raff Connor para permitirse el lujo de llorar si lo necesitaba.

Sí, la oferta resultaba casi irresistible. Casi.

—Raff Connor, creo que eres el hombre más bueno que conozco. —Vio que él trataba de decir algo, pero alzó la mano para impedirle y continuó con la voz cargada de emoción—: Reconozco que me siento tentada. No puedes hacerte a la idea de hasta qué punto. Durante estos meses he llegado a apreciarte como a un buen amigo y sé que te echaré mucho de menos cuando ya no trabaje para ti. Sin embargo, no puedo aceptar tu proposición. Si lo hiciera me perdería el respeto a mí misma y no sería mejor que Samantha, la viuda negra. Por mucho certificado de matrimonio que hubiera de por medio, si me casara contigo solo para que tú saldaras mis deudas sentiría que me estoy prostituyendo.

Colocó su mano sobre la de Raff, grande y morena, que estaba apoyada sobre la mesa y le pareció que temblaba, pero él la retiró en el acto y pensó que lo había imaginado. Permanecieron un rato en silencio mientras daban cuenta de sus respectivas bebidas procurando no mirarse a los ojos. Por fin, Raff llamó al camarero y pidió la cuenta.

Caminaron sin hablar hasta la boca del metro y, al llegar, se detuvieron para despedirse.

—Me temo que aún tengo que terminar unas cosas, India. Mañana vuelvo a Nueva York. Si te preocupa cualquier cosa puedes llamarme al móvil cuando quieras. Estaré yendo y viniendo a Madrid, así que esto no es un adiós definitivo. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para...

India alzó la mano, apoyó las yemas de sus dedos sobre los labios masculinos, impidiéndole continuar, y contestó con los ojos anegados en lágrimas:

—Gracias, Raff. Por todo. Siempre te consideraré un amigo. —Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla con ternura.

El americano aprovechó su cercanía para envolverla en uno de aquellos abrazos asfixiantes que

eran la marca de la casa, y con el rostro hundido en la garganta femenina inspiró con fuerza el delicado aroma de su piel. Por fin, se apartó de ella y murmuró roncamente:

—Hasta pronto, *baby*.

Capítulo 8

Habían pasado dos semanas desde que finalizó el contrato con Raff Connor y, aunque estaba muy liada, India lo echaba de menos a menudo. Él la había telefoneado en un par de ocasiones, pero las llamadas habían sido cortas y, si bien intercambiaban WhatsApp a la menor oportunidad, no era lo mismo que verlo a diario. Por fortuna, gracias a la fiesta le habían llovido los encargos; en esos momentos tenía entre manos la boda de la hija de una famosa actriz, un torneo de golf del Circuito Internacional masculino y otros tantos proyectos en lista de espera, así que no paraba un minuto.

Era domingo y, aunque eran casi las doce del mediodía, seguía en camisón. Su hija tampoco se había quitado el pijama, y permanecían tumbadas en la cama de India leyendo cada una su libro. A pesar de las protestas de la Tata, que no soportaba el desorden, habían decidido hacer un día «guarrosos», lo que significaba que se dedicarían a vagar hasta que fueran a ducharse poco antes de la hora de la comida.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y la Tata fue a abrir.

—Traigo un paquete para la señorita India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara —anunció el mensajero mientras ella lo escrutaba a través de la mirilla.

Sin sospechar nada raro, la Tata abrió una rendija y el hombre que estaba al otro lado aprovechó para empujar con todas sus fuerzas. La puerta se abrió con violencia y golpeó con estrépito contra una de las paredes del vestíbulo. Antes de que la pobre mujer tuviera oportunidad de gritar, otro individuo se coló en el pequeño recibidor, la agarró por la espalda y le tapó la boca con su mano.

Aquellos ruidos alertaron a India, quien se volvió hacia Sol y, poniéndole los dedos sobre sus labios, susurró:

—Escóndete debajo de la cama. Pase lo que pase, no te muevas y no hables.

Los grandes ojos azules de su hija la miraban, asustados, pero al ver la cara de preocupación de su madre, asintió con la cabeza y, al instante, desapareció debajo del somier.

India estiró la colcha para ocultarla aún mejor y lamentó no estar vestida de manera más apropiada. Descalza, corrió hacia la entrada dispuesta a averiguar qué era lo que estaba ocurriendo, pero al llegar al recibidor se detuvo en seco, con el corazón latiéndole en el pecho, desaforado; la presencia de aquellos dos hombres, tan corpulentos, empequeñecía aún más el diminuto espacio.

—¡Suéltela ahora mismo! —ordenó con firmeza al hombre que mantenía sujeta a la Tata.

Este le dijo algo al otro en un idioma que ella no entendió, y ambos soltaron una carcajada. La respiración de India se volvió todavía más agitada; estaba muerta de miedo y notaba las rodillas flojas, pero luchó por parecer calma-da.

—¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo en mi casa?

—¿India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara? —preguntó, a su vez, el que parecía el jefe en un español casi perfecto mientras deslizaba una mirada lujuriosa por las esbeltas piernas que el corto camisón de raso apenas ocultaba.

Cada vez más asustada, India respondió procurando que no le temblara la voz.

—Soy yo. ¿Qué quieren? —repitió.

—Venimos a traerle un mensaje, pero nos gustaría que antes estuvieran presentes todos los habitantes de la casa.

Al escuchar aquellas palabras, el miedo de India se convirtió en pánico, pero estaba decidida a disimularlo, así que respondió con serenidad:

—¿Qué quiere decir? Aquí solo estamos mi asistenta y yo...

Sin dejarle acabar la frase, el jefe ladró una orden y, en el acto, el tipo más fornido soltó a la Tata, que estaba blanca como el papel y quien, por una vez, parecía no tener nada que decir, y desapareció por el estrecho pasillo.

«Dos contra uno», se dijo India, muy nerviosa; pero, como si el individuo que tenía enfrente adivinara sus intenciones, sacó un cuchillo de grandes dimensiones de entre sus ropas y se limitó a decir:

—Ni se le ocurra.

Justo entonces regresó el otro hombre con Sol, que no paraba de forcejear, entre sus brazos. Al verlo, lágrimas de miedo y frustración empezaron a resbalar por las mejillas de India.

—¡Suéltela! ¡No le haga daño! —gritó, histérica.

—Tranquila, si usted colabora no le haremos nada a la pequeña. Es una nena muy guapa, como su madre...

Su tono, odiosamente insinuante, hizo que se le revolviere el estómago y, medio enloquecida de terror, suplicó entre sollozos.

—¡Por favor, no le haga nada a mi hija! ¡Dígame qué es lo que quiere y déjennos en paz!

Al oírla, el hombre sonrió con crueldad; saltaba a la vista que estaba disfrutando.

—Por supuesto, preciosidad. Ahora que estamos todos reunidos ya puedo transmitirle mi mensaje. —Alargó el brazo y, sin que ella pudiera evitarlo, le metió un trozo de cartulina por el escote del camión—. Esta es la tarjeta de visita del hombre que me envía. Si no consigue reunir el dinero para pagar lo que le adeuda antes del próximo sábado, deberá ponerse en contacto con él en este número de teléfono. Si ese día antes de medianoche no ha pagado aún y mi jefe no ha recibido su llamada, volveremos a hacerles otra visita, pero me temo que, entonces, ya no seremos tan amables.

Se acercó a India, que lo observaba paralizada, y colocó la punta del dedo índice bajo el lóbulo de su oreja; muy despacio y con extrema delicadeza, deslizó el dedo sobre la suave piel hasta llegar al otro extremo de su garganta, en una amenaza que tenía poco de velada.

—En realidad, no me importaría volver a visitarla... y, la verdad, es que a su niña, tan mona, tampoco. —Le guiñó un ojo, al tiempo que sus labios se fruncían en una mueca cargada de maldad, y se apartó al fin.

Al instante, dio una nueva orden y, segundos después, se encontraban de nuevo las tres solas en el piso. India corrió hacia donde estaba su hija y la estrechó contra su pecho con todas sus fuerzas, sin poder contener ni un segundo más el temblor de su cuerpo, y cuando la Tata se acercó a ellas con las lágrimas corriendo por sus arrugadas mejillas, la incluyó también en el abrazo.

Al otro lado del Atlántico, Raff repasaba unos documentos en el enorme despacho de la planta setenta y dos de uno de los más exclusivos rascacielos de Manhattan cuando sonó su móvil. Fastidiado por la interrupción, miró la pantalla sin muchas ganas de cogerlo, pero, al ver el número de India, contestó en el acto.

—¡Qué sorpresa, India, *baby*!

Sonriente, se recostó sobre el respaldo de cuero de su cómodo asiento ergonómico, al tiempo que inclinaba la cabeza a uno y otro lado para desentumecer los músculos de su cuello.

—Ho... Hola, Raff. Espero... espero no molestarte. —La voz femenina sonaba vacilante, muy distinta del tono alegre y desenfadado que había empleado en otras ocasiones en las que él la había llamado.

—Tú nunca molestas, *baby*.

—Sí, bueno. Verás... —empezó a decir; pero, de repente, se quedó en silencio como si no supiera cómo continuar. A Raff le sorprendió que ni siquiera se molestara en regañarlo con buen humor, como solía, por haberla llamado *baby*.

Preocupado, tamborileó con las yemas de los dedos sobre la inmensa mesa de acero y cristal, repleta de papeles, y preguntó con urgencia:

—¿Qué ocurre, India? Sé que algo te preocupa, ¿qué es?

El americano notó la forma en que ella cogía aire y esperó, impaciente. A India le llevó unos cuantos segundos, pero al final respondió:

—Verás, Raff, sé que te va a sonar un poco extraño... —emitió una risa nerviosa que hizo que su interlocutor se pusiera aún más tenso de lo que ya estaba—. Quería saber... En realidad, me preguntaba si aún...

Raff la imaginó retorciendo, inquieta, uno de los mechones castaños y brillantes de su larga melena, como la había visto hacer a menudo.

—Suéltalo de una vez, India.

—¿Sigues queriendo casarte conmigo? —preguntó con brusquedad.

El silencio que siguió a sus palabras se hizo tan profundo que India se clavó los dientes en el dorso de la mano que tenía libre para evitar que se le escapara un sollozo mientras se aferraba al teléfono con todas sus fuerzas, hasta que su palma se empapó de sudor. Cuando un rato después Raff decidió romper su mutismo, evitó darle una respuesta directa.

—Creo que sale un vuelo a Madrid en unas horas. Mañana te llamaré para quedar a comer. —Sin esperar respuesta, colgó el teléfono y permaneció contemplando, abstraído, las impresionantes vistas del *skyline* de Manhattan enmarcadas por el gigantesco ventanal.

India se miró en el espejo por última vez y lanzó un suspiro. A pesar de que se había esmerado con el maquillaje, no había conseguido disimular del todo las sombras oscuras bajo sus ojos.

«Al menos ya no estoy pálida como una muerta», se dijo, con un ligero encogimiento de hombros.

Un poco más tarde se reunía con Raff en una terraza cerca de la Plaza Mayor donde, debido al calor, los vaporizadores de agua trabajaban sin descanso, creando un ambiente fresco y agradable. India le dio dos besos antes de sentarse y enseguida desvió la vista, aunque podía sentir sus pupilas penetrantes clavadas en ella.

—Qué... qué día tan agradable.

Recurrió al trillado tema del tiempo en un vano intento de sacudirse la sensación de incomodidad causada por el prolongado silencio del americano; pero, incapaz de continuar, empezó a retorcer un mechón de pelo alrededor de su dedo índice, cada vez más nerviosa.

Había sido un error, se dijo. No tenía que haber llamado a Raff. Era una locura pensar siquiera en

casarse con un hombre para escapar de otro. Sin embargo, sabía bien que no le quedaban más opciones. Después de lo ocurrido en su piso, había barajado la idea de acudir a la policía, pero Antonio de Zúñiga era demasiado poderoso y, además, ¿qué iba a decirles? ¿Que un hombre muy conocido y de encanto legendario había mandado a un par de matones para meterle el miedo en el cuerpo? Nadie la creería.

A India le hubiera gustado conservar su orgullo intacto, ya que era lo único que había conseguido salvar del desastre en que se había convertido su matrimonio. Durante años se había jurado a sí misma que jamás volvería a casarse; sin embargo, ahora la seguridad de las dos personas a las que más amaba en el mundo estaba en juego. La amenaza era demasiado real para ignorarla y, por muchas vueltas que le había dado, no había sido capaz de encontrar otra salida.

—Relájate, India. —Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que la voz profunda del americano le hizo dar un respingo.

Raff estiró el brazo y colocó su mano sobre la piel desnuda de su muslo, tratando de tranquilizarla y, de pronto, India cayó en la cuenta de que si se casaba con aquel hombre, aquellas manos, grandes y cálidas, no se limitarían a acariciarla en un lugar tan inocente. Al pensar en ello, notó que enrojecía hasta tal punto que supo que ni siquiera la capa de maquillaje que se había aplicado a conciencia antes de salir de su casa sería capaz de ocultarlo. Alterada por aquel leve contacto, apartó la pierna con brusquedad y, de nuevo, notó sus desconcertantes iris azules fijos en ella, como si pudieran leer hasta el último pensamiento que pasaba por su cabeza.

—Dime qué es lo que ha ocurrido para que, de pronto, hayas decidido que quieres casarte conmigo.

Aquella demanda, tan directa, hacía imposible escurrir el bulto, así que India inspiró despacio unas cuantas veces hasta que disminuyó el ardor de sus mejillas y, con una voz sin inflexiones, empezó a relatarle lo ocurrido hacía apenas dos días.

—Sé bien que no es tu problema, Raff —afirmó una vez que terminó de contar la historia, sin dejar de retorcer con el dedo uno de sus oscuros mechones—. Pero estoy muy asustada y no tengo a nadie más a quien recurrir.

Al ver que él no decía nada, India, sin atreverse a mirarlo a los ojos, añadió a toda prisa:

—Esta noche he estado dándole muchas vueltas. Si quieres que te sea sincera, en realidad no he pegado ojo —trató de sonar animada, pero fracasó miserablemente—. Mientras luchaba contra el insomnio se me ha ocurrido que, en realidad, no tenemos por qué casarnos. Quizá podrías hacerme un préstamo. Sé que es mucho dinero, pero te juro que te pagaré la mayor parte de mi sueldo todos los meses. Desde tu fiesta estoy muy solicitada, me llueven los encargos, podría...

—Basta, India —la interrumpió con tal brusquedad que ella alzó la vista y lo miró, sorprendida.

En aquel semblante de rasgos duros no quedaba ni rastro del simpático grandullón en el que había aprendido a confiar. La persona que tenía enfrente era el mismo hombre inflexible que, durante unos pocos segundos, había atisbado durante su primer encuentro; un hombre que había pasado de la pobreza a la abundancia a base de esfuerzo y trabajo duro; alguien que no se detendría ante nada con tal de lograr sus propósitos. De pronto, se dio cuenta de que, salvando las distancias, Raff Connor y Antonio de Zúñiga tenían mucho en común, y aquel pensamiento la hizo estremecer; sin embargo, hizo un esfuerzo y trató de serenarse.

—Te recuerdo que, antes que nada, soy un hombre de negocios y que he llegado hasta donde he llegado sopesando la relación riesgo-ganancia en todas las transacciones que realizo. Te lo voy a

decir sin rodeos, India: lo que me propones es una mala inversión.

Esas palabras, pronunciadas en aquel tono frío y razonable, echaron por tierra sus últimas esperanzas y, sin poder evitarlo, India sintió que la desesperación se apoderaba de ella, pero Raff seguía hablando y se obligó a escucharlo:

—Quiero una esposa a cambio de mi dinero. —A Raff no se le escapó el respingo que dio al escucharlo—. Sé que no te gusta cómo suena esto, pero si lo miras como una inversión de negocios no tiene nada de extraño; ambos tenemos algo que el otro necesita, podríamos decir que es un intercambio de activos.

—Y ese... ese negocio que propones, ¿sería... sería un matrimonio... normal? —balbuceó con voz débil, sin poder evitar que una nueva oleada de sangre inundara sus mejillas.

Raff extendió el brazo una vez más, agarró una de las manos femeninas y la estrechó con fuerza notando su temblor.

—Absoluta y completamente normal. Como ya te dije, me gustaría tener hijos. He tardado mucho en tomar la decisión de casarme; pero, ahora que por fin estoy decidido a dar el paso pretendo que sea para siempre. Así que dime, India: ¿te casarás conmigo con todas las consecuencias?

Durante unos segundos que se le antojaron interminables, India se perdió en aquella intensa mirada azul que parecía traspasarla, hasta que, finalmente, incapaz de pronunciar la palabra en alto, asintió con la cabeza. Entonces, le pareció distinguir un revoltijo de emociones en las rudas facciones masculinas: triunfo, deseo, alegría, pasión... y su estómago se retorció de forma extraña. Pero, casi al instante, el rostro del americano recobró la impassibilidad que le era habitual y, una vez más, la joven dudó de sus propias percepciones.

—Estoy feliz, India, *baby* —afirmó con una amplia sonrisa que dejaba ver sus dientes perfectos—. Creo que deberíamos sellar nuestro acuerdo con un beso. Ya sabes, para irnos acostumbrando.

Y sin que el hecho de estar rodeados de gente por todas partes pareciera importarle lo más mínimo, la alzó de la silla sin aparente esfuerzo y la colocó sentada de lado sobre su regazo.

—Raff, ¿qué haces? Para, por favor. —La expresión de aquellos iris azules no resultaba nada tranquilizadora y, al verla, India notó que se le aceleraba la respiración.

—Es solo un beso, *baby*...

Y sin más explicaciones, enredó los largos dedos en los cabellos de su nuca mientras sujetaba su barbilla con la otra mano. Alzó su rostro sonrojado hacia él, y sus labios se abalanzaron sobre la boca femenina con una voracidad que hablaba de un hambre reprimida durante demasiado tiempo.

Ante aquel inesperado ataque, India se resistió y trató de rechazarlo empujando las palmas de sus manos contra aquel pecho imponente una, dos veces... Sin embargo, no consiguió causar la menor impresión y, menos de un segundo después, ni siquiera lograba recordar por qué luchaba. De pronto, no existía nada más en el mundo que aquellos labios que se apretaban contra los suyos, duros y tiernos, hábiles y juguetones, ardientes y enloquecedores; no había más que esos fuertes brazos que se cerraban en torno a ella como una exquisita prisión; no era capaz de sentir más allá de un ardiente deseo que no había experimentado desde hacía años... Sin poder resistirse, abrió la boca para acomodar a aquella lengua, insistente y provocativa, que estaba desencadenando un terremoto en su interior de dimensiones épicas y se aferró a la nuca masculina para atraerlo aún más hacia sí.

Todo acabó de un modo tan repentino como había comenzado; el beso cesó y ella no pudo reprimir un gruñido de protesta. Todavía tardó un rato en procesar que los silbidos y aplausos que escuchaba a su alrededor iban dirigidos a ellos.

De golpe, abrió los párpados que había mantenido cerrados hasta entonces y, completamente abochornada, clavó sus grandes ojos color caramelo en aquel rostro atractivo —aún muy cerca del suyo— que exhibía una expresión divertida y una luz en sus pupilas que la llenó de desazón.

Con ella aún en brazos, Raff se puso en pie, flexionó la rodilla en una especie de reverencia y anunció con una enorme sonrisa:

—¡Por fin ha dicho que se casará conmigo!

Más vítores y aplausos del resto de los ocupantes de la terraza. Raff pidió la cuenta y el camarero les invitó a los cafés para celebrar el compromiso. Después, se alejaron caminando calle abajo en dirección al hotel, sin que India fuera capaz de reunir el valor necesario para mirarlo ni una sola vez.

Al llegar a la Plaza de las Cortes, anunció con los ojos bajos:

—Voy a coger el metro, ya... ya nos veremos.

Raff colocó el índice bajo su barbilla y la obligó a alzar el rostro hacia él, por lo que no le quedó más remedio que levantar la vista.

—¿Ya nos veremos? Ese no es modo de despedirse de un hombre que acaba de aceptar, amablemente, tu proposición de matrimonio. —Sus ojos chisporroteaban llenos de diversión mientras observaba sus mejillas encendidas—. Además, aún tenemos que aclarar algunos detalles. Vamos, te llevo a tu casa, así le damos la noticia a Sol y a la Tata.

—Si... si no te importa, Raff, prefiero decírselo yo sola cuando me haya calmado un poco.

El entusiasmo se borró de golpe del semblante de su futuro esposo, quien la examinó con detenimiento antes de responder, muy serio:

—Tienes razón, quizá será mejor que les expliques tú antes las cosas.

Demasiado ensimismada en su propia turbación para percatarse de nada más, India se llevó las manos a su rostro ardiente.

—¡Dios mío! ¡Me siento como un semáforo!

Al oír su exclamación, Raff recuperó su talante habitual.

—O como la muleta de un torero —ofreció, solícito.

—Es que besas de una manera... —A India se le escaparon las palabras, antes siquiera de saber lo que iba a decir, y su azoramiento alcanzó cotas desconocidas hasta entonces.

—Confieso que he practicado un poco. —Sus labios dibujaron su característica mueca jactanciosa que, en esa ocasión, a ella no le hizo tanta gracia y luego añadió—: Ahora estás color langosta; langosta recién hervida —precisó, muy serio.

India trató de no prestar atención a ese último comentario y prosiguió con sus elucubraciones, incapaz de dejar de darle vueltas a la tumultuosa tormenta de emociones que había estallado en su interior en las dos ocasiones en que la había besado aquel hombre. La primera vez que ocurrió, había achacado su confusión a un exceso de alcohol en sangre, pero, esta vez, era imposible echarle la culpa a las copas; tan solo había bebido una caña.

—Sí, debe ser eso —comentó, al fin, como si respondiera a una pregunta no formulada—. Mi falta de práctica. Está claro que hacía demasiado tiempo que no me besaba nadie.

—Antonio de Zúñiga te besó...

—Me refiero a un hombre al que no odie con toda mi alma —puntualizó India, impaciente.

—¿No ha habido ninguno después de tu marido? —preguntó Raff con mal disimulada curiosidad.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—He estado demasiado ocupada trabajando y cuidando de mi hija. Además, el día en que enterré a

Alvaro juré que no volvería a casarme. Está claro que soy una mujer de palabra. —No pudo evitar un gesto de desolación ante las ironías de la vida.

Al verlo, Raff no pudo resistirlo más y la estrechó contra su pecho en uno de aquellos abrazos asfixiantes que comenzaban a convertirse en una agradable costumbre.

—Deja de preocuparte, India, *baby*. Ya verás como nuestro matrimonio resulta un éxito.

—¿Que vas a qué?! —India separó el auricular de su oreja; el grito de Candela casi la deja sorda.

—Me caso en dos semanas, Cande —repitió con paciencia.

—Voy para allá —fue la única respuesta de su amiga antes de colgar.

Media hora después, el timbre de la puerta sonaba, insistente. Nada más abrir, Candela, con los pelos más de punta que nunca, se coló en el interior sin ni siquiera dar los buenos días.

—¿Puede saberse qué está pasando? ¿Has perdido la cabeza?

India se llevó un dedo a los labios.

—¡Shh, calla! Espera a que se vayan Sol y la Tata a la compra.

En ese momento, salieron las aludidas de la cocina. Su hija arrastraba el carrito vacío con entusiasmo golpeándolo, una y otra vez, contra las paredes del estrecho pasillo.

—Tata, Cande se queda a comer —anunció India sin ni siquiera preguntar a la interesada. Sabía que Candela, acostumbrada a alimentarse a base de sándwiches por el día y alguna ensalada por la noche, no dejaría escapar la oportunidad de comer uno de los deliciosos guisos caseros de la Tata.

Cuando al fin se quedaron a solas, se sentaron en el sofá del salón y empezaron las explicaciones.

—Dijiste que nunca volverías a casarte. —Candela la miró, acusadora.

—Caramba, Candela, ¿quieres que te recuerde las veces que has repetido que no volverías a cometer los mismos errores con el siguiente tipo que conocieras y luego te has comido tus palabras con patatas? —Irritada, le recordó a su amiga su comportamiento más que voluble.

—No tiene nada que ver. En mí eso es normal, pero tú eres diferente. —Gesticulaba mucho con las manos al hablar, algo que hacía siempre que estaba nerviosa.

—Está claro que no tan diferente.

La pelirroja la examinó con atención antes de preguntar a bocajarro:

—¿Estás enamorada de él?

India se removió, incómoda, en el sillón.

—Me conoces demasiado bien, Cande. A ti no te voy a mentir. Es un matrimonio de conveniencia.

—Al ver la cara estupefacta de su amiga, India supo que tendría que contarle toda la historia—. Verás...

Durante la siguiente media hora la puso al día de todo lo ocurrido con Antonio de Zúñiga, le contó la irrupción de los dos matones en el piso y le reveló, por fin, la cuantía real de la deuda que mantenía con el marqués. Por una vez en su vida, Candela no la interrumpía a cada rato, sino que la escuchaba, boquiabierta, con una expresión horrorizada en sus grandes ojos grises.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó cuando India terminó su explicación.

—No quería agobiarte con mis problemas. No había nada que pudieras hacer. —India se encogió de hombros ligeramente.

Al oírla su interlocutora alzó los ojos al cielo, exasperada; sin embargo, se limitó a hacerle una nueva pregunta:

—¿Qué va a ocurrir con Antonio de Zúñiga?

—Raff me dijo que no me preocupara, que él se encargaría de todo. —Volvió a encogerse de hombros, como si no supiera qué pensar al respecto—. No sé, hay algo en Raff Connor que te hace confiar en que podrá enfrentarse a lo que se tercie y solucionarlo. A lo mejor es por su tamaño extragrande...

—¿Se lo contaste al Mataperros? —Candela interrumpió, impaciente, aquellas reflexiones inútiles y a India no se le escapó el destello de celos que brilló durante un segundo en sus pupilas.

—No, Lucas tampoco sabe nada. Ya sabes que se gana la vida bien, pero no tiene la clase de dinero que yo necesitaba para saldar mi deuda.

—Me gustaría coger al imbécil de Álvaro por banda y sacudirlo hasta que se le descolocaran todos los dientes —declaró la pelirroja con ferocidad.

India le pasó el brazo por encima de los hombros para tranquilizarla.

—Deja a Álvaro tranquilo, lo único que puedo sentir ya por él es lástima por la manera estúpida en que desperdició su vida.

Al oírla, Candela volvió la cabeza hacia ella y preguntó con los ojos clavados en su rostro:

—¿Y qué es lo que sientes por Raff Connor?

India se quedó pensativa; aquello era algo sobre lo que, en los últimos días, había reflexionado mucho.

—Raff es un amigo, un buen amigo —empezó a decir despacio, como si quisiera dar voz a sus pensamientos más íntimos con la mayor precisión—. Es un hombre divertido y a su lado me siento segura. No sé si una mujer tan independiente como tú podrá entenderlo, pero en los últimos años me he visto tan superada por los acontecimientos que es algo que agradezco profundamente. Te mentiría si te dijera que no me asusta el futuro, pero procuro apartar esos pensamientos de mi cabeza. Ahora lo único que puedo hacer, si no quiero volverme loca, es vivir al día y enfrentarme a lo que vaya surgiendo en cada momento.

—Pero apenas lo conoces. —A la pelirroja no le gustaba hacer de Pepito Grillo, pero no le quedaba más remedio; al fin y al cabo, India era su mejor amiga.

—Tienes razón, Cande. Lo poco que sé de él es que es un hombre con un exagerado sentido del humor, pero también tiene un lado inflexible y despiadado (algo inevitable en un hombre hecho a sí mismo, supongo) que, aunque no asoma a menudo, soy consciente de que está ahí. No voy engañada a este nuevo matrimonio, pero por más que pienso no encuentro otra solución.

Permanecieron un rato sin decir nada, cada una dándole vueltas a lo que rondaba en su cabeza, hasta que Candela rompió el silencio.

—Bueno, al menos hay una cosa que me tranquiliza en todo este disparatado asunto.

India hizo un esfuerzo para escapar de sus negros pensamientos y la miró con curiosidad.

—Tengo la sensación de que tu atractivo gigante está colado por ti.

Al oírla, India no pudo evitar lanzar una carcajada y, sacudiendo la cabeza con indulgencia, afirmó:

—De verdad, Cande, eres una romántica incorregible.

Capítulo 9

India apenas vio a Raff durante las siguientes dos semanas. A su exjefe se le había acumulado el trabajo después de sus tres meses sabáticos y casi no paraba en Madrid. Sin embargo, la llamaba todos los días, aunque esos pocos minutos que pasaban charlando amigablemente no bastaban para acallar sus crecientes temores.

A pesar de lo ocupado que estaba, Raff había insistido en que él se ocuparía de todos los preparativos de la boda y no había querido darle ningún detalle —aunque, para su alivio, le aclaró que sería una ceremonia íntima en una finca lejos de Madrid—, tan solo le había pedido que le dijera a quién deseaba invitar. India lo tenía muy claro. Cuando se casó con Álvaro los invitados abarrotaban el interior de la iglesia de los Jerónimos, pero en esta ocasión los únicos presentes serían su hija, la Tata, Lucas, Candela y Marcus, el mejor amigo de Raff, que volaría desde Idaho. Había elegido para la ocasión un vestido sencillo de color marfil, fresco y apropiado para una boda en el campo, y su hija llevaría otro confeccionado con la misma tela vaporosa y un discreto adorno floral en el pelo. También había acompañado a la Tata de tiendas para que eligiera el elegante traje de chaqueta azul marino que se empeñó en comprar, a pesar de que India le aseguró que iba a asarse de calor.

Una de las cosas que más había sorprendido a India era la forma en que la Tata se había tomado la noticia; desde luego, lo último que había esperado era que su entusiasmo casi sobrepasara el de Sol. Sobre todo porque nunca había sentido mucha devoción por su anterior marido, algo que ella había achacado siempre a los celos. Sin embargo, ahora no paraba de hablar de los sabrosos platos que iba a preparar para el querido *mister* Connor. Era tal su entusiasmo, que en un momento dado India ya no pudo contenerse y le espetó:

—No te entiendo, Tata. A Álvaro no lo aguantabas y, sin embargo, solo te falta ponerte a hacer reverencias cuando hablas de «el querido *mister* Connor», aunque casi no lo conoces de nada.

Ella le dirigió una mirada condescendiente:

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, y no hay que ser muy listo para darse cuenta de que *mister* Connor es un hombre de verdad.

Su respuesta, sin saber por qué, la molestó.

—¿Quieres decir con eso que Álvaro no lo era?

La Tata resopló con desdén.

—Tu marido era como un cachorrito simpático, muy mo-no si quieres jugar un rato, pero inútil para guardar la casa.

Aquella descripción, que en el fondo sabía que era de lo más acertada, la irritó aún más.

—Así que consideras que Raff tiene pinta de ser un buen perro guardián. Está claro que su tamaño te ha deslumbrado, Tata —replicó, sarcástica.

Los ojos pequeños y oscuros de aquella mujer que la había cuidado desde que nació y que conocía hasta el último pliegue de su alma se entrecerraron al mirarla.

—Como de costumbre, eres incapaz de ver lo que tienes justo delante de tus narices.

Y con esa respuesta tan críptica, se dio media vuelta y se alejó en dirección a la cocina, mientras India, mosqueada, permanecía de pie en el mismo lugar tratando en vano de descifrar qué habría querido decir con eso.

El mismo día de la boda, Raff fue a recogerlas temprano en el todoterreno que había alquilado y, en un periquete, cargó el equipaje en el maletero y las hizo subir al coche. India, sentada a su lado en el asiento del copiloto, miraba ensimismada la carretera, sin dejar de retorcer entre sus dedos el largo collar de cuentas que se había puesto esa mañana.

—Te veo nerviosa, India, *baby*.

Ella regresó de donde quisiera que la hubieran llevado sus alborotados pensamientos dando un respingo.

—¿Nerviosa? Qué va, al fin y al cabo, no es la primera vez que me caso... —Se detuvo abruptamente, abochornada por la forma en que sus no-nervios la habían traicionado.

—También se casó con mi padre —aclaró Sol con amabilidad desde la parte trasera del vehículo—. Yo también me casaré muchas veces cuando sea mayor. Los vestidos son muy chulos.

Muerta de vergüenza, su madre se cubrió con las palmas de sus manos las mejillas encendidas.

—¿Dónde está Herodes cuando se le necesita? —masculló entre dientes.

Raff desvió un segundo la vista de la carretera y la miró, divertido, antes de dirigir sus ojos hacia el retrovisor para responder a Sol.

—Me temo que no dejaré que tu madre se case con nadie más. Soy un hombre muy celoso.

Los grandes ojos azules de la niña le devolvieron la mirada a través del espejo.

—¿Como el sultán del cuento que me contaste el otro día?

—Justo como él.

—¿Y también la encerrarás en una torre para que no escape? —Raff siempre abría ante ella un fascinante mundo de posibilidades.

—Creo que más bien lo haré en mi dormitorio...

Solo India oyó aquellas palabras, pronunciadas en voz muy baja, y volvió la cabeza hacia él en el acto, alarmada. Al ver su expresión, el americano soltó una estruendosa carcajada.

—Solo era una broma, *baby*. —Y le guiñó un ojo con picardía.

Sin embargo, su disculpa no logró tranquilizarla en absoluto y, cada vez más inquieta, decidió que había llegado el momento de cambiar de tema.

—Me gustaría saber a dónde vamos, Raff.

—Vamos a... —El americano nombró un pueblecito en la provincia de Badajoz.

A ella se le iluminaron los ojos al oírlo y, de pronto, se olvidó de sus preocupaciones.

—¡Qué casualidad! La finca de mi padre, en la que pasé las mejores vacaciones de mi vida, está justo al lado.

Durante el resto del camino, India les contó anécdotas de aquellos veranos que había pasado en la finca en compañía de Lucas y Candela y, entre estas y los comentarios socarrones que de vez en cuando hacía la Tata a mayor abundamiento, las risas resonaron sin cesar dentro del coche.

Sin embargo, a medida que se acercaban a su destino, las ganas de hablar de India fueron decayendo, así que se concentró en admirar aquel paisaje amado que la transportaba a una época llena de felicidad. Solo rompió su silencio cuando Raff se desvió por un estrecho camino sin asfaltar

bordeado de jaras.

—¡Raff, por aquí se va a mi finca! Bueno, a la finca que fue nuestra.

—Lo sé, India, *baby*. Candela me comentó que siempre habías soñado con casarte en la capilla de esta casa y quería darte una sorpresa.

India abrió la boca para decir algo, pero fue incapaz. De pronto, se sentía desbordada por una intensa emoción y los ojos se le llenaron de lágrimas que luchó por reprimir. A él no se le escapó el brillo húmedo de sus iris castaños ni los esfuerzos que hacía para contenerse y, con una mirada cargada de ternura, añadió:

—No irás a llorar, ¿verdad, *baby*?

Ella sorbió ruidosamente y sus labios temblaron al contestar.

—No, no voy a llorar. —Se soltó el cinturón y, sin más, se abalanzó sobre él, se abrazó a su cuello, sin que le importara lo más mínimo que estuviera conduciendo, y depositó un beso ligero en aquella boca firme y decidida—. ¡Muchas gracias, Raff! Es una sorpresa fantástica.

Al sentir aquel beso —que era el primero que ella le daba de forma espontánea—, Raff se emocionó también y cambió de asunto, para disimular.

—Por cierto, India, *baby*, me temo que debo recordarte una de las reglas de tu manual de urbanidad. —Todavía aturdida por la impresión de aquel inesperado regalo, India lo miró sin comprender—. ¡No se sorbe!

Su dedo índice la apuntó, amenazador, y ella lanzó una carcajada.

—Tienes razón, Raff. Es de muy mala educación. —Agradecida, acarició su muslo arriba y abajo sin notar la repentina tensión que se apoderó de él.

—¡Ya hemos llegado!

Con suavidad, el americano apartó aquella mano indiscreta y soltó un suspiro de alivio, sin que India, demasiado ocupada admirando la preciosa casa de piedra a la que no había vuelto desde hacía años, se percatara de nada. Sin esperar a que el coche se hubiera detenido del todo abrió la puerta, impaciente y excitada.

—¡Todo parece estar como siempre! No sabía que la alquilaban para bodas. —Aspiró con deleite el aroma de los jazmines que trepaban por la fachada de piedra.

Raff bajó del coche y rodeó su estrecha cintura con su brazo.

—En realidad hace años que está deshabitada. El propietario me ha hecho un favor al prestármela durante unos días. He contratado un equipo de limpieza para hacerle un lavado de cara, pero ya te darás cuenta de que hay muchas cosas que necesitan reparación. Tu antigua habitación está lista, la Tata me dijo cuál de ellas era. Allí dormiré Sol y tú puedes vestirte en ella, ya sabes que da mala suerte que el novio te vea antes de la ceremonia.

Raff se detuvo ahí y, sofocada, India se dijo que, seguramente, aquella noche ambos compartirían el inmenso dormitorio que siempre había ocupado su padre. Para disimular su turbación se dirigió a su hija con fingido entusiasmo:

—¡Vamos a explorar, Sol! Tú solo eras un bebé la última vez que estuviste en esta casa.

Por el rabillo del ojo, India vio que la Tata ya se había hecho su composición de lugar y empezaba a dar órdenes a diestro y siniestro a las dos mujeres, contratadas para la ocasión, que habían salido a recibirlos.

India, sin soltar la mano de su hija, recorrió todas las estancias de la hermosa vivienda mientras le contaba algunos de los episodios que tuvieron lugar entre aquellas paredes cuando era niña. Como

había dicho Raff, se notaba que hacía tiempo que nadie vivía en ella; había huellas de goteras en los techos y muchas habitaciones necesitaban una buena mano de pintura. Sin embargo, todo estaba escrupulosamente limpio y allí seguían la mayor parte de los muebles que India se había visto obligada a malvender junto con todo lo demás.

Lo único que le había pedido Raff era que no se asomara al jardín situado frente a la fachada posterior, pues era allí donde se celebraría el banquete de bodas y quería mantener el misterio; así que decidieron comer en el patio empedrado, lleno de plantas y flores, cuya rumorosa fuente de mármol añadía un toque de frescor muy necesario a aquellas alturas del verano.

Casi habían terminado cuando se oyeron voces, y Candela, Lucas y Marcus aparecieron en el patio. Al verlos, Sol se levantó en el acto de la mesa y corrió a recibirlos con un abrazo. India la imitó, muy contenta de que hubieran llegado por fin; de pronto, se dio cuenta de que el apoyo de sus dos mejores amigos era justo lo que necesitaba en esos momentos. Raff se apresuró también a dar la bienvenida a su amigo Marcus, un tipo casi tan grande como él, pero de pelo muy rubio, con una de esas estremecedoras palmadas en la espalda que solían intercambiar.

—¿Queréis comer algo?

—No te preocupes, ya hemos comido. Aunque sí que me tomaría un café con hielo —respondió Candela.

—Idem —dijo Lucas, al que no le gustaba gastar más saliva de la necesaria. La pelirroja puso los ojos en blanco.

—Qué viajecito me ha dado, menos mal que venía Marcus con nosotros...

—¿Ya te has peleado otra vez con tío Lucas? —Para Sol, las peleas de aquellos dos eran una fuente continua de diversión.

—No sabes lo que es hacer un viaje con él, cualquiera diría que cada palabra le cuesta dinero —se quejó Candela, al tiempo que se comía un bombón que había sobre la mesa—. Busca un sinónimo de la palabra «seta» en el diccionario y seguro que aparece su nombre.

—¿Me estás llamando aburrido?

La pelirroja alzó su pequeña nariz salpicada de pecas, retadora.

—Pues sí.

—Ya me parecía a mí. —Lucas tomó asiento en una de las sillas sin inmutarse, lo cual, como de costumbre, le fastidió aún más.

—¿Veis lo que os digo? —Candela se volvió hacia el resto con cara de mártir.

—Para qué voy a hablar si ya lo dices tú todo. Seguro que al pobre Marcus le duele la cabeza... —Le dirigió una mirada perezosa por entre sus párpados entrecerrados.

El gigante rubio se apresuró a negar aquella afirmación con unas palabras galantes, pero Candela lo ignoró por completo y se encaró con Lucas, una vez más, con sus grandes ojos grises despidiendo chispas de indignación.

—¿Me estás acusando de ser una charlatana insoportable?

Lucas se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

—Niños, hoy está prohibido pelearse. —India alzó las palmas de las manos como si se dispusiera a repartir bendiciones y cambió de tema—. Dime, Cande, ¿has sido tú la que te has encargado de todo esto?

—Frío, frío —su amiga le lanzó al americano una mirada cómplice—. Yo solo le he dado alguna

que otra idea a Raff de cómo te gustaría que fuera tu boda, pero ha sido él el que lo ha organizado todo. Estoy segura de que te va a encantar.

India se volvió hacia su jefe, que seguía la conversación con una sonrisa de complacencia.

—Estoy tan sorprendida... —La expresión de sus rasgados ojos castaños era tierna y agradecida.

Él agarró su mano y le dio un apretón afectuoso.

—Y eso que aún no lo has visto todo, *baby*.

Después de la sobremesa cada uno se retiró a su habitación, a fin de evitar las horas de más bochorno y dormir una pequeña siesta.

Algunas horas más tarde, alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

—¿Puedo pasar?

La voz de la Tata sonó dubitativa al otro lado, así que India se apresuró a abrir. La mujer volvió a cerrar la puerta a sus espaldas y permaneció contemplándola, con sus pequeños ojos oscuros húmedos y brillantes de emoción.

—Estás preciosa. Eres el vivo retrato de tu madre —comentó con voz temblorosa.

Al oír aquellas palabras, India se vio obligada a parpadear un par de veces para contener las lágrimas.

—Gracias, Tata —respondió con voz empañada.

—Si tus padres nos están mirando en este momento, sé que se sentirán muy orgullosos de ti...

Incapaz de resistirlo más, India se abalanzó sobre la generosa mujer que la había cuidado igual que una madre desde el día en que nació, y las dos se fundieron en un estrecho abrazo.

—No llores, niña, no llores o se te estropeará el maquillaje. —Pero en realidad era la Tata la que más lloraba.

En ese momento, unos nudillos repiquetearon de nuevo contra la madera de la puerta; al oírlo, la Tata se apartó de India en el acto y se secó las mejillas con un enorme pañuelo blanco mientras trataba de recobrar la compostura.

—Pasa, Cande —India se dirigió hacia el antiguo tocador de caoba para retocar la máscara de pestañas que se le había corrido con las lágrimas, sin dejar de hipar.

Al ver aquello, su amiga ordenó:

—¡Quieta! ¡Arriba las manos! Sabía que esto iba a pasar y creo que he llegado justo a tiempo. —Rebosante de satisfacción ante su previsión, le tendió un tubo de rímel y aclaró—: Es *waterproof*, algo fundamental conociéndote como te conozco.

Con una lacrimosa carcajada, India tomó el envase y aplicó una generosa capa de la nueva máscara a sus pestañas. Cuando terminó se enderezó y se volvió hacia Candela, que contemplaba su reflejo en el espejo de pie a su lado y llena de emoción le dijo:

—Gracias, Cande, por estar siempre ahí cuando te he necesitado; en los buenos y en los malos tiempos; por brindarme tu alegría, por animarme, por regañarme cuando era necesario... Gracias por ser mi amiga.

—¡Menos mal... que yo... también... la he usado! —balbuceó Candela antes de abrazarse a su amiga con todas sus fuerzas y empezar a llorar a su vez.

Estuvieron unos minutos así, la una en brazos de la otra, sacudidas por sollozos desgarradores, hasta que India notó unos tirones impacientes en la tela de su vestido y escuchó una vocecilla aguda:

—Pero ¿por qué lloráis? ¿Estáis tristes porque mamá se ca... casa con Raff? No quiero... que... que lloréis.

Al ver el desconcierto y la tristeza más absoluta reflejados en el empapado rostro de su hija, India fue incapaz de reprimir una nueva y trémula carcajada y, sin importarle lo más mínimo que se le pudiera arrugar el vestido, se agachó junto a ella para incluirla en el abrazo.

—Por supuesto que no, mi vida. Lo que pasa es que las amigas siempre se abrazan y lloran en las bodas, es una tradición milenaria.

Al oír aquella explicación, Sol recuperó la alegría en el acto y nadie hubiera dicho que, apenas unos segundos antes, había estado llorando con desconsuelo.

—Qué suerte tienen las niñas pequeñas de tener una piel perfecta sin necesidad de cosméticos —suspiró Candela mientras retocaba su maquillaje. Cuando estuvo satisfecha con el resultado, se volvió hacia las demás con expresión severa y las amenazó con el dedo índice—. Llorar queda terminantemente prohibido hasta nueva orden, ¿entendido?

Y todas las presentes asintieron con solemnidad.

India entró en la pequeña y acogedora capilla apoyada en el brazo de Lucas. Estaba tan nerviosa que, si no hubiera sido por aquel brazo vigoroso estaba segura de que hubiera tropezado y se habría caído al suelo. Como en un sueño, escuchó el *Lohengrin* de Wagner interpretado por violines mientras recorría los pocos metros que la separaban del altar.

Apenas había pensado en qué consistiría la ceremonia. Al principio creyó que se limitarían a cumplir las formalidades legales en la fría sala de algún ayuntamiento y después, a pesar de que al llegar a la finca Raff había mencionado la capilla, no le había dado más vueltas. Sin embargo, lo último que esperaba era ver el oratorio de la finca como lo había imaginado mil veces en sus sueños de niña.

Siempre había fantaseado con que se casaría en ese mismo lugar; que la capilla estaría adornada exactamente así, con una casi agobiante profusión de margaritas, sus flores preferidas; que la música de los violines lo inundaría todo; que el sacerdote esperaría su llegada subido sobre el único escalón del altar y, por un instante, se preguntó si no estaría soñando realmente. Pero, entonces, cayó en la cuenta de que el brazo en el que se apoyaba no era el de su adorado padre y de que el gigantesco hombre que la aguardaba, muy serio, frente al altar, con su elegante chaqué oscuro y el chaleco color arena clara, era muy real y no el impreciso príncipe azul de sus sueños.

Y al avanzar hacia él por el estrecho pasillo, ya solo fue consciente de aquellos impresionantes ojos azules clavados en ella con una intensidad hipnótica, y de la enorme mano que salía al encuentro de la suya, helada y temblorosa, y la envolvía en un cálido apretón.

India casi no se enteró de nada durante el resto de la ceremonia. Contestó a las preguntas del sacerdote como si estuviera en trance, apenas consciente de lo que hacía. El recuerdo de otra ceremonia con otro protagonista se abrió paso con la intensidad de un fogonazo en su cerebro; en aquella ocasión no había dejado de sonreír, feliz de saber que se casaba con el que pensaba que era el hombre de su vida. Esta vez, en cambio, sus labios temblaban, su voz surgía apenas audible de su garganta, y era presa de una agitación evidente.

Cuando terminó la ceremonia y empezaron las primeras notas de *La llegada de la Reina de Saba* de Haendel, Raff puso las manos sobre sus hombros y, en un tono cargado de emoción, susurró:

—Sé que no es una costumbre española, pero en mi país, en este preciso momento, el sacerdote dice: «Puede besar a la novia».

Sin más explicaciones, inclinó la cabeza y depositó en sus labios un beso rebosante de ternura. India cerró los ojos, desfallecida, pero no respondió a la caricia. Por fin, Raff alzó la cabeza, fijó sus ojos penetrantes en su pálido rostro y, en silencio, rodeó su cintura con un brazo y la acompañó hacia la salida.

En el jardín, en el que apenas se había fijado cuando se dirigía hacia la capilla, había una sola mesa para los invitados vestida con un elegante mantel bordado que India reconoció en el acto como uno de los que su padre utilizaba en las grandes ocasiones, y la vajilla y la cristalería que habían pertenecido a una de sus bisabuelas. India se acercó a la mesa y recorrió con el pulgar el borde de uno de los platos de delicada porcelana de Meissen antes de volverse hacia su flamante esposo y preguntar, maravillada:

—¿Cómo has podido recuperar estas cosas? Hace años que las vendí.

Raff se encogió de hombros y se rascó la nariz con una mano, perfecto en su papel de grandullón inocente.

—Creo que le cogí el gustillo a la caza de tesoros cuando estuvimos en Nueva York.

El grito de deleite de su hija Sol que corría, excitada, hacia la pérgola de hierro que cubría la mesa la hizo desviar su atención del americano y, estupefacta, reparó en las guirnaldas fabricadas con gominolas y nubes de fresa que decoraban toda la estructura.

Muda de asombro, miró a su amiga Candela —la única a la que, a la tierna edad de diez años, le había contado que el día de su boda decorarían el jardín con golosinas de todo tipo—, que le devolvió la mirada sonriente; sin embargo, hizo un gesto con la barbilla en dirección a su marido, así que India se volvió una vez más hacia él.

—¡Oh, Raff! —fue lo único que logró pronunciar con la voz tomada.

—Tranquila, *baby*, que aún no han acabado las sorpresas. —Muy sonriente, le tendió una sencilla carpeta de cartón decorada con un enorme lazo rojo—. Es mi regalo de boda, ábrela.

Obediente, ella soltó el lazo y retiró las gomas que la mantenían cerrada. En el interior había un grueso fajo de documentos amarilleados por los años. India cogió la primera hoja y tuvo que leer varias veces antes de captar el significado de aquella anticuada caligrafía.

—Es... —La voz le salió como un graznido y se vio obligada a carraspear un par de veces—. Es el título de propiedad de la finca Dehesa del Molino. No entiendo...

India miró la carpeta y luego lo miró a él, confundida.

—Es tuya, *baby*.

Los labios de India temblaron y, sin poder contenerse un segundo más, dio un paso hacia adelante y rodeó la cintura de su marido con los brazos, apretó la mejilla contra su pecho y empezó a llorar con violentos sollozos.

Raff la apretó a su vez contra sí, afligido, y le dijo:

—No llores, India, *baby*. Ni siquiera he empezado con los malos tratos todavía.

Una carcajada ahogada seguida de varios hipidos le indicó que, a pesar de su llanto desconsolado, India no había perdido del todo el sentido del humor.

—Es inútil, Raff, nada de lo que digas podrá detenerla hasta que libere todo el líquido que lleva dentro. India siempre ha sido una llorona empedernida. Y dame las gracias, porque si no hubiera sido por mí tendrías que tirar tu elegante chaleco a la basura.

—Por una vez, tengo que darle la razón a la Mantis —intervino Lucas, impassible ante la mirada furiosa que le dirigió la pelirroja—. El llanto de India podría reverdecer el desierto de Tabernas.

La voz de Sol se sumó al coro.

—No puedes dejarle ver películas tristes, Raff. La última vez que vimos *Buscando a Nemo* gastó un paquete entero de pañuelos.

—Muy bien, Sol, tomo nota —respondió, muy serio.

Por fin, India alzó la cabeza, miró a Raff con los ojos brillantes y las mejillas empapadas y comentó con voz poco firme:

—Eres el hombre más bueno del mundo, Raff, no sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí...

El americano colocó el dedo índice sobre su boca para silenciarla y declaró con firmeza:

—No hay nada que pagar ni que agradecer, India. Tú, Sol y la Tata sois el mejor regalo que nadie pudiera desear.

Al escuchar la convicción que latía en aquella voz profunda, por primera vez en su vida, Candela sintió envidia de su amiga que, en ese instante, dirigía una sonrisa cargada de dulzura a su ya marido. En ese momento, alguien posó las manos sobre sus hombros como si hubiera adivinado aquel repentino malestar y, sin pensar, se recostó durante unos segundos contra aquel pecho que se le ofrecía, consolador. Inspiró el ligero aroma masculino —una mezcla de aftershave, desodorante y hombre muy agradable— y, de pronto, notó que se le subía a la cabeza. Alarmada, volvió la cabeza y sus ojos chocaron con las pupilas ardientes y oscuras de Lucas a pocos centímetros de las suyas. Se apartó de él en el acto, con la respiración agitada, y observó la forma en que aquellos labios delgados se fruncían en una mueca burlona. Por una vez, no se le ocurrió una frase ingeniosa o sarcástica para sacudirse aquella extraña inquietud que se había apoderado de ella, así que, cuando al fin logró apartar la mirada de aquellos ojos abrasadores, se dio media vuelta, se acercó hacia donde estaba Marcus, que en ese momento le pedía otra copa al camarero, y se puso a coquetear con él descaradamente.

Lucas permaneció donde estaba sin dejar de observarla con aquella misma mueca, ahora teñida de una ligera amargura, en sus labios, hasta que la voz de India le arrancó de sus pensamientos.

—Hoy Cande está guapísima —afirmó siguiendo la dirección de su mirada.

A India no se le había escapado la forma en que el amigo de Raff apretaba a la pelirroja contra su cuerpo mientras bailaban. A su lado, Raff y Sol estaban inmersos en una enrevesada coreografía y su hija reía a carcajadas mientras él la hacía girar sobre sí misma una y otra vez. Ver a su recién estrenado marido bailando con su hija le provocó una sensación rara en el estómago. Saltaba a la vista que ambos estaban pasando un buen rato; con sus rubios cabellos revueltos y las mejillas encendidas, la niña era el vivo retrato de la felicidad y Raff, con la corbata un poco torcida y muy despeinado también, resultaba de lo más seductor.

Su amigo se encogió de hombros y respondió lacónico:

—Reconozco que la Mantis siempre está guapa.

Las palabras de Lucas, pronunciadas con ese tono rasposo que le era característico, hicieron que se volviera a mirarlo, sorprendida:

—Creo que es la primera vez que admites que Cande te parece guapa.

—¿Tú crees? —se limitó a preguntar, displicente.

—Hasta ahora, siempre que hablas de Cande solo te he escuchado calificativos del tipo: araña

patas largas, ojos de canica, puercoespín y zanahoria putrefacta.

—Zanahoria putrefacta... —Lucas sacudió la cabeza con añoranza—. Ya no me acordaba de ese mote.

India se sintió mal por habérselo recordado; todavía le parecía ver las lágrimas de rabia deslizándose por las mejillas de su amiga cada vez que él la llamaba así.

—Bueno, espero que no te dé por revivir viejos tiempos. A la pobre la tenías martirizada.

—¿Tú crees? —repitió.

A pesar de su aparente indiferencia, India notó la curiosidad latente en aquella pregunta y decidió que ya era hora de pegarle un empujoncito a su amigo en la buena dirección.

—Sabes bien que le hiciste la vida imposible. Creo que has sido el hombre que más la ha hecho llorar. Si te soy sincera, no recuerdo que jamás haya vertido una sola lágrima por ninguno de los novios que se echa, y eso que algunos de ellos han sido auténticos idiotas. Ha gritado de rabia, ha estrellado cosas contra el suelo... pero nunca la he visto llorar por ellos.

—Ya veo.

Exasperada, India supo que no conseguiría sacarle nada a aquel moreno inexpresivo que permanecía con los ojos clavados en la atractiva pareja que se dedicaba a poner en práctica complicados pasos de baile con entusiasmo; Lucas siempre había sido reservado hasta un punto casi enfermizo. Hizo una seña al camarero que en ese momento pasaba cerca de allí y cogió otra copa de la bandeja.

—He notado que no has parado de beber en toda la noche. ¿Estás intentando emborracharte?

Ahora fue India quien se encogió de hombros. Su amigo siempre había sido demasiado observador, lo cual resultaba una característica de lo más irritante.

—Solo trato de ponerme a la altura de mi querido esposo. He contado las copas que se ha bebido y, si no me equivoco, va por la quinta.

Lucas le lanzó una mirada calculadora por debajo de sus pesados párpados —siempre ligeramente entornados—, como si estuviera considerando si sería mejor hablar o permanecer callado, pero al fin comentó:

—Raff no bebe.

En el acto, India descartó aquel comentario con un gesto de la mano.

—¡No, ni nada! No puedes imaginarte la cogorza que llevaba la última noche que pasamos en Nueva York. A la mañana siguiente no se acordaba de nada.

—Tu marido solo bebe alguna cerveza o una copa de vino de vez en cuando.

Lucas hablaba con tanta seguridad que, de pronto, a India le empezaron a entrar unas dudas espantosas.

—¿Y eso? —preguntó, al tiempo que señalaba el vaso, lleno de líquido transparente, hielos y una rodaja de limón, que su marido, que ahora charlaba animadamente con Candela y Marcus, se acababa de llevar a los labios.

—No sé qué será, pero te aseguro que no es vodka ni ginebra. Durante el safari que hicimos en África, Raff me contó que se había emborrachado una vez cuando era adolescente y que, desde entonces, no había vuelto a probar el alcohol de alta graduación.

India recordó una conversación que había mantenido con él sobre aquel mismo tema y, de pronto, empezó a sudar.

—Tengo que comprobar una cosa —anunció y, sin más, se alejó a toda velocidad en dirección al

animado grupo.

En cuanto Raff la vio, le pasó un brazo sobre los hombros y la estrechó contra su costado.

—Caramba, India, *baby*, acabamos de casarnos y no te he visto en toda la noche —protestó de buen humor.

Ella le dirigió su sonrisa más inocente.

—Hace calor, ¿verdad? Estoy seca, ¿te importa que beba de tu vaso?

—Está muy fuerte, India, no te gustará la mezcla. ¡Camarero! —detuvo al hombre que en ese momento pasaba por ahí con una bandeja—. ¿Qué quieres, *baby*?

—Tomaré agua —dijo con sequedad y, al notar las chispas revoltosas que centellearon en aquellos llamativos ojos azules, tuvo muy claro que el incorregible Raff Connor tenía algo que ocultar.

Justo entonces la Tata hizo su aparición y dijo que ya era hora de que Sol se fuera a la cama. La niña, que en ese momento corría alrededor del cenador con varias guirnaldas de chuches colgando de su cuello, protestó indignada; sin embargo, no pudo resistirse a las fuerzas combinadas de la Tata y su madre, así que, después de despedirse de los amigos de esta y de Marcus, y de darle a Raff un fuerte abrazo que este le devolvió con entusiasmo, se alejó en dirección a su cuarto de la mano de la mujer, sin dejar de parlotear.

El resto de los invitados no tardaron en anunciar que se marchaban también y, al oírlos, la inquietud se apoderó de India.

—¿Cómo que os vais? ¿A dónde?

—No queremos molestar a los tortolitos. —Su amiga le guiñó un ojo, maliciosa—. Tenemos reservadas habitaciones en una casa rural que no queda lejos del pueblo.

—Pero ¡qué tontería! —protestó India—. Aquí hay un montón de habitaciones libres y no molestaréis a nadie, ¿a que no, Raff?

De pronto, la idea de que sus amigos se marcharan y la dejaran a solas con su nuevo marido le resultaba insoportable.

—Por supuesto que no —respondió él, con semblante impasible.

—No insistas, India. Ya está todo organizado. —Candela se abalanzó sobre ella y le dio un fuerte abrazo, al tiempo que susurraba en su oído—: Tranquila. Sé que Raff te hará feliz.

—¿Y cómo lo sabes? ¿De pronto tienes el don de la presciencia? —replicó India en voz baja y atropellada.

—¿De qué? —Candela frunció la nariz, perpleja.

—Que si adivinas el futuro —aclaró, con enojo.

—Calma, Indi, no te enfades conmigo. Y no, no es que, de repente, haya recibido unos superpoderes de las hadas buenas, pero no hay más que ver cómo te mira Raff y lo bueno que está. Esa combinación no hay quien la resista, te lo digo yo.

En ese momento, Lucas apartó a Candela a un lado sin mucha delicadeza.

—Será mejor que corte la despedida. Sabiendo lo que le gusta hablar a la Mantis, podemos estar aquí hasta el amanecer.

Sin hacer caso del bufido furibundo de la pelirroja, Lucas estrechó a su vez a India entre sus brazos y le dijo en un tono que solo ella pudo escuchar:

—No tengas miedo. Raff es un buen hombre.

«¡Otro igual!», se dijo, fastidiada.

De pronto, no entendía por qué a todo el mundo —en vez de acusarla a voz en grito de ser una mercenaria sin escrúpulos— le parecía fenomenal aquel matrimonio. Sin decir nada, le devolvió el abrazo con fuerza y cuando su amigo se apartó se sintió tremendamente sola. Después de decirle adiós a un sonriente —y un poco bebido— Marcus, los tres se subieron al coche. India quiso gritarles que no se fueran y la dejaran sola; sin embargo, apretó los labios con fuerza hasta que los faros traseros del vehículo se perdieron por fin en la noche.

Capítulo 10

—¿Estás nerviosa? —Raff acompañó aquella pregunta con una ligera caricia en su brazo desnudo que le puso la carne de gallina.

—¿Nerviosa? ¡Qué va! —Dio un paso atrás, como si en vez de con el dorso de su dedo acabara de rozarla con una cerilla encendida.

Lo que necesitaba en ese momento era un trago de algo fuerte, se dijo, así que cogió el vaso que Raff había dejado sobre una mesa y le dio un buen trago. El inesperado y desagradable sabor del agua con gas le recordó la conversación que acababa de mantener con Lucas y, por unos instantes, se olvidó de sus temores.

—¡Tú no bebes! —afirmó, acusadora.

—No sabía que eso era pecado. —Raff la miró con reproche. Luego puso cara de mártir y añadió —: Pero si prefieres un borrachín en tu vida no tienes más que decirlo. ¡Raff Connor siempre a tu servicio!

Al ver su elegante reverencia, los ojos dorados de India relucieron llenos de rencor y lo miró con cara de pocos amigos:

—Pensé que dejarías de reírte de mí cuando nos casáramos.

—Pero, India, *baby*, ¿quién se está riendo? —preguntó, indignado.

Sin embargo, en esa ocasión ella no estaba dispuesta a caer en su juego de distracción.

—Aquella noche... al día siguiente... al día siguiente fingiste que no... que no te acordabas de nada —balbuceó y dio gracias a los dioses de que a la suave luz de las antorchas que iluminaban el jardín el rubor de sus mejillas pasara desapercibido.

—¿Te refieres al baile exótico o al beso? —quiso saber Raff con amable interés.

—Al bai... al beso... a los dos. ¡Me refiero a las dos cosas! —Él se rascó la nariz pensativo y, al verlo, India elevó los ojos al cielo con desesperación y gritó—: ¡Y no empieces con tus trucos de gigantón inocente! ¡Hace tiempo que ya no cuelan!

—¡Caramba, *baby*, solo estaba pensando! —replicó con expresión dolida y dio un buen trago a su bebida antes de continuar—. Verás, de pronto se me ocurrió que sería divertido fingir que estaba borracho. Tú parecías más que dispuesta a creerlo, así que pensé que te complacería pensar que tenías razón...

—¡Ja! —lo interrumpió, cada vez más indignada.

Raff alzó las palmas de las manos en un gesto conciliador.

—Calma, déjame terminar. Cuando te hiciste pasar por bailarina exótica la tentación fue irresistible. Y, luego, aquel baile tan excitante, tu provocativo contoneo de caderas, esa entonación supersexy... —La expresión de Raff se había tornado soñadora y, al escucharlo, India apretó los párpados con fuerza durante unos segundos, abochornada—. En ese momento supe que tenía que besarte.

Semejante afirmación le hizo abrir los ojos en el acto.

—¿Y por qué fingiste al día siguiente que no te acordabas de nada?

Raff dio un aparatoso respingo ante su tono de fiscal agresivo.

—India, solo tuve que mirarte un segundo para saber que te sentías muy incómoda con la situación, así que me dije que estarías más a gusto si pensabas que no recordaba lo ocurrido.

—Anda que no te lo has debido pasar bien a mi costa... —Los labios femeninos se contrajeron en un cómico puchero.

Raff alzó su barbilla con un dedo y, con una sonrisa cargada de ternura, afirmó:

—No quería asustarte, *baby*. Sabía que si lo hacía te alejarías de mí sin dudarlo. Sin embargo, no era consciente del enorme esfuerzo de contención que tendría que hacer durante las siguientes semanas para no repetirlo. —Aquellas palabras, pronunciadas en un tono ronco y acariciador, provocaron un destello de temor en los iris dorados; sin embargo, en vez de fingir que no pasaba nada y cambiar de tema como solía hacer, Raff, cuyos ojos mostraban un brillo inquietante, se acercó aún más a ella y, con sus labios muy cerca de la boca femenina, musitó—: Pero ahora es distinto. Eres mi mujer; acabas de pronunciar tus votos frente a un sacerdote. Estás atada a mí ante Dios y ante los hombres, y te juro, India, que no permitiré que te escapes.

Y por si a India le quedaba alguna duda sobre la seriedad de sus palabras, rodeó su cintura con un brazo y con la otra mano la sujetó con firmeza de la mandíbula. Entonces agachó la cabeza y la besó con fiereza, sin que se le escapara la manera en que la mujer que acababa de convertirse en su esposa apenas unas horas antes temblaba entre sus brazos.

Inmovilizada contra aquel cuerpo inmenso mientras los labios masculinos devoraban los suyos con ansia, miles de pensamientos sin pies ni cabeza la asaltaron al mismo tiempo. India, igual que un espíritu que flotara sobre aquella pareja que se besaba con pasión, ajena por completo a su presencia, procesaba aquellos pensamientos y los descartaba uno detrás de otro. Como si aquello no fuera con ella, se preguntó si era miedo o lujuria lo que aceleraba su ritmo cardíaco hasta el borde del infarto; estudió con despegado interés la manera en que su aliento brotaba, entrecortado, de su boca; notó la piel de sus mejillas ligeramente irritada por el contacto con la áspera mandíbula masculina, sus pechos tensos de deseo, el fuego que ardía entre sus muslos... Sintió que había perdido el contacto con el mundo real. En ese nuevo universo tan solo existían los labios ávidos y las grandes manos de aquel hombre que se había convertido en su esposo; unas manos que parecían estar en todas partes, cuyo calor atravesaba la delicada tela de su vestido dejando un reguero de poros erizados a su paso.

El ruido del cristal al golpear unas copas con otras hizo que Raff lanzara un juramento de frustración. De mala gana, apartó su boca, consciente de repente de que se encontraban en mitad del jardín, y de que los camareros que habían servido la cena iban y venían a su alrededor recogiendo todo.

—India, *baby*. Será mejor que subas a nuestro dormitorio. Te dejaré unos minutos a solas para que te prepares. Luego... luego seguiremos justo donde hemos tenido que dejarlo. —Aquella promesa, pronunciada con una voz áspera de deseo, la hizo estremecer de nuevo y, muy nerviosa, se preguntó si sus rodillas serían capaces de sostenerla durante el trayecto hasta la habitación.

En silencio, se volvió para marcharse, pero, como si aún no estuviera listo para dejarla ir, Raff la agarró del brazo y la atrajo de nuevo hacia sí y, sin que la presencia de los dos hombres que hacían rodar el tablero de la mesa a pocos metros pareciera importarle lo más mínimo, volvió a inclinarse sobre su boca para depositar un beso rápido que, sin embargo, llevaba implícita la intensa pasión que lo consumía.

—No tardaré —afirmó, dejándola marchar al fin.

Aturdida, India entró en la casa y obligó a sus piernas temblorosas a subir la escalera. Estaba a punto de abrir la puerta de su habitación de siempre cuando recordó que ahora era Sol la que dormía allí, así que, cada vez más nerviosa, volvió sobre sus pasos y entró en el dormitorio que había pertenecido a su padre. Allí seguían la enorme cama con dosel y las tapicerías floreadas que su madre eligió en su día; incluso la cajita enmarcada que contenía la mariposa disecada cuyas alas, de intenso color azul, eran del tono exacto de los ojos de Raff ocupaba su sitio en la pared. Raff, su nuevo marido, el mismo que dentro de poco estaría con ella en esa habitación, se recordó a sí misma, frenética, obligándose a hacer a un lado los recuerdos y a darse prisa.

Con dedos trémulos, cogió el delicado camisón que había comprado para la ocasión y que la Tata había dejado dispuesto encima de la cama y se encerró en el cuarto de baño. Cuando salió se sentó en el borde del colchón con la espalda muy erguida. Notó que sus manos temblaban de manera bien visible, así que entrelazó los dedos con fuerza y las apoyó sobre su regazo mientras esperaba con la mirada fija en la puerta la llegada del hombre que, en pocos minutos, acudiría a reclamar sus recién adquiridos derechos sobre ella.

Después de lo que se le antojó un lapso de tiempo interminable, la hoja de madera se abrió por fin y Raff entró en la habitación. Con un dedo sujetaba el chaqué que llevaba colgado del hombro, también se había desabotonado el chaleco y la corbata desanudada colgaba a ambos lados de su cuello, lo que le daba un irresistible aire de libertino novecentista.

Muy despacio, se acercó a ella y su mirada, que a la tenue luz de la lamparilla de noche había adquirido un tono añil brillante, la recorrió de arriba abajo de una manera que hasta India —a la que Candela siempre acusaba de vivir en una realidad paralela— supo, sin asomo de duda, que aquella noche se consumaría su matrimonio. Tragó saliva y le devolvió la mirada en silencio, con los ojos muy abiertos; de pronto, aquel casi desconocido que ahora era su marido, y que permanecía en silencio frente a ella sin dejar de observarla, le pareció más imponente que nunca y no pudo evitar que el temor que sentía asomara a su rostro, tan expresivo.

—No tengas miedo de mí, *baby* —Raff rompió, al fin, el incómodo silencio.

India abrió la boca para negar que sintiera el más mínimo temor, pero ningún sonido salió de su garganta. Su marido arrojó el chaqué con descuido en una butaca cercana y repitió el gesto con la corbata y el elegante chaleco. Luego se sentó a junto a ella en la cama y empezó a desabrocharse con habilidad los botones de su inmaculada camisa blanca hasta dejar al descubierto aquel pecho bronceado que India ya había visto en otras ocasiones, pero que, una vez más, le cortó la respiración.

Raff alargó las manos y con delicadeza le obligó a separar las suyas que, sin darse cuenta, apretaba en su regazo con tanta fuerza se le habían puesto los nudillos blancos. Entonces tomó su mano derecha y la colocó, bien abierta, sobre su corazón.

—¿Ves, India? No debes temerme; solo soy un hombre.

India sintió la piel cálida y el suave vello claro bajo las yemas de sus dedos, y también notó el ritmo, algo acelerado, con el que latía su corazón. En el acto, retiró la mano y, con la vista baja y las mejillas ardiendo, tartamudeó:

—Tengo... tengo que... que decirte algo.

—Confesiones de última hora, ¿eh? —preguntó, risueño, al tiempo que retiraba con uno de sus largos dedos un mechón de sedoso cabello oscuro que había resbalado sobre el rostro femenino y lo colocaba con suavidad detrás de su oreja.

Al sentir aquel ligero contacto, la respiración de India se volvió aún más trabajosa; sin embargo, se obligó a mantener el control y siguió adelante:

—Cuando oigas lo que tengo que decirte no te parecerá tan divertido —afirmó, agorera.

—Ponme a prueba —murmuró él, muy concentrado ahora en trazar con ese mismo dedo intrincados arabescos que iban desde la curva de su hombro desnudo hasta su muñeca, provocando una sucesión de pequeños escalofríos a su paso.

—Dices que te has casado conmigo porque querías una familia. —Raff abrió la boca para decir algo, pero India colocó las puntas de los dedos sobre sus labios y se lo impidió—. Ahora no te queda más remedio que cargar con Sol, con la Tata y conmigo. Quiero... —Un chorreón de sangre inundó su rostro y su cuello, pero India siguió adelante con valentía—. Me gustaría ser una esposa perfecta, para devolverte al menos parte de lo que te debo...

Raff la interrumpió con el ceño fruncido:

—No me debes nada, India. No quiero volver a oírte decir eso.

—Perdona, es solo... En fin, imagino que pensarás que después de haber estado casada durante más de tres años soy una mujer experimentada y... y esas cosas.

—Sobre todo *esas cosas*... —El tono masculino era de lo más sugerente.

—Sí, claro... —India se llevó las manos a las mejillas ardientes—. Bueno, me temo que tengo que... que desengañarte.

—Quieres decir... —Su marido hizo un gesto con la cabeza, invitándola a continuar.

Ella aspiró con fuerza y lo soltó de golpe:

—No soy muy buena en la cama.

Los ojos azules chisporrotearon de diversión antes de recuperar de nuevo la seriedad.

—Y eso, ¿quién lo ha dicho?

Aunque su orgullo se resintiera, India estaba decidida a empezar aquel matrimonio siendo lo más sincera posible, así que hizo un esfuerzo y continuó:

—Verás, los últimos tiempos con Álvaro no fueron fáciles. En realidad, el sexo nunca me ha interesado mucho, siempre he pensado que está sobrevalorado. No sé si entiendes lo que quiero decir... —Raff la observaba, fascinado, y tardó unos segundos de más en asentir con la cabeza. Al ver su gesto, continuó más calmada—: No quiero decir que al principio de nuestro matrimonio no lo pasáramos bien ni nada de eso, la verdad es que era agradable; pero luego la cosa fue... fue a peor...

Se mordió el labio con nerviosismo, sin saber muy bien cómo continuar. Estaba tan concentrada en expresar con precisión lo que quería decirle que el tono acerado que utilizó Raff al formular su siguiente pregunta la sobresaltó.

—¿Me estás diciendo que tu anterior marido te maltrató de alguna manera?

India alzó los ojos hacia él con rapidez y descubrió en su rostro la misma expresión letal de la noche de la fiesta.

—No, no —se apresuró a negar—. Álvaro nunca me pegó. Solo que, a veces, cuando quería acostarse conmigo, él no... él no...

De nuevo se llevó las manos a su rostro encendido, profundamente turbada.

—¿Tu marido tenía problemas de impotencia?

Ella asintió, incapaz de mirarlo a los ojos, y añadió:

—Al final siempre acababa enfadado conmigo.

India se dijo que la palabra «enfadado» se quedaba muy corta. Aún le parecía escuchar los gritos,

los insultos y el estruendo de los objetos al romperse cuando su difunto marido los estrellaba, rabioso, contra la pared.

Hacía muchos meses que India había empezado a temer aquellas noches en las que él se le acercaba más cariñoso que de costumbre. Apenas empleaba unos minutos en unas someras caricias preliminares y, enseguida, se ponía «a ello», como él decía. Daba igual que India se estuviera muy quieta, procurando no distraerlo, o que, por el contrario, fingiera un entusiasmo desmedido; lo más habitual era que, tras pasar unos minutos gruñendo y afanándose encima de ella, no lograra penetrarla. Y, por supuesto, al final la culpa siempre era suya y la acusaba de ser una frígida que le cortaba el rollo, o una viciosa que a saber con quién más se acostaba.

Sacudió la cabeza en un vano intento de espantar aquellas desdichadas imágenes del pasado, antes de continuar:

—La cosa es que creo que estoy un pelín traumatizada. —Trató de esbozar una sonrisa, pero fracasó miserablemente.

Raff, que durante su infancia y juventud había sido testigo de demasiadas situaciones de abuso y violencia en el barrio marginal en el que había crecido a las afueras de Chicago, adivinó mucho de lo que ella no le contaba. De repente, estaba furioso y tenía ganas de pegar a alguien; sin embargo, lo que hizo fue alzar a India sobre su regazo y estrecharla con fuerza contra su pecho.

—Tu difunto marido era un imbécil, *baby*. Me dan ganas de sacarlo del ataúd y volverlo a enviar ahí dentro de un puñetazo en la mandíbula. —India estaba muy a gusto con la mejilla apoyada contra aquel torso imponente, escuchando los firmes latidos de su corazón, mientras una de sus grandes manos se deslizaba arriba y abajo por su espalda desnuda en una consoladora caricia. Puede que, en esa ocasión, no se hubiera casado enamorada, pensó, pero la seguridad que le proporcionaba la cercanía de aquel gigante fijo que era una buena señal—. Hmm, veo que tengo ante mí una misión peliaguda. Nada más y nada menos que conseguir que la señorita India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara vuelva a disfrutar del sexo.

Al oír aquellas palabras, India se revolvió incómoda contra él tratando de soltarse, pero su marido no se lo permitió y siguió con su monólogo como si no hubiera notado su malestar:

—Raff Connor —se dijo muy serio—, vas a tener que lucirte.

Y, sin más preámbulos, colocó un dedo bajo su mentón obligándola a alzar la barbilla y la besó.

Al principio, India permaneció completamente rígida entre sus brazos, pero al notar la inesperada suavidad de aquellos labios que se limitaban a rozar los suyos con la delicadeza de un pincel de cola de marta, enseguida volvió a relajarse contra su cuerpo. Raff notó en el acto cómo los músculos femeninos se relajaban y aprovechó para aumentar la intensidad de su beso. Con una habilidad que hablaba a las claras de una larga experiencia, atormentó su labio inferior con ligeros mordiscos y dibujó el superior con la punta de su lengua, hasta que ella, perdida por completo en aquellas deliciosas caricias, entreabrió los labios y le permitió acceder al interior de su boca.

Su marido exploró a conciencia aquella caverna de aterciopelada humedad. Instintivamente, la lengua de India salió al encuentro del invasor dispuesta a rendirse sin ni siquiera presentar batalla y, cuando la boca masculina se apartó, no pudo evitar que de su garganta surgiera un gemido de protesta.

Raff hundió su rostro en el hueco de su garganta y musitó:

—Tranquila... esto... es solo el principio, *baby*...

Su beso había provocado en India el inconfundible despertar del deseo sexual, pero aquel

murmullo, grave y entrecortado, pronunciado contra la piel sensible de su cuello, hizo que ese deseo adquiriera una intensidad que nunca antes había experimentado. De pronto, todo su cuerpo parecía estar en llamas, y pequeñas explosiones de placer estallaban al paso de aquellos labios que se movían sobre su epidermis con una maestría sin igual.

Con mucha delicadeza, él la ayudó a tenderse en la cama y la apretó aún más contra sí, hasta que sus pezones, endurecidos por la pasión, se clavaron en aquel pecho granítico. La mano que hasta ese instante India había mantenido apoyada contra ese mismo pecho, como si no supiera muy bien si atraerlo hacia ella o empujarlo lejos, se enredó en los cortos cabellos de su nuca mientras la otra se colaba, curiosa, por debajo de la camisa para explorar los músculos firmes de su espalda.

India sentía que flotaba y una lágrima se deslizó, muy despacio, por la comisura de los párpados que mantenía firmemente cerrados.

Había pasado tanto tiempo...

Raff recorrió con su lengua el rastro, húmedo y salado, de aquella lágrima solitaria.

—Mírame, *baby* —rogó con voz ronca.

India abrió los ojos al instante y descubrió el rostro de su nuevo marido a escasos centímetros del suyo. Los duros planos de sus rasgos estaban más marcados que nunca y la imprecisa luz de la lamparilla de noche no podía ocultar el brillo de deseo salvaje que ardía en su mirada. Su respiración brotaba agitada por entre sus labios entreabiertos, y ella se regocijó ante la evidencia de la impetuosa pasión que lo dominaba; por primera vez en años, volvió a sentirse deseable y sexy.

—India, *baby*, no permitiré que llores en nuestra primera noche juntos. Te juro que voy a hacer que te olvides de todo lo desagradable que ha habido en tu vida. Esta noche vas a descubrir que, con la persona adecuada, hacer el amor puede ser algo maravilloso.

Aquella declaración, hecha en un tono firme y ardiente a la vez, avivó la pasión de India hasta extremos insospechados. Entonces, enmarcó con las manos el rostro de aquel hombre que había entrado en su vida resuelto a quedarse y acarició sus pómulos con los pulgares. Con las pupilas clavadas en las suyas y, en un tono sensual que no recordaba haber usado jamás, suplicó:

—Sé que será así, Raff. ¡Hazme olvidar!

—¡Te lo prometo, *baby*!

Raff se inclinó de nuevo sobre ella y la tela de su provocativo camisón se fue batiendo en retirada ante el acoso de aquella boca insaciable que parecía dispuesta a saborear hasta el último centímetro de su piel.

India no fue consciente del momento exacto en el que le quitó el camisón. Ni siquiera era capaz de recordar si habían sido sus propios dedos los que le habían quitado la camisa y habían desabrochado el botón de su pantalón; tan solo era consciente de que, de pronto, estaban los dos desnudos y las manos de ambos muy ocupadas en un minucioso recorrido por el relieve de sus cuerpos. Con los dedos enredados una vez más en los cortos cabellos castaños, India exhaló un gemido de gozo y se arqueó, ansiosa, contra él mientras se preguntaba si alguien habría enloquecido alguna vez de puro placer o si sería ella la primera persona a la que le ocurriese.

Las manos y la boca de su marido no le daban respiro y, cuando pensó que ya no podría resistirlo más, Raff se colocó sobre ella y, con un poderoso impulso, se introdujo en su interior hasta que se sintió colmada por completo. Entonces, él empezó a moverse despacio dentro de ella con embates firmes y profundos y, definitivamente, la arrastró a la locura.

India jamás había soñado un placer semejante.

No supo las veces que alcanzó el clímax, una, dos, tres... Las explosiones se sucedían al ritmo que él marcaba hasta que, de súbito, se quedó muy quieto, lanzó un grito ahogado y se descargó con fuerza en lo más recóndito de su ser. India lo apretó entre sus brazos con todas sus fuerzas, hasta que aquel cuerpo inmenso dejó de estremecerse. En el silencio que se hizo en la habitación tan solo se oía el ulular de una lechuza en el exterior y el sonido agitado de sus respiraciones mientras, agotados y sudorosos, permanecían estrechamente abrazados.

Raff hizo amago de apartarse de ella, pero India no se lo permitió.

—Peso mucho, *baby* —susurró en su oreja.

—No me importa. ¡Oh, Raff...! —Se detuvo, emocionada, incapaz de continuar.

—¿Sí, *baby*? —Depositó un beso cargado de ternura en su frente sudorosa.

—Me imagino que debes estar riéndote de mí una vez más —prosiguió, al fin.

—Sabes que yo nunca me río de ti. —Sus ojos chispearon, llenos de malicia—. Pero ¿por qué piensas que debería hacerlo esta vez?

—Por decir que pensaba que el sexo estaba sobrevalorado. Creo que nunca he estado tan contenta después de haberme tragado mis propias palabras. —Profundamente satisfecha, se estiró con un movimiento lento, cargado de voluptuosidad.

—Entonces, ¿te ha gustado?

—¿Tú qué crees, *baby*? —lo imitó en ese tono, sensual y provocativo, que Raff acababa de descubrir que le volvía loco.

—Creo que eres maravillosa.

—No, Raff, tú eres el maravilloso y muy... —bostezó sin poder evitarlo— muy...

Se le cerraban los párpados, pero él la sacudió un poco para que no se durmiera aún.

—¿Muy qué?

—Muy sexy —murmuró adormilada, antes de acomodar la cabeza contra su pecho y sumirse en un sueño profundo.

Al oír aquello, Raff la estrechó con más fuerza entre sus brazos y sonrió contra los fragantes cabellos oscuros que le hacían cosquillas en la nariz, sintiéndose el hombre más feliz del universo. Unos segundos más tarde, él también dormía.

Capítulo 11

A la mañana siguiente a India la despertó el golpeteo de un pequeño puño contra la puerta.

—¿Puedo pasar?

—¡Sol! —exclamó, medio grogui, antes de incorporarse con brusquedad y empezar a buscar su camisón por toda la cama, frenética.

—¿Buscas esto, *baby*?

Raff, solícito, le tendió la delicada prenda y ella pensó que estaba especialmente atractivo aquella mañana, con el pelo muy revuelto, la barba crecida y aquella irresistible sonrisa en los labios. Sin apartar los ojos de su torso imponente, cubierto tan solo por un suave vello castaño claro que parecía invitarla a hundir sus dedos en él, India tomó el camisón y se lo metió por la cabeza a toda prisa.

—¡Raff, tápate un poco, por Dios! —rogó.

Su marido, muy obediente, se subió las sábanas hasta la mitad del pecho. Al verlo, India sacudió la cabeza, resignada, y gritó en dirección a la puerta:

—¡Pasa, Sol!

Al instante, su hija entró en el dormitorio como una exhalación, dispuesta a arrojarse en plancha sobre el colchón como era su costumbre; sin embargo, al ver que Raff estaba allí, se detuvo en seco a los pies de la cama y se los quedó mirando, confundida.

—¿Por qué está él en tu cama? —preguntó, acusadora.

—Verás, Sol, las parejas cuando se casan duermen en la misma cama.

—¿Por qué?

India notó la mirada de diversión que le lanzó su flamante marido y sintió que se ponía como la grana.

—Porque... porque es una tradición —contestó al fin.

—¿Igual que la tradición de que las amigas lloren en las bodas?

—Igualita —respondió, aliviada, al ver el rumbo que tomaba la conversación; aunque su alivio se cortó en seco cuando escuchó la siguiente pregunta de su hija.

—¿Y por qué Raff está desnudo?

Antes de que a ella se le ocurriera una explicación apta para menores de ocho años, Raff se le adelantó y respondió muy tranquilo:

—Tu madre cuando duerme es peor que una estufa, así que no me ha quedado más remedio que quitarme el pijama; si no, hubiera tenido que echarla de la cama de un puntapié. —Sin hacer caso de la mirada de indignación que le lanzó su mujer, Raff siguió hablando con la pequeña—. Me imagino que tú habrás dormido alguna vez con ella y lo sabrás.

A Sol aquella aclaración le pareció de lo más razonable.

—Sí, da mucho calor y muchas patadas —añadió, al tiempo que fruncía su naricilla pecosa, en una muestra de desagrado.

—Exacto, eso es lo peor. Las patadas —afirmó Raff, muy serio.

—Bueno, ya está bien, vosotros dos. Yo no soy ninguna estufa, y la que se da al *kick boxing* con

frenesí cuando duerme conmigo eres tú, Sol —le recordó su madre, muy digna.

—Y ya... —India observó el ligero temblor en el labio inferior de su hija y pensó que se le partiría el corazón cuando la oyó preguntar—: ¿Ya no puedo meterme en tu cama por las mañanas?

Una vez más, Raff se le adelantó y, dando una fuerte palmada sobre el colchón, declaró:

—Solo si eres capaz de llegar hasta aquí en el primer intento. Te dejo coger carrerilla.

Con una enorme sonrisa en los labios, la niña retrocedió casi hasta la pared, cogió impulso y, de un salto poderoso, aterrizó en el hueco que quedaba entre ambos. Al instante, Raff empezó a hacerle cosquillas y, al verlos juntos y escuchar las alegres carcajadas de felicidad de su hija, India notó de nuevo aquella familiar opresión en el pecho.

En ese momento, se oyó un nuevo repiqueteo en la puerta entreabierta.

—¿Está Sol aquí?

—Sí, Tata, pasa. Eres la única que faltaba —contestó India con sorna.

La mujer entró en la habitación y, al ver aquella cama repleta de gente, puso los brazos en jarras y empezó a regañar a la niña.

—¡Sol, te dije que no vinieras a molestar esta mañana!

—No pasa nada, Tata —dijo Raff de buen humor.

—El señorito Lucas acaba de llegar. Ha dicho que va a llevársela unos días a pescar para que puedan disfrutar de su luna de miel, así que date prisa, Sol, que te está esperando abajo.

—¡A pescar con tío Lucas! —exclamó, encantada.

Feliz, se volvió hacia Raff y le dio un sonoro beso en la mejilla que hizo que al americano le brillaran los ojos, luego abrazó a su madre con fuerza y, segundos después, desapareció por la puerta a toda velocidad, seguida a distancia por la Tata, que se movía mucho más despacio. Cuando llegó al umbral, la mujer se volvió para anunciar:

—Yo también voy a aprovechar para ir unos días al pueblo. He dejado un montón de comida en la nevera, India, espero que no la estropees al calentarla. —India alzó los ojos al cielo, pidiendo paciencia, pero la Tata prosiguió sin prestarle atención—. Vendrá la sobrina de Encarni unas horas por las mañanas para hacer la casa. ¿Necesitas algo más?

—Que no, Tata, puedes irte tranquila. Espero poder superar la difícil prueba de calentar un poco de comida en el microondas —replicó, sarcástica.

—Muy bien. Pues entonces, adiós. ¡Ah, una última cosa! —India alzó las cejas con curiosidad—. Llevas el camisón al revés.

Satisfecha al notar la repentina oleada de color que cubrió sus mejillas, la Tata soltó una risita irritante y desapareció también.

Raff examinó el rostro femenino, que había adquirido un matiz casi púrpura, con su habitual brillo de diversión en los ojos. Extendió el brazo, rozó con uno de sus largos dedos el tirante de encaje del camisón y comentó:

—Muy cierto, *baby*. Lo llevas del revés, habrá que hacer algo...

Y, ni corto ni perezoso, agarró el ruedo de la prenda y, muy despacio, empezó a deslizarla hacia arriba, dejando a su paso un rastro de fuego en la suave piel femenina.

—Raff, yo... es de día... a lo mejor vuelve Sol... o... o la Tata —balbuceó India sin aliento, perdida en la pasión desnuda que acechaba en lo más profundo de aquellos extraordinarios iris azules.

—Ya has oído a la Tata —respondió él con voz ronca, al tiempo que contenía la respiración al ver

como el sol de la mañana bañaba en su luz dorada, tamizada por los ligeros visillos, aquellos delicados pechos que ahora se erguían, desnudos, frente a él—. Estamos de luna de miel. Nadie nos molestará.

Y con un irrefrenable gruñido de deseo atrapó una rosada areola con su boca y empezó a devorarla con pequeños mordiscos que la hicieron olvidar cualquier tipo de objeción que hubiera podido tener. Soñadora, India cerró los ojos y se preguntó qué clase de magia había en los labios y en los dedos de aquel hombre capaz de despertar en ella semejante lujuria, pero, pocos segundos después, era incapaz de concentrarse en otra cosa que no fueran aquellas caricias ardientes, y cualquier deseo de razonar se borró de su mente por completo.

En aquella ocasión, él no se mostró tan cuidadoso como la primera vez y le hizo el amor con ferocidad; sin embargo, en vez de sentirse amenazada, India se contagió de esa misma ferocidad y le devolvió las caricias con la misma urgencia desenfundada con que él la tocaba, hasta que, de nuevo, se vio arrastrada por un placer tan intenso que resultaba casi doloroso.

Cuando regresó la calma, Raff la mantuvo estrechamente abrazada, como si temiera que ella fuera a desaparecer si aflojaba la tensión de sus brazos. Apretó su rostro contra su pelo y aspiró la agradable fragancia de los cabellos oscuros y, con la boca pegada a su oreja, susurró:

—India, *baby*, yo...

—Yo también, Raff —lo interrumpió ella como si adivinara lo que iba a decirle, al tiempo que con las yemas de los dedos acariciaba con suavidad aquel pecho escultural que la volvía loca—. Siempre había creído que el amor y el deseo debían ir unidos, pero esta noche me he dado cuenta de que no es así; basta con tener a tu lado un hombre con una amplia experiencia.

De pronto, notó que el cuerpo masculino se ponía rígido bajo su mano y se apresuró a aclarar lo que había querido decir.

—Uy, creo que eso no ha sonado nada bien. No me refería a cualquier hombre con una amplia experiencia, sino a uno con el que, además, tengas una buena relación de amistad como la nuestra y...

Raff colocó su manaza sobre su boca para impedirle que siguiera hablando.

—¡Cállate, *baby*! —ordenó con rudeza. India lo miró muy sorprendida; sin embargo, él se limitó a quitar la mano de su boca, depositó un ligero beso en sus labios y dijo—: Será mejor que nos levantemos ya. Quiero que me lleves a explorar tu finca.

Raff apartó las sábanas, se puso en pie y, sin el menor pudor, se encaminó desnudo hacia el cuarto de baño con la gracia felina de una pantera, mientras ella, incapaz de apartar la vista de aquella impresionante amalgama de piel y músculos, notaba una nueva punzada de deseo entre los muslos.

«¡Dios!». India exhaló de golpe el aire que había retenido durante varios segundos y se dejó caer de nuevo de espaldas sobre el colchón. «¿Qué me está pasando?».

Y con los ojos clavados en el dosel que cubría la cama se preguntó una vez más si Raff Connor, antes de convertirse en el dueño de una importante compañía petrolífera, no habría ejercido como maestro de sexo tántrico en algún exótico templo hindú.

Dos horas más tarde, después de un delicioso desayuno en el patio a base de cruasanes recién hechos, café y zumo de naranja natural que la sobrina de Encarni había preparado, estaban listos para explorar. Raff llevaba unas bermudas y un polo, y ella unos shorts y una camiseta; apenas eran las once, pero el día prometía ser muy caluroso.

India colocó en el asiento trasero de la camioneta *pick up* que Raff había encontrado en una de las naves de labor la enorme cesta llena de bocadillos, fruta fresca y bebidas que ella misma había preparado mientras tanto, y en seguida estuvieron rodando por los abruptos caminos de la finca.

La Dehesa del Molino tenía una considerable extensión, mezcla de interminables dehesas y alcornocales, y escarpados riscos que formaban parte de una sierra cercana. En otros tiempos había sido una explotación dedicada a la caza mayor. India aún recordaba las legendarias monterías que organizaba su padre, en las que se daban cita los personajes más destacados de la alta sociedad y las finanzas españolas. Ahora apenas avistaron dos corzos y un jabalí durante todo el paseo.

India disfrutó mostrándole a Raff el lugar en el que había pasado los mejores veranos de su vida y notó, sorprendida, que él parecía entender bastante de los asuntos relacionados con el campo.

—Pensaba que habías sido un urbanita convencido toda tu vida.

Raff le lanzó una sonrisa perezosa y se encogió de hombros sin soltar el volante.

—Hace tiempo que soñaba con tener un lugar como este y, cuando me interesa algo, suelo informarme a fondo sobre el asunto.

Ella aspiró con deleite el intenso aroma de las jaras y comentó:

—Creo que ya lo has visto casi todo. Ahora te llevaré a mi lugar favorito. Lucas, Cande y yo pasábamos allí la mayor parte del verano.

Con seguridad, le guio por un laberinto de intrincados caminos casi borrados por la maleza y, por fin, le ordenó detener la camioneta junto a una enorme mole de piedra.

—A partir de aquí tendremos que caminar un rato. —India abrió la puerta y, una vez fuera del vehículo, alzó el rostro hacia el cielo azul con una intensa sensación de felicidad.

Raff observó su expresión de deleite y sonrió con ternura. Cogió la pesada cesta de la parte trasera y le dijo:

—Guíame, esposa mía.

Ella le dirigió una cálida sonrisa que le cortó el aliento y echó a andar con viveza por un sendero estrecho que discurría a través de una zona de tupida vegetación en la que los enebros, los madroños, los brezos y los mirtos formaban una selva casi impenetrable.

Al cabo de poco más de un kilómetro, India se detuvo, se apartó un poco para que su marido pudiera contemplar el escenario y preguntó:

—¿Qué te parece?

—¡Wow! —fue lo único que pudo contestar el americano.

La belleza de aquella profunda poza de aguas límpidas y la pequeña cascada que fluía por la pared rocosa en medio de un fragor envolvente le había robado el aliento. Después del calor que habían pasado durante su recorrido, aquel lugar, umbrío y fresco, era el paraíso. Sin decir nada más, Raff se apresuró a dejar la cesta sobre una piedra plana de buen tamaño, se volvió hacia ella y, con un rápido movimiento, le sacó la camiseta por la cabeza.

—¡Raff! —fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que aquellos dedos habilidosos desabrocharan también el botón de sus shorts.

—Vamos a bañarnos, India, *baby*. Hace mucho calor.

Pocos segundos después, los dos estaban riendo y salpicándose dentro del agua, completamente desnudos. A India le sorprendía su propia actitud; siempre había sido una persona muy pudorosa, incluso cuando estaba casada con Álvaro. Jamás se había bañado desnuda al aire libre, pero con Raff, no sabía por qué, era muy diferente y, a su lado, palabras como vergüenza o timidez perdían su

significado. Quizá era el modo en que la acariciaba con sus atrevidos ojos azules, haciéndole sentirse la mujer más deseable y bella del planeta Tierra, lo que hacía que olvidara todas sus inseguridades.

Siguieron jugando un buen rato, hasta que, de pronto, él la tomó entre sus brazos y su mirada risueña se transformó en una expresión de deseo animal que la dejó jadeante. Sin salir del agua, Raff apoyó su espalda contra una roca y, con las pupilas clavadas en las suyas, la alzó un poco sobre él y, de un solo movimiento, se introdujo en su interior con destreza. India, incapaz de apartar la mirada de aquellos iris magnéticos, vio reflejadas, una por una, las mismas emociones que ella experimentaba: tensión, hambre, delirio, pasión y, por fin, un éxtasis final tan intenso que se desplomó sin fuerzas contra aquel pecho poderoso y hundió la cara en su cuello moreno con un suspiro de agotamiento.

Permanecieron un buen rato abrazados en silencio, sin salir de la charca, hasta que los labios de India se movieron contra la áspera piel de su garganta:

—Gracias, Raff. Por todo.

El americano enmarcó su rostro con sus grandes manos y la obligó a mirarlo, sin que se le escaparan las lágrimas que se confundían con gotas de agua en sus mejillas empapadas.

—India, *baby*, si vuelves a darme las gracias te daré una paliza, y te recuerdo que soy mucho más fuerte que tú. —Puso su mejor cara de matón de barrio y alzó una de sus cejas con fingida amenaza, lo que provocó que India lanzara una carcajada temblorosa.

Salieron de la poza y se tendieron sobre la piedra sobre la que Raff había dejado la cesta. Después devoraron toda la comida que tenían, bien acompañada por una botella de vino tinto que habían puesto a enfriar dentro del agua sin dejar de charlar y de reír. Cuando no quedó ni siquiera una miserable cereza en el interior de la cesta, se tendieron sobre la inmensa toalla de algodón que India había llevado, previsora, y a pesar del escándalo que armaban las chicharras a su alrededor se quedaron dormidos al instante, estrechamente abrazados.

Mucho más tarde, la boca ansiosa de Raff la sacó de un sueño profundo y, una vez más, hicieron el amor. Después se dieron otro baño y, felices y llenos de un agradable cansancio, recogieron todo y caminaron en dirección a la camioneta mientras el sol comenzaba a ponerse.

El resto de la semana transcurrió de forma muy parecida. En un momento dado, Raff le preguntó si no hubiera preferido pasar su luna de miel en una de esas playas paradisíacas, con palmeras, arena blanca y agua transparente; sin embargo, India lo negó muy segura. Según le dijo, quedaban pocos de aquellos paraísos que ella no hubiera visitado en alguna ocasión, pero nunca, añadió, había sentido una paz y un bienestar semejantes a los que había experimentado durante esos últimos días y —aunque eso no se lo confesó— tampoco había hecho jamás el amor con semejante abandono.

Casi no quedaba un rincón de la casa ni una acogedora sombra en los alrededores bajo la que Raff no la hubiera hecho suya. Aquel hombre tenía un apetito insaciable y, aunque ella misma estaba muy sorprendida, parecía habérselo contagiado. No recordaba haberse sentido tan desinhibida en toda su vida. Era imaginar su pecho fibroso bajo la camisa o el polo que llevara en ese momento y se le contraía el estómago; ver su atractiva sonrisa llena de dientes blancos y regulares, y apenas podía controlarse para no abalanzarse sobre aquellos labios firmes y besarlos hasta dejarlos sin aliento; observar sus grandes manos sobre el volante de la camioneta cuando recorrían los pedregosos

caminos y experimentar un deseo casi irresistible de cogerlas entre las suyas y hundir su rostro en ellas; mirar la línea bien recortada de su pelo sobre la nuca y sentir unas ganas insoportables de lamer aquella piel morena...

De la noche a la mañana, se había convertido en una especie de ninfómana enloquecida que lo tocaba y lo provocaba a la menor oportunidad y, aunque a menudo se decía que debería avergonzarse de sí misma, en realidad estaba encantada con aquel estado de cosas.

Unos días llenos de risas y ternura, paseos y sexo desenfrenado no podían hacerle mal a nadie. No, a nadie.

Lucas llegó con Sol unos días después y se quedó todo el fin de semana. A India le sorprendió lo feliz que parecía. Sus ojos, casi negros, relucían como magnetitas y estaba más locuaz que de costumbre. Un día que se fueron todos de pesca a una charca cercana que servía de bebedero para los animales, India aprovechó que Raff estaba muy ocupado desenganchando el anzuelo de la boca del pez que Sol acababa de pescar y le preguntó, curiosa:

—Te veo muy contento, Lucas. ¿Acabas de cerrar alguna de esas expediciones al quinto pino que tanto te gustan?

Lucas echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Si no fuera porque sabía que su amigo no hacía esas cosas, India hubiera jurado que la piel de su rostro moreno se había sonrojado un poco.

—Frío, frío —respondió, misterioso.

Lo miró con el ceño fruncido.

—Venga, no me dejes con la intriga. Sé que ha ocurrido algo. Nunca te había visto charlar por los codos como estos días. —Aquello era una pequeña exageración, pero era cierto que Lucas estaba distinto.

Él enarcó una de sus cejas oscuras en un gesto que tenía algo de diabólico.

—Digamos que he decidido echar toda la carne en el asador.

—¿Qué carne? —Arrugó la nariz, perpleja.

—La carne blanca y apetitosa de tu amiga.

—¿¿Candela?!

—Sí, la misma zanahoria putrefacta que viste y calza —dijo con una expresión de ternura que India no le había visto jamás.

—¿Cuéntame ahora mismo qué ha pasado entre voso-tros! —exigió muerta de curiosidad.

Le lanzó una mirada calculadora bajo sus gruesos párpados.

—¿Ella no te ha contado nada?

India sacudió la cabeza en una firme negativa.

—La verdad es que, ahora que lo pienso, no hemos hablado en toda la semana.

En los ojos oscuros centellearon, de nuevo, unos destellos malignos.

—Será mejor que te lo cuente ella. De una cosa estoy seguro... —frunció los labios, como si algo le pareciera muy divertido—. Tu amiga no debe estar muy contenta.

Y, sin más, puso fin al interrogatorio por el método expeditivo de darse media vuelta y alejarse hacia donde Raff y Sol seguían luchando por desenganchar del anzuelo al pobre pez —que boqueaba de manera angustiada—, dejándola profundamente intrigada.

Tres días después estaban de nuevo en Madrid. Raff había insistido en que se fueran todas con él al Palace mientras buscaban un piso que les gustase en Madrid, pero su mujer pensó que sería más sencillo quedarse en su casa hasta que hicieran la mudanza definitiva.

Raff se adaptó al oscuro y minúsculo piso sin aspavientos. India se dijo que una de las cosas que más le agradaban de su nuevo marido era su sencillez; al contrario que mucha gente que ella conocía, no se daba aires por su éxito profesional y nada era demasiado poco para él. Además, a pesar de su tamaño, se había adaptado a su pequeña cama de maravilla y a India le encantaba dormirse todas las noches rodeada por esos fuertes brazos y despertar estrechamente abrazada a él.

Al ser agosto no tenía mucho trabajo, así que, acompañada por su hija, se dedicó a buscar piso con entusiasmo y no tardó mucho en encontrar uno amplio, luminoso y muy bien situado, que se adaptaba por completo a sus necesidades. Como de costumbre, Raff dejó todas las decisiones respecto a la decoración en sus manos; sin embargo, procuraba volver pronto del trabajo y la acompañaba a ver muebles, telas y cuadros y, a pesar de las agobiantes temperaturas, disfrutaron tanto como durante aquellos días en Nueva York.

Los fines de semana les gustaba relajarse en alguna de las pintorescas casas rurales que había en los alrededores de la capital, donde Sol disfrutaba con la Tata en la piscina mientras ellos se dedicaban a recuperar el tiempo que permanecían separados durante el resto de la semana.

Una de las primeras tardes que pasaban en Madrid tras su luna de miel, Candela se dejó caer por su antiguo piso.

—Te veo radiante —fue su saludo nada más verla.

Y era cierto. India estaba morena como una india auténtica, sus ojos brillaban con destellos dorados y una sonrisa de felicidad se había hecho fuerte en sus labios.

—La verdad es que no pensé que casarme con Raff fuera a ser... fuera a ser... —Notó que se ponía roja como un tomate—. Vamos, que no pensé que sería tan interesante.

—Así que interesante, ¿eh?

La mirada de la pelirroja estaba cargada de malicia y a India se le escapó una risita tonta.

—Pues sí. Interesantísimo.

Su amiga se alegró por ella de corazón. Aunque desde que lo conoció Raff le había parecido un buen hombre, se había sentido muy preocupada. Sospechaba que las cicatrices que India arrastraba tras su matrimonio con Álvaro eran mucho más profundas de lo que nunca le había confesado. Sabía de sobra lo sensible y leal que era su amiga y le había aterrado la posibilidad de que su nuevo matrimonio fuera también un fracaso.

India cambió de tema con brusquedad.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí? —La miró extrañada.

Su amiga se puso en jarras y de un soplido retiró un mechón de pelo oscuro que había resbalado sobre su frente.

—Sí, no disimules. Sé que algo ha pasado entre Lucas y tú.

—Ese... ese... —Los ojos de Candela brillaron, indignados, mientras se tiraba de los cortos mechones rojizos como si quisiera arrancárselos—. Además de todo, el Mataperros es un chismoso.

—Él no me ha contado nada. Lo adiviné. Cuando vino a dejar a Sol se le veía tan feliz... Imagínate a Lucas en plan parlanchín.

La pelirroja la miró con estupor.

—¿Parlanchín? ¿Feliz? —Sacudió la cabeza—. Entonces sería por otra cosa. Tuvimos una de las mayores discusiones que recuerdo y mira que nuestra relación no ha sido una balsa de aceite, precisamente.

Ahora fue el turno de India de mirarla sorprendida.

—¿Una discusión?

—Épica —precisó su amiga para que no hubiera dudas.

—Qué raro... y, ¿por qué fue la discusión? —Entonces fue Candela la que se puso del color de esa fruta tan común y las delicadas pecas esparcidas por el puente de su nariz, ligeramente respingona, resaltaron aún más—. ¡Caramba, Cande, creo que es la primera vez desde que te conozco que te pones colorada!

Un nuevo chorro de sangre inundó las, en general, pálidas mejillas de su amiga.

—Nada... Una... una tontería.

Sin la menor delicadeza, India la empujó sobre el sillón y se sentó a su lado con los ojos cargados de curiosidad.

—¡Cuéntame ahora mismo!

—Bueno, el muy... el muy... ¡Que va el tío y me da un beso en los morros el muy... el muy *morreador*!—El enojo hacía que le temblara la voz—. Eso sí, espero que la torta que se llevó a cambio le haya dejado la mejilla escocida al menos una semana.

—¿Te besó?! ¿¡Nuestro Lucas?! —India no daba crédito.

—¡Será tu Lucas! Ese... ese... ese acosador no es nada mío. Espero no tener que volver a verlo en una buena temporada —afirmó, furiosa.

India entrecerró los párpados y le lanzó una mirada astuta.

—Y... ¿te gustó?

Una nueva riada de sangre, seguida por un leve tartamudeo.

—Pues... pues... ¡por supuesto que no!

—Umm —se limitó a decir la otra, antes de añadir—: ¿Puedes contarme los detalles, por favor? Me muero de curiosidad.

Candela se encogió de hombros y respondió:

—No hay mucho que contar. Yo estaba con Marcus quien, todo hay que decirlo, se estaba poniendo un poco pesadito...

India asintió con cara de enterada.

—Ya me percaté de que había bebido más de la cuenta.

—Pues sí, pero nada que no hubiera podido controlar yo sola. Ya me conoces. —India asintió de nuevo; en más de una ocasión, había visto a su amiga deshacerse de algún moscón más insistente de lo habitual de un doloroso rodillazo en la ingle.

—Pero entonces llega él, con ese aire de durito perdonavidas, ya sabes, ¿no? —Candela se iba calentando más y más según hablaba—. Va y, sin decir una palabra, engancha a Marcus por el brazo y lo arrastra hasta su habitación. Luego me agarra a mí con cero delicadeza, me obliga a meterme en la mía, cierra la puerta a sus espaldas, se me queda mirando como si yo fuera una caca de perro que acabara de pisar en la calle y me suelta: «¿Alguna vez serás capaz de dejar escapar a un tío sin tratar de tirártelo?».

—¿Eso te dijo? —India abrió la boca, asombrada—. Creo que eres la única persona con la que

Lucas se muestra así de maleducado. Está claro que sacas lo peor de él.

—Vaya, cuánto me alegra saberlo. Todavía tendré yo la culpa —replicó la pelirroja, sarcástica.

Su interlocutora alzó las manos en un gesto conciliador.

—Venga, no te enfades y sigue contando.

—Pues imagínate el cabreo que me cogí. Empecé a decirle de todo menos bonito y de repente...

de repente...

India alzó las cejas, apremiante, animándola a continuar.

—¿De repente?

—Pues eso, que de repente se abalanza sobre mí como un neandertal peludo de esos y me da un morreo que ni te imaginas.

—La verdad es que no —India sacudió la cabeza—. ¿Te hizo daño? Es lo último que me esperaba de Lucas; siempre ha sido un hombre supertierno.

—¡Ja! ¡Supertierno, y un jamón! Un bestia, eso es lo que es. Un pedazo de animal, un salvaje, un...

—Al parecer Candela se quedó sin apelativos, pues, de pronto, se quedó callada como si reviviera en su mente aquellos besos frenéticos y algo en su expresión le hizo saber a India que su amiga no estaba tan indignada como aparentaba.

—Vamos, que no te gustó —afirmó con los ojos clavados en ella.

—Pues... ¡pues claro que no!

—No me parece que lo digas muy convencida. —Las pupilas de India, muy atentas, no se perdían ni una de las fugaces emociones que pasaban por el expresivo rostro de la pelirroja.

Candela la miró con indignación.

—¿A ti te gustaría que un tío mucho más fuerte que tú te estrujara entre sus brazos y te besara hasta dejarte sin aire?

—Hombre, depende... —respondió con sinceridad, recordando algunos de los besos que le había dado su marido.

—La verdad es que me cogió por sorpresa, pero en cuanto me repuse —a Candela le vinieron a la cabeza aquellos largos minutos que había tardado en recuperar el juicio, pero sacudió aquel recuerdo inoportuno con un decidido movimiento de cabeza y continuó—, le aticé una bofetada de esas que hacen temblar hasta las muelas del juicio y me soltó.

—¿Y?

—¿Y qué? —De pronto, Candela parecía estar pensando en otra cosa.

Su amiga alzó los ojos al cielo, exasperada.

—Pues, hija, qué va a ser. Que cómo acabó la historia.

—Pues nada, él se marchó por fin de mi habitación y yo me acosté y me quedé dormida en el acto. Creo que yo también había bebido más de la cuenta. Sí, debió ser eso —murmuró para sí.

Su amiga no dijo nada; pero, por primera vez en años, aquello con lo que solo se había atrevido a soñar —que Lucas y Candela se dieran cuenta de una vez de lo que, en realidad, sentían el uno por el otro—, parecía más cercano.

En ese momento entró Sol, muy interesada en conocer la opinión de su madrina respecto al dibujo que acababa de hacer, así que India decidió que sería mejor dejarlo estar.

Capítulo 12

Y septiembre los encontró en su nuevo piso, amueblado por India a toda velocidad y con su habitual buen gusto. Cada vez que Raff regresaba a su casa después de uno de sus frecuentes viajes a Nueva York, miraba a su alrededor, satisfecho, y se decía que allí estaba su hogar. Sobre todo porque, en cuanto abría la puerta, una avalancha en forma de niña rubia de seis años saltaba sobre él como un mono titi mientras su madre, cuya belleza le cortaba el aliento cada vez que volvía a verla, permanecía contemplando la escena, sonriente, hasta que él alargaba el brazo que tenía libre, la estrechaba con fuerza contra sí y le daba un apasionado beso en los labios.

Hasta la Tata dejaba empantanado cualquier guiso que tuviera en ese momento en el fuego y corría a recibirlo. La mujer permanecía de pie en el vestíbulo, secándose en el delantal aquellas manos ásperas que jamás habían estado ociosas y lo observaba todo con una expresión ufana —convencida de alguna manera de que todo aquello era obra suya— en su rostro arrugado.

Tras el parón veraniego, a India le encargaban un nuevo proyecto día sí día no; tenía tanto trabajo que había tenido que contratar a una ayudante. Sol, por su parte, ya había empezado de nuevo las clases, así que Raff y ella habían decidido que no le acompañarían a Nueva York hasta que a la niña le dieran vacaciones.

A India le sorprendía darse cuenta de hasta qué punto extrañaba a Raff cuando se marchaba de viaje. Sola en la inmensa cama del dormitorio, daba vueltas sin parar, echando de menos su cuerpo firme y cálido contra el que le encantaba acurrucarse, hasta que conseguía dormirse por fin.

Las interminables conversaciones por Skype no eran lo mismo que verlo todos los días, sentir el tacto de aquellas manos cálidas, sus besos, la forma en que la acariciaba todo el tiempo con la mirada, las risas que compartían... y, algo asustada, comprendió aunque apenas se atrevió a confesárselo a sí misma que, sin darse cuenta, se estaba enamorando de aquel hombre amable que ahora era su marido.

Un hombre bueno. Un hombre de fiar.

Cuando su marido estaba en Madrid acudían a todo tipo de fiestas y reuniones sociales. India sentía la necesidad de pagarle de alguna manera todo lo que Raff había hecho por ella. A pesar de lo bien que le iban ahora las cosas, era consciente de que jamás podría devolverle la cuantiosa suma que él había desembolsado para pagar sus deudas, así que se esforzaba por presentarle a todo aquel que pensaba que podría resultar un contacto útil para sus negocios.

Sus relaciones eran lo único de valor que ella podía ofrecerle. Pensaba que Raff estaba también contento con el arreglo, así que se sorprendió mucho cuando un día le di-jo:

—India, *baby*, ¿de verdad tenemos que salir también esta noche?

—¿Qué pasa, estás cansado? —preguntó, preocupada; Raff acababa de volver el día anterior de Londres.

—Un poco. ¿Te importaría mucho que nos quedáramos en casa? Podemos cenar cualquier cosa y ver una película.

—¡Sí, hoy ponen *Los increíbles*!

La intervención de Sol los hizo intercambiar una mirada de diversión.

—Esta noche quería presentarte a los Carvajal; al parecer están pensando en invertir la inmensa fortuna que acaban de heredar y me dije que podría interesarte, pero si prefieres quedarte en casa, por mí encantada. La verdad es que la semana ha sido bastante agitada y yo también estoy agotada.

A India, la idea de ponerse el pijama y quedarse en casa, sin hacer nada, le resultaba más atrayente cada segundo que pasaba.

Al oírla, Raff se frotó sus manazas, feliz.

—¡Perfecto! Entonces el plan es pedir una pizza y ver *Los increíbles*.

Sol soltó un alarido de alegría y fue corriendo a decírselo a la Tata, quien no dejó de refunfuñar durante un buen rato sobre la comida basura y las dudosas condiciones higiénicas de los lugares en los que se preparaba.

—¿Seguro que ver *Los increíbles* y comer pizza es lo que quieres? —preguntó, India, incierta.

—Segurísimo, *baby*. —Raff le guiñó un ojo y dio una palmada sobre el almohadón del sofá donde estaba sentado—. Ven a sentarte conmigo.

Al llegar a casa se había quitado la chaqueta, la corbata y se había desabrochado los primeros botones de la camisa. En cuanto India posó los ojos en el comienzo de aquel pecho moreno, empezó a salivar como el perro de Pavlov, así que, muy obediente, corrió a sentarse a su lado; de inmediato, el brazo de Raff ocupó su puesto habitual sobre sus hombros y ella se recostó junto a él con un suspiro de felicidad.

La televisión estaba encendida y acababa de empezar el telediario. De pronto, las imágenes del reportaje que comenzaba en ese momento la hicieron quedarse completamente rígida entre sus brazos.

—*Antonio de Zúñiga, marqués de Aguilar y una de las figuras más relevantes de la alta sociedad española, está siendo investigado por tráfico de drogas y blanqueo de dinero* —anunció el locutor, mientras en la pantalla se veía a Antonio de Zúñiga introducirse apresuradamente en un coche con los cristales tintados, en un vano intento por eludir a los numerosos periodistas y fotógrafos apostados frente al portal de su casa—. *La policía ha recibido de manera anónima una considerable cantidad de documentos que, al parecer, implicarían al marqués de Aguilar en una serie de hechos delictivos. Antonio de Zúñiga, grande de España, quien durante los últimos años ha sido consejero delegado de algunas de las empresas más importantes del país, lo ha negado en un comunicado oficial hecho a través de un conocido bufete de abogados; sin embargo, la investigación sigue su curso.*

El locutor cambió de asunto y empezó a hablar de las revueltas que se sucedían en un pequeño país de la península arábiga, pero India ya no le escuchaba. Se había vuelto hacia su marido y tenía los ojos clavados en él.

—¿Esto lo has hecho tú?

—¿Yo?

La miró con semblante inocente, pero ella sacudió la cabeza y le devolvió la mirada muy seria.

—Raff, no lo niegues, por favor. No sé por qué, pero estoy segura de que has sido tú. ¿Es así?

El impenitente grandullón se rascó la nariz, en un intento de ganar tiempo.

—Bueno... —empezó a decir; sin embargo, ella lo interrumpió con rudeza y empezó a lamentarse en un tono urgente y asustado.

—¡Oh, Dios mío, Raff! ¡Antonio es un hombre muy peligroso, si averigua que has tenido algo que

ver en todo esto no dudará en ir a por ti!

Los iris color caramelo reflejaban a la perfección el temor que sentía y, al verlo, Raff colocó sus grandes manos a ambos lados de su rostro, clavó sus pupilas en las suyas y afirmó con consoladora ternura:

—No te preocupes, India, *baby*, no pasará nada.

Incapaz de resistir la visión de aquellos labios sensuales y temblorosos, se inclinó sobre ella y la besó con tal ardor que, durante unos segundos, todas las preocupaciones se borraron de la mente de India; pero, unos segundos más tarde, consiguió reunir su debilitada fuerza de voluntad y apoyó las palmas de las manos sobre su pecho en un vano intento de apartarlo de ella. Al notar sus infructuosos esfuerzos por liberarse, su marido apartó la boca de sus labios muy despacio, con evidente relucencia.

—De pronto se me han quitado las ganas de ver una peli y de comer pizza —declaró con una mirada tan insinuante que, a pesar de que ya llevaban casi tres meses casados, India notó una incómoda afluencia de sangre en las mejillas.

—No trates de distraerme, Raff Connor. Tenemos que hablar. —Declaró con firmeza, aunque estaba sin aliento.

Su marido lanzó un suspiro, resignado.

—Ya me habían avisado de esa parte del matrimonio, pero no pensé que llegaría tan pronto —comentó con desaliento.

—¿Qué parte? —Después de la intensidad de aquel beso, India aún no había recuperado sus facultades por completo.

—La parte de «Tenemos que hablar».

Ella se mordió el labio para reprimir una sonrisa y replicó con severidad:

—Quiero que me lo cuentes todo. Sin trucos.

Al notar su tono decidido, Raff se rindió y decidió colaborar. Agarró una de las manos femeninas y, sin dejar de acariciar la delicada piel de la cara interna de su muñeca, comenzó:

—¿Conoces a Mario Di Lucca?

Ella lo miró con estupor:

—¿El mafioso americano que sale al menos un par de veces al mes en las noticias y al que nunca han conseguido meter en la cárcel?

—El mismo.

—¡Ay, Raff, ¿qué has hecho?! —Abrió mucho los ojos y se llevó las manos a las mejillas, horrorizada.

—No te asustes *baby*. Verás, Mario y yo crecimos en el mismo barrio. Fuimos grandes amigos hasta que la vida nos hizo tomar caminos separados, aunque, eso sí, los dos hemos tenido mucho éxito en nuestros respectivos negocios; cada uno a su manera, claro está. —En su boca se dibujó una atractiva sonrisa, llena de picardía—. Él se ha convertido en uno de los hombres más poderosos del hampa y yo soy dueño de una petrolera. A pesar de nuestras distintas visiones de la vida, no hemos perdido del todo el contacto y, de vez en cuando, él me pide algún favor... —La expresión de espanto que asomó a los iris dorados era de tal calibre que Raff interrumpió su explicación en el acto para aclarar—: Por supuesto, todo perfectamente legal, te lo juro, *baby*. Verás, creo que soy la única persona en este mundo en la que Mario confía, así que, si yo necesito algo, a él también le gusta ayudarme.

De pronto, India cayó en la cuenta de que apenas conocía nada del pasado de su marido; tan solo lo que él mismo le había contado de su infancia feliz, pero llena de carencias en aquel barrio marginal de Chicago y de su juventud, bastante agitada. ¿Y si, al fin y al cabo, no era un hombre tan decente como ella pensaba? ¿Y si su fortuna procedía de turbios manejos? ¿Y si...?

Raff pareció leer sus atribulados pensamientos porque lanzó una carcajada, la apretó aún más contra su costado y le dio un sonoro beso en la frente.

—Tienes que creerme, India. Jamás me he aprovechado de mi amistad con Mario para conseguir ni un solo contrato. Yo siempre he luchado por lo que quería sin recurrir a atajos ilegales; puedo ser implacable, pero no me gusta el juego sucio. Es cierto que el otro día le llamé para conseguir cierta información respecto a tu marqués, pero solo porque Mario Di Lucca tiene acceso directo a las fuentes que me interesan. Nada más.

India buceó en el interior de aquellos extraordinarios ojos azul brillante que la miraban con franqueza y se vio obligada a aceptar su palabra.

—Por supuesto que te creo, Raff, pero eso no hace que me preocupe menos. Estoy segura de que Antonio también será capaz de sumar dos y dos, y me aterra que trate de hacerte daño.

Al ver la profunda preocupación reflejada en el adorable rostro de su mujer, Raff esbozó una sonrisa tranquilizadora y respondió:

—No tienes nada que temer, mi amor, no permitiré que ese bastardo amenace de ningún modo a mi familia.

Al escuchar el matiz peligroso que vibraba en sus palabras, India se estremeció ligeramente, pero, una vez más, confió en su promesa; hacía tiempo que había descubierto que Raff Connor era un hombre al que no se podía tomar a la ligera. En ese momento, llegó Sol recién bañada y con el pijama puesto y su presencia puso fin a aquella conversación.

—Dejadme un hueco —exigió y, sin dudarle un segundo, se sentó entre medias de los dos y se recostó sobre el respaldo del sofá, satisfecha.

Una vez más, ella y Raff cruzaron una mirada de diversión por encima de la rubia cabeza. A India le hubiera gustado detener el tiempo en ese momento y recrearse así en uno de aquellos raros instantes de absoluta felicidad que regala la existencia cuando menos te lo esperas.

Dos semanas después, tras asistir a una comida de negocios y despedirse efusivamente de su futura cliente, India aprovechó para ir al baño del restaurante. Acababa de terminar de lavarse las manos cuando un hombre de tamaño considerable y con el cráneo afeitado por completo irrumpió, de repente, en el pequeño servicio de mujeres.

—Venga conmigo —ordenó y, al ver que ella miraba a su alrededor con nerviosismo tratando, sin éxito, de buscar una salida, añadió sin demostrar la menor emoción—: Y no haga ningún movimiento extraño o le pesará.

India tragó saliva, muy asustada, y decidió colaborar; aquel tipo era mucho más grande que ella y podría dejarla fuera de juego sin mucho esfuerzo. Él la agarró del brazo con firmeza y la obligó a caminar a su lado por un estrecho pasillo que conducía a las cocinas del restaurante. A esas horas, el cocinero y sus ayudantes estaban demasiado ocupados con las comandas y nadie les prestó la menor atención. A toda prisa, salieron por la puerta trasera que daba a un callejón solitario donde les esperaba aparcado un enorme vehículo de gama alta con los cristales tintados. Sin mucha delicadeza,

su captor la obligó a introducirse en la parte trasera y cerró la puerta con brusquedad.

—Hola, India.

Al ver a Antonio de Zúñiga sentado a su lado en el interior del vehículo, India se volvió al instante y forcejeó, frenética, con la manilla de la puerta, pero fue en vano; por supuesto, estaba bloqueada.

El marqués hizo un gesto al chófer con la barbilla y este, que observaba sus movimientos con atención por el espejo retrovisor, puso el coche en marcha y, con suavidad, se incorporaron al intenso tráfico madrileño. Zúñiga apretó un botón y, al instante, se alzó una mampara insonorizada entre ellos y los otros dos hombres.

—Me ha costado un poco organizar este *tête à tête*, querida —comentó en su habitual tono sedoso como si, en vez de acabar de raptarla, ambos estuvieran tomando el té en casa de alguno de sus conocidos—. Tu nuevo marido te tiene bien vigilada.

Por unos instantes, India olvidó su temor y lo miró extrañada.

—¿Raff?

—¿No me digas que no habías notado que dos guardaespaldas te siguen a todas partes? Me pregunto si será porque no confía en ti lo suficiente... —El brillo malicioso de aquellos ojos oscuros era muy desagradable.

—Yo creo que más bien será porque no confía en ti —replicó ella, con sarcasmo, si bien estaba muerta de miedo—. Y al parecer no estaba equivocado. ¿Qué quieres ahora? Raff ya saldó todas mis deudas, no tienes derecho a seguir acosándome.

—Sí. El yanqui saldó tus deudas, salta a la vista que estaba ansioso por poseerte, algo que puedo entender muy bien. —Hizo un gesto lascivo con la lengua que le provocó un escalofrío—. Sin embargo, ahora vuelve a tener un importante descubierto; sé muy bien que es él quien está detrás de toda esa información que ha aparecido en los últimos tiempos sobre mis negocios. —Ahora los iris oscuros se clavaban en ella con tanta frialdad, que se vio obligada a apretar las manos con fuerza sobre su regazo para ocultar el temblor de sus dedos—. Conozco de sobra cómo trabaja su amigo de Lucca. Así que creo que tengo derecho a una pequeña venganza, ¿no crees, mi querida India?

Las familiares calles del centro de Madrid se deslizaban sin pausa por la ventanilla, pero no parecía que se dirigieran a un lugar en concreto; India tenía la sensación de que el conductor se limitaba a dar vueltas.

—¿Pretendes... pretendes secuestrarme? —A pesar de sus esfuerzos, le costó formular la pregunta sin que se le quebrara la voz.

El marqués de Aguilar echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, como si todo aquello le pareciera de lo más divertido, aunque sus ojos seguían manteniendo la temperatura de un carámbano.

—Por supuesto que no, querida. —Sonrió con desdén—. Verás, te he estado observando discretamente en todas las reuniones a las que has acudido con tu flamante esposo. Por cierto, te felicito por la labor que has realizado; conozco los orígenes de Raff Connor y no creo que haya sido fácil pulir a un paleta como él.

India saltó al instante en defensa de su marido y replicó, desafiante:

—Puede que los orígenes de Raff sean humildes, pero es un hombre con unos valores y una calidad humana que tú ni en tus mejores sueños podrías alcanzar.

La sonrisa se borró de los finos labios de su interlocutor en el acto. De repente, alargó la mano, sujetó la mandíbula femenina con tanta fuerza que le hizo daño y la mantuvo inmobilizada un buen rato mientras estudiaba, complacido, el intenso temor que se reflejaba en aquellos maravillosos ojos

color caramelo.

—Ten cuidado, India. No me gustaría desfigurar tu precioso rostro —advirtió en un susurro amenazador. Ella tragó saliva, incapaz de decir nada, y permaneció muy quieta hasta que por fin la soltó—. En fin, como te iba diciendo, os he visto juntos y he llegado a una asombrosa conclusión: estás enamorada de ese gañán. —India se limitó a mirarlo, sin afirmar ni negar—. Aparte de deplorar tu horroroso gusto en cuestión de hombres, esto me ha dado una idea bastante clara respecto al tipo de venganza más efectiva, así que toma.

De uno de los bolsillos de cuero del asiento delantero sacó un sobre acolchado de buen tamaño y, con un suave giro de la muñeca, lo lanzó sobre su regazo.

India se quedó paralizada y su estómago se contrajo dolorosamente. Su rostro mostraba la misma expresión que si Antonio de Zúñiga acabara de arrojarle una cobra real dispuesta al ataque.

—¿No tienes la sensación de que esto ya lo has vivido antes? —preguntó, burlón.

Pero ella se limitó a observar aquel sobre, común y corriente, de apariencia inofensiva, incapaz de decir nada.

—Ábrelo —ordenó, autoritario.

India empezó a manosear el sobre, pero le temblaban tanto los dedos que no pudo abrirlo. Antonio de Zúñiga la observaba con una mueca satisfecha en sus labios crueles; después de un buen rato, soltó un suspiro de fingida exasperación y se lo arrebató de las manos.

—Anda, déjame a mí.

De un solo movimiento, rasgó la solapa con sus dedos elegantes, en uno de los cuales relucía un pesado sello de oro, y sacó un fajo de fotografías que volvió a colocar sobre los muslos femeninos.

—¡Míralas!

India mantenía las pupilas clavadas en la mampara de separación, pero, al escuchar aquella nueva orden, no le quedó más remedio que bajar la vista. Empezó a pasar una fotografía detrás de otra y sus labios comenzaron a temblar. Había más de veinte y el tema era el mismo todo el rato: Raff junto a una mujer rubia de aspecto frágil, pero de una belleza exquisita, Raff abrazando a esa misma mujer, la mujer con los brazos en torno al cuello de Raff, los labios de Raff posados sobre la boca de la mujer...

Si no hubiera sido porque en la muñeca masculina se apreciaba a la perfección el reloj Hublot que ella le había regalado el día de su boda, India habría pensado que las fotografías eran de hacía tiempo. De manera pausada, las repasó todas un par de veces; luego hizo un montón con ellas, las volvió a meter con cuidado en el sobre, y este, a su vez, dentro de su bolso y se volvió hacia la ventana con la mirada perdida en la tarde, fría, pero soleada, de aquel fatídico día de mediados de noviembre.

Unos minutos más tarde, Antonio de Zúñiga rompió el silencio.

—Si me hubieras elegido a mí, India, nada de esto hubiera ocurrido. Te quise desde el primer momento en que te vi al lado de Álvaro sobre la cubierta de aquel barco —confesó.

Ella volvió despacio la cabeza y clavó en él sus grandes ojos rasgados, secos por completo. Incluso a un hombre de escasa empatía como Antonio de Zúñiga le alarmó aquella mirada, vacía por completo de toda emoción, y en ese instante supo, sin asomo de duda, que su venganza había sido un éxito absoluto.

—Y yo, desde el primer momento en que te vi, supe que eras un mal bicho y te odié con toda mi alma —afirmó con frialdad.

Al oír sus palabras, los ojos del marqués brillaron llenos de rabia y, sin poder controlar su furia, descargó una tremenda bofetada en la mejilla de India que la hizo salir despedida hacia atrás y golpearse con violencia contra el cristal de la ventanilla. Sin embargo, a pesar del dolor, ella se irguió de nuevo en el asiento, desafiante, y secándose con el dorso de la mano el hilillo de sangre que manaba de la comisura de su boca, le lanzó una mirada cargada de desprecio. Y entonces Antonio de Zúñiga, marqués de Aguilar, comprendió una cosa más:

India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara ya no le temía.

Después de deambular como un zombie por las calles de Madrid, perdida por completo en sus pensamientos, India decidió regresar a casa. A pesar de las horas que habían transcurrido desde que el lujoso vehículo de Antonio de Zúñiga se detuvo a varias manzanas de distancia de su piso y él la había invitado a bajarse sin la menor amabilidad, seguía teniendo la mente embotada y notaba un dolor sordo en su pecho cada vez que respiraba.

Durante todo aquel tiempo no había sido capaz de tomar ninguna decisión. En vez de concentrarse en qué era lo que iba a hacer a partir de ese momento, su mente parecía más interesada en revivir los días y las noches, llenas de risas y de pasión, que había pasado en compañía de Raff.

Lo único que quería era acurrucarse en cualquier rincón oscuro y dar rienda suelta a su dolor; sin embargo, sabía que debía ser fuerte. Por Sol, por la Tata, por ella misma, no podía darse el lujo de derrumbarse.

Entró en el elegante vestíbulo de la finca en la que vivían ahora y subió en el ascensor hasta el último piso, el maravilloso ático-dúplex al que se habían mudado. Giró la llave en la cerradura y, al entrar, aspiró el agradable aroma del que había sido su hogar en los últimos meses y en el que había pasado algunos de los momentos más felices de su vida.

Capítulo 13

—¡India, por Dios, ¿dónde has estado?!

La voz profunda de Raff la sobresaltó. No esperaba encontrarlo en casa a esas horas; pensaba que aún estaría trabajando en las amplias oficinas que había alquilado no muy lejos de allí, y no estaba preparada para enfrentarse a él tan pronto.

Lo miró sin decir nada y le sorprendió la apariencia de su marido. No tenía buen aspecto. Estaba en mangas de camisa y se había aflojado la corbata; tenía el pelo corto muy alborotado y una expresión de angustia y preocupación que jamás había visto en su rostro.

—¡No sabía dónde estabas, India! Estaba fuera de mí... —empezó, pero ella lo interrumpió sin contemplaciones.

—¿Dónde están Sol y la Tata?

—No quería que se preocuparan también y las he mandado a casa de Candela, pasarán allí la noche. ¿Qué ha ocurrido, India?

—¿Por qué has vuelto tan pronto? —se limitó a preguntar, a su vez, en un tono distante.

—He terminado antes y me apetecía pasar la tarde con vosotras...

—¡No me tomes por idiota, Raff! —Los ojos dorados despidieron chispas de rabia.

Desde que la conocía jamás la había visto furiosa de verdad; no parecía la misma India de siempre. A pesar de su aire frágil y de su escasa estatura se enfrentaba a él decidida y sin ningún temor y, de pronto, Raff comprendió que su dulce y encantadora mujercita podía convertirse en una peligrosa leona llegado el caso. No entendía qué era lo que estaba pasando, pero, por primera vez en su vida, el temor, igual que un puño helado, le oprimió el corazón.

—Imagino que alguno de tus secuaces te habrá avisado de que me habían perdido de vista, ¿no? ¿Por qué me espías? ¿Temes que yo sea igual que tú? —Su tono rezumaba desprecio.

Su marido la miró desconcertado, pero sacudió la cabeza y trató de explicarse:

—No te estoy espiando, India. Tengo plena confianza en ti, pero conozco a los tipos como Antonio de Zúñiga y estaba preocupado por tu seguridad.

—¿Y por qué no me lo dijiste?! ¡¿Por qué me tratas como a una niña?! —Una rabia incontrolable burbujeaba en el pecho femenino.

Él trató de contestar en un tono calmado:

—No quería preocuparte ni que te agobiaras; ahora me doy cuenta de que quizá tendría que haberte consultado. Reconozco que he pasado demasiado tiempo solo y estoy acostumbrado a hacer lo que creo conveniente sin preguntar a nadie. Lo siento.

Raff se pasó una mano nerviosa por sus revueltos cabellos castaños. Su expresión era de absoluta sinceridad y saltaba a la vista que no mentía al hablar de lo inquieto que había estado por ella, pero India estaba demasiado herida para sentir compasión de él.

Sin contestar, se quitó el abrigo, lo lanzó de cualquier manera sobre la banqueta tapizada del recibidor y pasó a su lado, en dirección al salón, sin dirigirle una sola mirada. Su marido la siguió cada vez más preocupado por su extraña actitud. Estaba claro que algo grave había ocurrido durante

las tres horas en las que ella había escapado de la vigilancia de sus hombres y estaba decidido a averiguarlo.

India permaneció en pie junto a la ventana francesa que daba a un balcón, mirando sin ver la elegante fachada neoclásica del edificio de enfrente. Estaba tan abstraída en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Raff se había colocado a su espalda y, al sentir las cálidas palmas de sus manos sobre sus hombros, saltó como si le hubiera dado un calambre. Con rapidez, se apartó de él y, dirigiéndole una mirada cargada de desprecio, exclamó:

—¡No me toques! ¡No vuelvas a tocarme!

—India, *baby*, ¿qué te ocurre? —Raff clavó sus pupilas, suplicantes, en las suyas.

—No empieces con tus trucos, Raff, ya no cuelan.

De pronto, él alargó la mano y sujetó su barbilla entre el índice y el pulgar. Alzó su rostro para exponerlo de lleno a los últimos rayos de sol que entraban por el ventanal y sus ojos empezaron a arder con un amenazador fuego azul. El lado implacable de su marido, al que India no tenía especial simpatía, reapareció una vez más decidido a obtener las respuestas que buscaba.

—Tienes el labio hinchado, ¿qué ha ocurrido? —Ella apartó la cabeza para librarse de su contacto, pero Raff la agarró con fuerza de los brazos y le impidió que se alejara de él—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Dímelo! Ha sido Antonio de Zúñiga, ¿verdad? ¡Vamos, contéstame de una vez!

La sacudió con poca delicadeza.

—¡Suéltame!

—¡No te soltaré hasta que me lo cuentes todo! —Una nueva sacudida. India jamás había visto a Raff así de furioso, incluso le estaba haciendo daño—. ¿Qué te ha hecho? ¿No te habrá...? ¿No se habrá atrevido a besarte?

Ella dejó escapar una risa desganada.

—No, no me ha besado, precisamente.

Con suavidad, Raff pasó un dedo, que temblaba visiblemente, por su labio inflamado.

—Dime la verdad, ¿te pegó?

Al sentir el suave contacto de sus dedos, India no pudo evitar cerrar los párpados un segundo, pero se repuso en el acto y respondió con frialdad:

—Al parecer no le gustó que dijera que era un mal bicho.

El rostro masculino perdió todo el color y su expresión adquirió la dureza del hielo.

—Voy a matarlo —afirmó con tanta suavidad que India no pudo evitar un escalofrío.

—No es necesario. A pesar de todo, no quiero que acabes tus días encerrado. Si las cosas siguen su curso, es más que probable que, al final, sea el marqués de Aguilar el que dé con sus aristocráticos huesos en la cárcel —repuso con amargura y, sin detenerse a tomar aire, añadió—: Quiero el divorcio.

Su marido se tambaleó como si le hubiera golpeado con una barra de hierro en pleno rostro. Pero enseguida se repuso y, clavando los dedos en la tierna carne de sus hombros, acercó su rostro al rostro femenino hasta casi tocarlo y masculló lleno de furia:

—Escúchame bien, India: jamás, y quiero que te quede muy claro, jamás permitiré que te alejes de mí. —Durante unos instantes, a ella le pareció que la miraba casi con odio y, de pronto, tuvo miedo.

—He ahorrado bastante dinero y las cosas me van bien. Puede que nunca consiga devolverte todo lo que te debo, pero al menos no tendrás que cargar conmigo. Serás libre y podrás hacer lo que te parezca. —India hablaba atropelladamente, como si pensase que diciéndolo todo muy rápido sería

más fácil convencerlo.

—¿Qué parte de «jamás permitiré que te alejes de mí» no has entendido?! —gritó con salvajismo, sin percatarse de las marcas que sus dedos furiosos dejaban en su piel.

—¿Por qué lo haces aún más difícil, Raff?! —exclamó, desesperada—. Hasta ahora estaba convencida de que sabía por qué te habías casado conmigo; en teoría era sencillo. Yo necesitaba algo de ti, tú necesitabas algo de mí y, si bien era un intercambio algo desequilibrado, pensé que estabas contento con el trato...

Una vez más él la miró casi con odio.

—¿Un trato? ¿Crees de verdad que lo nuestro es un trato? —De repente, la soltó con tanta brusquedad que India se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Raff empezó a caminar arriba y abajo de la habitación mientras se pasaba una mano nerviosa, una y otra vez, por sus desordenados cabellos castaños—. Pensé que te había dado suficientes pistas, India. Creí que, aunque no habláramos de ello, era evidente. Puede que me comportase como un estúpido supersticioso al evitar decirlo en voz alta. Lo reconozco; tenía miedo de averiguar que quizá tú no sentías lo mismo, pero nunca pensé que me arrojarías a la cara la palabra «divorcio» sin venir a cuento.

Jadeante, Raff se detuvo y se irguió frente a ella en toda su estatura con los brazos en jarras, de manera amenazadora, pero India ya no estaba dispuesta a dejarse intimidar por ningún otro hombre y le plantó cara, retadora.

—No sé de qué estás hablando, pero...

—¿No sabes de qué estoy hablando?! —la interrumpió a gritos una vez más. El asombroso autocontrol de Raff Connor al parecer había saltado por los aires—. ¿No sabes aún lo que siento por ti?! ¿No sabes que te amo?! ¿Que te he amado desde la primera vez que te vi?!

Por unos segundos, India lo miró boquiabierta. Aquella confesión era lo último que esperaba, pero enseguida reaccionó y gritó también:

—¡No trates de enredarme! No sé qué pretendes, pero...

Raff no la dejó terminar; cogió el rostro de India entre sus manos sin mucha delicadeza y la obligó a mirarlo.

—Ya va siendo hora de que sepas la verdad, India, *baby*. —En esa ocasión recalcó el apelativo cariñoso con sarcasmo—. El día que Lucas nos presentó en el Hotel Palace no fue la primera vez que te vi. —Notó que las pupilas femeninas se dilataban por el asombro y continuó—: La primera vez fue unos seis meses antes. ¿Recuerdas un cóctel en la embajada de Italia con motivo de una exposición de Correggio en el Museo del Prado?

India asintió en silencio. Recordaba bien esa fiesta; solo había acudido porque su amigo Lucas insistió mucho. Su vida social en aquella época era prácticamente inexistente, pero ella lo prefería así. Le extrañaba no haberse fijado en él; un hombre del tamaño de Raff Connor no era de los que pasan desapercibidos. Claro que se había marchado pronto; como de costumbre, Antonio de Zúñiga había aparecido para atormentarla y ella no había podido resistirlo. Ni siquiera se había despedido de Lucas, lo que le valió un buen rapapolvo al día siguiente.

—De pronto, levanté la cabeza y te vi... y juro por Dios que me enamoré ahí mismo de ti. Nunca había creído en el flechazo, pero, aunque suene a novela romántica de tercera, en aquel instante supe sin ninguna duda que eras la mujer destinada para mí. Me dolía tanto el corazón que, durante unos segundos, pensé que me estaba dando un infarto y tuve que ir al cuarto de baño a mojarme la cara con

agua fría. Cuando regresé a la fiesta te busqué por todos lados, pero tú ya no estabas allí.

India estaba demasiado atónita como para interrumpirlo, y aquellos ojos magnéticos, tan cerca de los suyos, la mantenían en una especie de trance hipnótico que le impedía apartar la vista de ellos.

—Pensé que no volvería a verte; pregunté a todo el que pude por una morena bellísima con un vestido azul, pero nadie sabía nada. Sentía que estaba a punto de perder la cabeza cuando, por fin, tu amigo Lucas, al que ya conocía de antes, me dijo que habías acudido con él a la fiesta. En vez de alegrarme, estuve tentado de soltarle un puñetazo. Pensé que era tu novio y no podía soportar la idea, pero, por fortuna, aquella noche Lucas estaba casi locuaz y me contó que erais amigos desde la infancia, que te habías quedado viuda y que llevabas una vida muy recluida. Reconozco que lo sometí a un interrogatorio exhaustivo hasta que él empezó a mirarme mal. Me dijo que habías sufrido mucho y que no permitiría que un tipo como yo te hiriera de nuevo.

—¿Un tipo como tú? —A India le sorprendió ser capaz de pronunciar aquellas palabras.

Sin soltarla, Raff se encogió de hombros, consciente de que no era el momento de andarse con rodeos. Era ahora o nunca.

—He salido con muchas mujeres, *baby* —a ella no le gustó escuchar aquella confesión, aunque se dijo que era lógico. Un hombre de la experiencia de Raff tenía que haber practicado mucho—, pero te juro que nunca antes me había enamorado. Nunca. Hasta que te conocí.

India notó que la esperanza trataba de abrirse camino en su interior, pero luchó contra ella con todas sus fuerzas. El dolor había sido demasiado intenso, y un discurso bonito no era suficiente para hacerlo a un lado.

—Continúa... —exigió con frialdad.

Raff tragó saliva antes de obedecerla. Nada quedaba en él del simpático gigantón al que le gustaba gastar bromas, ahora era un hombre desesperado por convencerla de que le diera otra oportunidad.

—Al final se lo confesé todo a Lucas. Pensé que me tomaría por loco, pero pareció comprenderme muy bien. Con su ayuda elaboré un plan y al conocerte me di cuenta de que también por dentro eras bellísima. Me resultó imposible luchar contra eso, y el resto ya lo conoces. Estuve a punto de confesarte la verdad durante nuestra noche de bodas, pero me saliste con eso de que «bastaba con tener al lado a alguien con experiencia» y me dije que sería mejor esperar un poco. Sé que jamás te hubieras casado conmigo si los esbirros de Zúñiga no te hubieran dado un susto de muerte —tenía una expresión atormentada que hablaba a las claras de remordimientos—, sé que tendría que haber saldado tu deuda y haberte dejado libre en vez de obligarte a casarte conmigo; eso es lo que cualquier hombre honorable hubiera hecho. Pero yo no soy un hombre honorable, India. Soy un tipo egoísta acostumbrado a luchar por lo que quiero, y en toda mi vida había deseado nada como te deseo a ti. No pude dejar escapar la oportunidad de que fueras mía.

Hasta India podía ver que sus palabras rezumaban sinceridad por los cuatro costados, así que, cada vez más confusa, preguntó en un tono cargado de desolación:

—Entonces, ¿por qué, Raff?

Sus manos cayeron a ambos lados de su cuerpo y preguntó, desesperado:

—¿Por qué, ¿qué?!

India se apartó de él, caminó hacia donde había dejado su bolso, sacó el sobre y, sin decir una palabra, se lo tendió a Raff que lo cogió, sorprendido. Notó que los largos dedos de su marido temblaban al abrirlo. Despacio, sacó las fotografías y las examinó una a una.

India notaba la cabeza a punto de estallar por la tensión, pero Raff seguía mirando las fotos sin

decir nada y a ella le entraron ganas de gritar.

—Así que era esto —dijo él, por fin, al tiempo que alzaba la vista hacia ella.

A India le parecía increíble que, tras ojear aquellas reveladoras imágenes, no solo no pareciera culpable en absoluto, sino que una sonrisa, casi imperceptible, asomara en la comisura de su boca. Su actitud indiferente le trajo muy malos recuerdos y, herida en lo más hondo, afirmó con sarcasmo:

—Sí, Raff era esto.

—¡India, *baby*!

Sin previo aviso, su marido se abalanzó sobre ella y empezó a devorar sus labios, al tiempo que la estrechaba con tanta fuerza entre sus brazos que, por unos segundos, estuvo segura de que moriría asfixiada. Luchó por liberarse, pero no tuvo el menor éxito hasta que Raff decidió soltarla, por fin.

—Perdona, *baby* —rogó, compungido, al notar que India inspiraba con ansia—. Todo tiene una explicación, una sencilla explicación.

A Raff no se le escapó la luz esperanzada que asomó a los expresivos ojos castaños y, de pronto, le embargó una poderosa sensación de júbilo. No estaba todo perdido, se dijo. India sentía algo por él.

—La mujer que aparece en las fotografías es mi hermana Aisha.

A India aquella noticia la dejó completamente estupefacta. Aún estaba tratando de procesar aquella información cuando, sin saber cómo, se encontró sentada en el sillón sobre el regazo de Raff, recostada contra su pecho.

—¿Tienes una hermana? —Se apartó un poco para mirarlo a los ojos, tratando de abstraerse de la sensación de profundo bienestar que aquellos fuertes brazos le proporcionaban; necesitaba llegar hasta el fondo de aquel asunto.

—Bueno, en realidad no tenemos lazos de sangre. —El estómago de India se contrajo de nuevo al oírlo, y algo de eso debió asomar a su rostro, porque Raff se apresuró a seguir con su explicación—: Verás, varios años después de que mi padre nos abandonara, mi madre se enredó en una nueva relación sentimental. La pobre tenía una especie de imán para atraer a los perdedores más patéticos. Joe tenía una hija seis años menor que yo. Después de pasar más de un año en casa, viviendo a costa de mi madre y haciéndome la vida imposible, se largó y, además de un par de calzoncillos viejos y una armónica desafinada, se olvidó también de Aisha.

—Pobre pequeña... —India sacudió la cabeza con compasión—. Y pobre de tu madre también, no debió ser fácil tener que cargar con la hija de un novio desleal.

Al recordar aquella época, una sonrisa cargada de nostalgia se dibujó en los firmes labios masculinos.

—Aisha era un diablillo que se hacía querer. Mi madre no hacía ninguna diferencia entre nosotros, era obvio que para ella era una hija más y lo poco que había en casa lo repartía entre los dos como buenos hermanos.

Al oír aquello India esbozó una cálida sonrisa.

—Tu madre debió ser una mujer excepcional.

—Sí que lo fue —afirmó Raff, orgulloso, sin dejar de acariciarle la nuca con delicadeza.

Como siempre que la tocaba, el cuerpo de India empezó a hervir; sin embargo, necesitaba aclararlo todo, así que hizo un esfuerzo y se apartó un poco más de él, aunque siguió sentada sobre sus muslos. Luego clavó sus pupilas en las pupilas masculinas y preguntó:

—¿Por qué no me hablaste nunca de ella? ¿Por qué no vino a nuestra boda?

Antes de contestar, Raff tomó su mano y deslizó las yemas de los dedos por la suave piel. Sentía una necesidad acuciante de tocarla, de estar en contacto con ella; como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Mi hermana no ha tenido una vida fácil. Ella es bailarina, una gran bailarina de ballet, pero hace tres años tuvo un accidente y se vio obligada a dejar de bailar. El ballet era su vida; estaba muy deprimida y tenía muchos dolores, así que empezó a abusar de los calmantes. El último año y medio lo ha pasado entrando y saliendo de una clínica de desintoxicación. Me prohibió que te hablara de ella, dijo que quería conocerte cuando estuviera recuperada del todo. Tú eres una persona encantadora que te preocupas demasiado por los demás, *baby* —se llevó la mano de India hasta sus labios y la besó en la palma con pasión—, y no quería añadir otro problema a los que ya tenías. Si no me crees puedes preguntarle a Marcus, somos amigos desde el instituto y conoce todos los detalles de mi vida.

A India se le llenaron los ojos de lágrimas, alzó la mano y, con mucha delicadeza, acarició su rostro con ternura, sin que se le escapara el estremecimiento que sacudió su cuerpo inmenso.

—Te creo, Raff—susurró.

Una vez más él la apretó con fuerza entre sus brazos, apoyó la mejilla contra sus cabellos oscuros y suplicó con voz ronca:

—No vuelvas a hacerme esto, India. Si tienes alguna duda debemos hablarlo abiertamente. No podría soportar perderte. Cada día me digo que he llegado al tope, que ya no puedo quererte más, pero siempre me equivoco y el límite no está donde yo creía.

India se apretó contra él y contuvo el deseo de llorar. Había llegado la hora, se dijo; a partir de ese momento no habría más secretos entre los dos. Solo esperaba que el amor que Raff decía sentir por ella resistiera el peso de su confesión.

—Hay algo que debo contarte, Raff. Algo que te hará comprender por qué me apresuré a pensar lo peor de ti. Eso sí —esbozó una mueca de amargura—, después de escucharme puede que tu amor se enfríe bastante.

Mientras hablaba, se bajó de su regazo y se sentó en una confortable butaca frente a él.

—*Baby*... —Su marido trató de protestar, pero ella alzó la mano para impedirlo.

—Prefiero mantener la distancia, Raff. Cuando estoy cerca de ti me cuesta pensar con lógica.

Abstraída, se pasó las palmas de las manos por los muslos, una y otra vez, en un gesto maquinal y, con los ojos clavados en un punto de la mesa que la separaba de él, trató de encontrar las palabras adecuadas para contar aquello que jamás se había atrevido a expresar en voz alta.

Capítulo 14

—¡Ya estoy aquí!

India cerró la puerta con el pie, pues tenía las manos ocupadas con las bolsas de la compra.

Nadie contestó. La Tata se había ido hacía tres días al pueblo a cuidar de una tía suya que estaba muy enferma, y hacía tiempo que habían tenido que despedir al resto del servicio. India había llegado más tarde de lo que pretendía; hacía un par de semanas había encontrado su primer trabajo en una empresa que se dedicaba a la organización de bodas y, aunque no le hacía mucha gracia dejar a la niña al cuidado de su marido, no le había quedado otro remedio.

Su relación con Álvaro cada día estaba más deteriorada, pero, a pesar de los consejos de Candela, estaba decidida a permanecer a su lado. Había prometido serle fiel «en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de su vida» y ella, India Antúnez del Diego y Caballero de Alcántara, no era de las que se tomaban sus promesas a la ligera. Solo esperaba que algún día volvieran las pocas «alegrías» que había disfrutado durante el primer año de su matrimonio.

—¡Álvaro, ya estoy aquí! —Dejó las bolsas en la cocina, lanzó una mirada de disgusto al fregadero, repleto de platos y vasos sucios, y se dirigió al salón, pero allí no encontró a nadie.

Al salir, descubrió uno de esos sobres acolchados de color amarillento, bastante abultado, sobre la consola del pequeño vestíbulo. Al ver que iba dirigido a ella, lo cogió, le dio la vuelta y le sorprendió que no hubiera remitente. Ya lo abriría más tarde, se dijo, y lo volvió a dejar donde estaba.

Preocupada ante la falta de respuesta, subió la escalera en dirección al dormitorio con rapidez. La casa estaba hecha un asco, había prendas de ropa y juguetes tirados por todas partes y los fue recogiendo con desgana. Entre el trabajo, las tareas domésticas que recaían sobre ella en ausencia de la Tata, el tener que subir y bajar todos los días a Madrid en coche —hacía varios meses que vivían en aquella destartada casita que habían alquilado en un pueblo de la sierra porque resultaba más económica— con el consiguiente madrugón, y las malas noches que le estaba dando Sol últimamente por culpa de una muela que le estaba saliendo, estaba exhausta. De lo único de lo que su marido se encargaba era de alimentar a su hija de vez en cuando, y eso solo porque no podía resistir su llanto.

India se asomó al dormitorio y frunció la nariz. Estaba claro que nadie se había molestado en abrir la ventana para ventilar; olía a pañales sucios y a cerrado. Aquel día se había quedado dormida y no le había dado tiempo a hacer la cama, pero eso a Álvaro no parecía importarle; en ese momento roncaba con estrépito, tumbado en calzoncillos sobre las sábanas arrugadas.

Sol jugaba sobre la alfombra desgastada que ahora lucía nuevas manchas de color amarillo, provenientes, al parecer, del tarro de cristal medio vacío con el que jugaba la pequeña.

—Sol, mi vida, con eso no se juega —susurró procurando no despertar a su marido.

India la alzó entre sus brazos y la niña, encantada de verla, empezó a charlar animadamente en su graciosa media lengua. Una vez más, India frunció la nariz. Saltaba a la vista y al olfato que nadie se había molestado en cambiarle el pañal desde que ella se había ido a trabajar esa mañana.

Se detuvo un instante junto a la cama con la niña en brazos y, durante unos segundos, permaneció

observando a Álvaro. Estaba muy flaco, y en su pecho se marcaban todas las costillas. Nada quedaba ya del atractivo y risueño muchacho que ella había conocido y del que se había enamorado con locura. A pesar de que seguía siendo guapo como un príncipe de cuento, su rostro empezaba a mostrar signos de la vida disipada que llevaba: tenía profundas ojeras y sus mejillas, sin afeitarse, estaban chupadas. Tampoco su sueño era tranquilo. India sintió una punzada de compasión, pero, en ese momento, Sol empezó a tirar de su pelo, impaciente, y no le quedó más remedio que salir de la habitación. A toda velocidad, bañó a la niña y le puso el pijama.

Luego bajó a darle la cena. Por fortuna, la Tata había dejado varios tarros de puré preparados, así que calentó uno en el microondas y se lo dio. Aunque estaba muy cansada, India no pudo evitar sonreír al mirar la cara manchada de su hija; ni siquiera su pelo se había librado de la lluvia de puré de zanahorias. Cuando apenas le quedaban un par de cucharadas para acabar, Álvaro entró en la cocina y, como de costumbre, empezó a protestar.

—Podías hacer menos ruido. Llevo toda la mañana cuidando a la niña y, cuando por fin consigo dormirme, vas y me despiertas. —Abrió la puerta de la nevera con brusquedad y sacó una cerveza, tiró la chapa con descuido sobre la encimera y empezó a beber con ansia, directamente de la botella.

India lo miró en silencio mientras terminaba de dar de cenar a Sol. Iba descalzo y seguía en calzoncillos. De un tiempo a esa parte, aquella era su vestimenta habitual y tuvo que morderse la lengua para no decir nada al respecto. Sabía que la menor crítica de su parte tan solo provocaría una violenta discusión y le dolía demasiado la cabeza para soportarlo.

Observó con recelo a su marido, que volvía a abrir la nevera y sacaba dos botellas más; lo peor que podía ocurrir era que Álvaro empezara a beber cerveza tras cerveza con el estómago vacío.

—¿Quieres que te prepare algo de cena?

—No tengo hambre —contestó con sequedad, antes de abandonar la cocina con una botella en cada mano.

India limpió con un paño húmedo el rostro risueño de su hija y, como había hecho en centenares de ocasiones durante los últimos meses, se preguntó qué sería de ellas. Sacudió la cabeza decidida a hacer a un lado esos pensamientos tan negativos. No servía de nada pensar en el futuro, se dijo, lo mejor sería no darle muchas vueltas y tomar cada día como viniera. Alzó a la niña entre sus brazos, besó el suave pelo rubio con ternura y respiró con deleite aquel maravilloso olor a champú, a bebé y a cosas buenas.

Por suerte, Sol no protestó cuando la dejó en la cuna y, enseguida, se quedó dormida abrazada a su peluche favorito. India salió de puntillas de la habitación, dejó la puerta entornada y volvió a la cocina, dispuesta a poner un poco de orden. Cuando terminó de recoger se le cerraban los párpados; miró el reloj que estaba colgado en la pared y reprimió un suspiro al ver que ya casi eran las doce de la noche.

Al pasar por el vestíbulo se fijó en el sobre que seguía sobre la consola, sin abrir. Dudó si dejarlo allí hasta el día siguiente, pero, finalmente, decidió que a lo mejor era algo importante, así que rasgó la solapa y miró en el interior. Parecían fotografías. Curiosa, metió la mano y las sacó.

Y el tiempo se detuvo en ese instante.

Y el dolor se hizo insoportable.

Y algo se rompió dentro de ella.

Las fotos estaban tomadas a plena luz del día en un jardín junto a una piscina que India conocía bien. De hecho, era de las pocas casas que aún mantenía sus puertas abiertas para ellos. En las fotos,

de una nitidez asombrosa, Álvaro permanecía en pie, al lado de una hamaca y, de rodillas frente a él, Lydia Verdasco, a la que hasta entonces había considerado una de las pocas amigas de verdad que le quedaban, le hacía una felación.

La persona que había hecho las fotos debía haber empleado uno de los teleobjetivos más potentes del mercado; había primeros planos que no tenían nada que envidiar a una película pornográfica y la cámara había captado hasta el último detalle de las expresiones de ambos.

India se llevó la mano a la boca para ahogar una arcada violenta. Sintió un deseo casi incontenible de arrojar aquellas fotos al cubo de basura, que era a donde pertenecían; sin embargo, se obligó a mirarlas de nuevo una a una. Luego se dirigió al salón donde su marido, despatarrado en el sofá, daba cuenta de la tercera cerveza y arrojó el montón en su regazo. Algunas de ellas salieron despedidas en todas las direcciones, pero muchas cayeron en el sillón. Álvaro tomó una de las fotografías, le echó una ojeada con un gesto indolente y su único comentario fue:

—Bonitas fotos. —Le brillaban mucho los ojos y tenía las mejillas ligeramente sonrosadas, y ella supo al instante que el alcohol comenzaba a hacer efecto.

India apretó los puños con fuerza y notó que su cuerpo temblaba. Comprimió las mandíbulas para que no le castañetearan los dientes y, al cabo de un minuto, consiguió controlarse lo suficiente para decir:

—¿Eso es lo único que se te ocurre? —Odió el matiz lloroso de su voz, pero no pudo evitarlo.

Álvaro esbozó una sonrisa burlona y se encogió de hombros:

—¿Qué quieres que diga, India? De un tiempo a esta parte te has convertido en una tía aburrida. Solo hablas de pañales y purés, y cuando quiero sexo pones demasiadas excusas. Siento tener que decírtelo, pero la culpa es tuya.

Si él hubiera mostrado algún tipo de arrepentimiento, si hubiera pedido perdón, si tan solo le hubiera dicho que perdió la cabeza por unos instantes, quizá —aunque sabía que nunca olvidaría su traición— podría haber tratado de perdonarlo a pesar del dolor, a pesar de la horrible humillación; sin embargo, aquella indiferencia y su chulería fueron demasiado.

De pronto, tuvo una revelación y en su cabeza cristalizó una visión muy real de cómo sería su futuro al lado de aquel hombre. Comprendió que sus adicciones solo irían a más y su agresividad sería cada vez mayor, sin que ella pudiera hacer nada por ayudarlo, pues él la culpaba de todos sus males. Ya no se sentía tranquila dejándolo al cuidado de su hija y no podía permitir que la niña creciera en un ambiente de violencia y degradación. Aunque solo fuera por ella, por Sol, en aquel preciso instante India supo, sin asomo de duda, que debía alejarse de él.

Sin decir una palabra, dio media vuelta, salió de la habitación y subió corriendo a su dormitorio. En una maleta metió de cualquier manera las cosas de su hija y suyas que consideró que serían más necesarias y se dijo que ya volvería otro día a recoger el resto; tenía que largarse de allí antes de que Álvaro reaccionara y tratara de hacerla cambiar de opinión. Irían a casa de Candela, decidió, y permanecerían allí unos días hasta que empezara a organizarse.

Bajó la pesada maleta por la escalera y la cargó en el coche. Cogió su bolso, se lo puso en bandolera para que no le estorbara y subió de nuevo al piso de arriba. Con mucho cuidado, alzó a Sol entre sus brazos, procurando que no se despertara, agarró la bolsa con el cambiador y los pañales y bajó de nuevo. Estaba atando a la niña, que por fortuna seguía dormida, a la sillita de seguridad cuando Álvaro apareció en el diminuto espacio cubierto de cemento que hacía las veces de garaje y patio de juegos. Se había puesto unos vaqueros, un jersey y unas deportivas y, al verlo, lo

único que pudo pensar fue:

«Al menos se ha vestido. ¡Milagro!»». A ella misma le sorprendió aquel pensamiento irónico teniendo en cuenta lo dramático de la situación.

—¿Adónde coño crees que vas?! —gritó sin que, al parecer, le importara lo más mínimo que los vecinos pudieran oírlo.

India terminó de abrochar el anclaje, se dio media vuelta y se enfrentó a él con serenidad.

—Me voy, Álvaro. Te dejo. A partir de ahora eres libre de estar con todas las mujeres que quieras *sin remordimientos* —recalcó las últimas dos palabras con retintín.

Él la agarró, furioso, apretando los dedos con fuerza en torno a su brazo.

—Ni tú ni la niña os iréis a ningún lado sin mí —afirmó con decisión.

India notó el brillo enloquecido de sus ojos y, de repente, sintió miedo de que le pegara; notaba que su marido estaba a punto de perder el control, así que, sin pararse a pensar, se soltó de un tirón y lo empujó con fuerza. Aquel ataque lo tomó por sorpresa y eso, unido al alcohol que había bebido, hizo que trastabillara y perdiera el equilibrio, lo que India aprovechó para subir al coche, arrancar y escapar de allí a toda velocidad en medio de un desagradable chirrido de neumáticos.

La carretera, de doble sentido y llena de curvas, estaba desierta. No había luna y estaba muy oscuro. A India no le gustaba nada conducir de noche; sin embargo, pisó el acelerador a fondo, sin despegar los ojos de la carretera. En un momento dado, levantó la vista hacia el espejo retrovisor y vio el resplandor del faro de una moto que se acercaba a toda velocidad. La luz aparecía y desaparecía en las curvas, pero era evidente que estaba ganando terreno y ella no necesitaba que nadie le dijera que el motorista que la conducía no era otro que Álvaro, decidido a no dejarlas escapar.

Muy nerviosa, aceleró aún más, pese a que su viejo Ford ya no estaba para muchos trotes. Aunque llevaba las luces largas encendidas, no distinguía bien el trazado y, en una de aquellas cerradas curvas, estuvo a punto de salirse de la carretera; con el corazón en la boca, dio un volantazo y consiguió recuperar el control. A pesar de lo brusco de su conducción, Sol seguía dormida y dio gracias a Dios por ello. Una nueva mirada al retrovisor le advirtió que Álvaro se acercaba cada vez más. Desesperada, siguió conduciendo a la misma velocidad suicida, pendiente en todo momento de aquel círculo de luz que se aproximaba sin pausa, hasta que, de pronto, un fuerte resplandor se reflejó en el espejo.

India siguió adelante durante unos metros antes de frenar en seco; la moto ya no estaba a la vista y, por la forma en que se contrajo su estómago, supo que había ocurrido algo terrible. Sin dudarlo, hizo un giro de 180 grados en mitad de la carretera y volvió por donde había venido a toda velocidad. Conducía apretando el volante con tanta fuerza que enseguida le empezaron a sudar las palmas de las manos. A menos de un kilómetro divisó el resplandor de las llamas. Alargó la mano en dirección a su bolso y rebuscó frenética en su interior; estaba tan nerviosa que, en un momento dado, invadió el carril contrario y se vio obligada a dar otro brusco volantazo para enderezar el rumbo del coche. Afortunadamente, la carretera estaba desierta a esas horas y no se cruzó con ningún otro vehículo mientras marcaba con dedos temblorosos el número de emergencias. La voz femenina al otro lado de la línea le hizo un sinfín de preguntas en un estudiado tono sereno y, aunque notaba que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria, India respiró hondo y trató de contestar de forma coherente, hasta que, por fin, la mujer anunció que enviarían una ambulancia cuanto antes.

Al llegar a la altura del accidente hundió el pie en el freno con tanta fuerza que estuvo a punto de

golpearse la frente con el volante; abrió la puerta con violencia y, sin detenerse a apagar el contacto, corrió hacia el lugar del siniestro aún con el móvil en la mano.

La pavorosa escena que alumbraban los faros de su coche hizo que empezara a hiperventilar y tuvo que apretar el puño contra sus labios para reprimir la arcada que subía por su garganta. La moto se había estrellado contra el grueso tronco de una encina y tan solo quedaba de ella un amasijo de hierros humeantes que aún ardían por algunas partes. El resplandor que había visto por el retrovisor seguramente había sido provocado por el estallido del depósito de la gasolina; por suerte, el terreno estaba húmedo y las llamas no habían ido a más.

Sin embargo, en esos momentos, India no pensaba en nada de eso; desesperada, miró a su alrededor buscando el cuerpo de su marido y lo descubrió varios metros más allá.

Tras la tremenda colisión Álvaro había salido despedido. No llevaba casco. India se acercó a su lado a toda prisa y, al descubrir el charco oscuro debajo de su cabeza, lanzó un gemido y se desplomó sobre sus rodillas. Sintió un ligero mareo y, por un segundo, pensó que se desmayaría, pero, con un esfuerzo sobrehumano, logró controlarse. Alargó el brazo y, con dedos temblorosos, tocó su hombro con mucho cuidado.

—¡Álvaro! ¡Álvaro! —sollozó sin atreverse a moverlo.

India se llevó una mano a la garganta, en un intento de ahogar sus propios gemidos y, deseosa de hacer algo, se agachó aún más sobre aquel cuerpo que yacía, inmóvil, sobre la tierra húmeda. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ni siquiera era consciente de que estaba llorando; toda su atención se concentraba en el rumor funesto que surgía del pecho de su marido cada vez que trataba de llenar sus pulmones de aire. Acongojada, trató de recordar algunas nociones de primeros auxilios, pero no se le ocurría nada que pudiera aliviarlo, así que se limitó a deslizar con delicadeza el dorso de su dedo por la mejilla, pálida y helada, al tiempo que le apremiaba con un susurro tembloroso:

—¡Álvaro, estoy aquí! ¡No te preocupes, ya he pedido ayuda y pronto vendrán a buscarte! ¡Álvaro, por favor!

Por toda respuesta, un ronco estertor surgió de los labios masculinos y luego...

Nada.

El universo entero enmudeció de pronto. India ya no escuchaba el crepitar de las llamas que aún lamían los hierros ennegrecidos de la moto ni el canto de los grillos; lo único que quedaba a su alrededor era un vacío tan denso que, al parecer, ningún sonido podía atravesarlo y, en ese preciso instante supo sin asomo de duda que Álvaro había muerto.

En estado de shock, clavó sus ojos en aquel rostro de rasgos consumidos que lucía la rigidez característica de la muerte y no pudo reconocer en él a su marido; aquel cuerpo era tan solo una carcasa vacía. Nada quedaba ahí del que había sido su esposo; el chico del que se había enamorado con locura a primera vista; su primer y único amante; el hombre con el que al principio de su matrimonio había compartido cientos de momentos felices y un montón de risas; el padre de su hija; el desconocido de los últimos tiempos que tanto la había hecho sufrir... Álvaro ya no estaba allí y, con una plegaria que brotó desde lo más hondo de su corazón, rogó que, donde fuera que hubiera ido, encontrara por fin la paz.

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Los versos de una de las rimas de Bécquer, que había leído una y otra vez durante su adolescencia, vinieron de repente a su cabeza.

—Oh, Álvaro —musitó con la voz quebrada—, qué solo te has quedado...

Muy despacio, deslizó de nuevo el dorso de sus dedos por la fría mejilla en una leve caricia y, justo en ese instante, escuchó a lo lejos el ulular de la sirena de la ambulancia que se acercaba a toda velocidad. Entonces, hundió el rostro entre las palmas de sus manos y rompió a llorar con tanta congoja que su cuerpo se sacudió con violencia, como si fuera a romperse.

Las últimas palabras de India apenas dejaron un eco en el silencio de la habitación. Raff estaba muy pálido y ella permanecía muy quieta, con la vista baja, perdida aún en los recuerdos de aquella noche trágica. De pronto, Raff se puso en pie, se arrodilló junto a su butaca y estrechó entre las suyas las manos que ella apretaba con fuerza en su regazo.

—*Baby* —su voz sonó ronca y persuasiva—, sabía que Álvaro había muerto en un accidente, pero desconocía los detalles. Es una historia espantosa, lo sé, pero no tienes por qué culparte; las cosas suceden y ya está. Tú no tienes la culpa de su muerte, no fuiste tú la que le obligó a beberse tres cervezas y luego salir a perseguirte a toda velocidad en moto sin ni siquiera ponerse el casco. No sé cómo has podido pensar que esta historia podría cambiar de alguna manera mis sentimientos hacia ti. Puedo imaginar lo que sentiste aquella noche...

—¡Pero esa es la cuestión! —lo interrumpió India con brusquedad, al tiempo que alzaba sus ojos, enrojecidos, pero completamente secos, y los clavaba en su rostro con una dureza que lo asustó—. ¡No puedes comprenderlo! ¡No tienes ni idea de lo que sentí aquella noche!

Su marido apretó sus manos con más fuerza entre las suyas tratando de tranquilizarla.

—Sé que te culpas de su muerte, sé...

—¡No sabes nada, Raff! —gritó—. ¡Nadie lo sabe! ¡Solo yo! Y no fue culpa lo que sentí... —afirmó en un tono mucho más suave, y con una expresión de desesperación que le hizo contener el aliento—. Cuando comprendí que Álvaro había muerto... lo único que sentí fue alivio.

India clavó la vista de nuevo en una veta de la mesa, algo más oscura que el resto, que parecía hipnotizarla. Ya estaba. Por fin, había dicho en voz alta aquello que la había mantenido despierta más noches de las que quería recordar, atormentándola. No quería mirar a Raff. No quería leer en sus ojos el horror y el rechazo que, por fuerza, semejante confesión tenía que haberle producido. Ahora comprendía lo mucho que había llegado a quererlo y la idea de perderlo todo, una vez más, la asustaba más allá de lo que podía expresar con palabras.

Esperaba que en cualquier momento él se pusiera en pie y abandonara el salón, asqueado, así que apenas comprendió qué era lo que ocurría cuando, en lugar de eso, Raff enmarcó su rostro con sus grandes manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No más secretos —susurró con las pupilas fijas en ella—. No más mentiras. Te amo. Eres mi esposa. No existe nada más allá de eso.

Al oír aquellos nuevos votos, pronunciados con tanta firmeza, las lágrimas empezaron a correr, incontenibles, por las mejillas femeninas, pero India no hizo nada por esconderlas. Los iris dorados se trabaron en los iris azules y, con la misma delicadeza que habría empleado al tocar las alas de una mariposa, tomó entre sus manos el rostro amado del hombre que después de años muy oscuros había sido capaz de devolverle la esperanza y musitó a su vez:

—No más secretos. No más mentiras. Te amo. Eres mi esposo. No existe nada más allá de eso.

Despacio, muy despacio, sus labios se juntaron y con aquel beso las promesas que acababan de intercambiar cobraron vida, y todo lo que no fueran ellos dos desapareció por completo.

Epílogo

—¡Mamá, mírame! —exclamó por enésima vez su hija Sol.

Enseguida se lanzó desde una pequeña roca, esa vez de bomba, a las aguas de la poza.

—¿Has averiguado ya dónde esconde la EPO esta niña? —preguntó Raff muy serio; estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una toalla extendida al lado de la de India y tan solo llevaba un traje de baño verde que le llegaba a medio muslo.

India admiró una vez más aquel pecho ancho y moreno y, como había hecho tantas veces, se preguntó si Raff Connor antes de ser millonario y futuro padre de familia no habría posado como modelo de discóbolo para algún escultor interesado en relanzar el estilo griego clásico.

—Por desgracia no, y es evidente que se ha vuelto a dopar —contestó muy seria también.

En ese momento, Sol salió del agua tiritando, se envolvió en otra toalla y se sentó sin dudarlo entre las piernas de Raff que, al instante, la rodeó con sus brazos.

—Qué pena que la tía Candela y el tío Lucas no hayan podido pasar con nosotros la Semana Santa.

—Sí, es una pena. Hablé con Lucas antes de venir y estaba raro. Tengo la sensación de que trama algo. —India le lanzó a su marido una mirada cargada de significado.

—Ya iba siendo hora.

Sol ya no les escuchaba, su atención estaba concentrada en la barriga de su madre, que asomaba entre las dos piezas del bikini mucho más redondeada de lo que solía.

—Raff... —empezó a decir.

—Dime, enana.

—Cuando salga el bebé de la tripa de mamá tú serás su padre, ¿verdad?

—Verdad.

—Y ese bebé será mi hermano o mi hermana, ¿verdad?

—Verdad.

—Y te llamará papá, ¿verdad?

A India se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Verdad.

Sol jugueteó con la esquina de la toalla antes de preguntar:

—Y yo, ¿puedo llamarte papá?

Raff le lanzó a su mujer una mirada por encima de la cabeza de la pequeña y a ella no se le escapó el brillo húmedo de sus ojos. Muy conmovida, escuchó su ronca respuesta:

—Por supuesto que puedes llamarme papá, así yo también podré llamarte hija mía. —Raff la estrechó con fuerza y besó los empapados cabellos rubios. Con esfuerzo, se sobrepuso a la emoción y añadió—: Aunque lo más seguro es que siga llamándote enana desdentada.

Al oírlo, Sol se volvió hacia él y le regaló una amplia sonrisa llena de mellas.

—Bueno, eso no me importa, papá —respondió antes de colgarse de su cuello y abrazarlo con fuerza.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com